Violeta Gil

LLEGO CON TRES HERIDAS

CABALLO DE TROYA

Violeta Gil

LLEGO CON TRES HERIDAS

CABALLO DE TROYA

A mi madre y a mi padre

Llegó con tres heridas:
la del amor,
la de la muerte,
la de la vida.

El pasado tiene la clave. Es un libro abierto con todas las respuestas. Basta mirarlo, revisar sus páginas y abrir los ojos con cuidado para caer en cuenta. El pasado es un lastre del que no hay cómo librarse. Es mejor adoptarlo, darle un nombre, aguacharlo bien aguachado bajo el brazo, porque de lo contrario pena como un ánimo con los rostros más inesperados.

NONA FERNÁNDEZ, *Mapocho*

El origen de esta historia reside en lo topográfico, pues el autor tenía fe en este mapa.

INGEBORG BACHMANN, *Tres senderos hacia el lago*

I

El tanatorio de mi pueblo lo abrieron hace cuatro años. Mi abuelo me lo mostró satisfecho, por fin el pueblo se moderniza. Se acabó velar a los muertos en casa, es un atraso, es un peligro, me dijo.

Llego a Cheles en coche desde Madrid con mi madre, aparcamos frente a la casa de mi tío, hay mucha gente desperdigada. Estoy confusa y un poco mareada, bajo del coche y una mujer a la que no reconozco me agarra del brazo y me lleva dentro de la casa. No sé dónde está mi madre, la pierdo de vista durante un buen rato. La mujer me lleva directamente a la habitación en la que está mi abuela, la madre de mi padre, expuesta. No estoy preparada. Parado, junto a mi abuela, está mi tío. Cuando me ve entrar se pone a llorar. Miro en derredor, hay dos mujeres más, no sé de dónde han salido, si ya estaban allí o si han entrado detrás de mí. Una me explica lo bien que han preparado a mi abuela, me muestran el maquillaje, ves, le hemos cosido la boca, ha quedado muy bien. Y entonces me fijo y veo que, en efecto, mi abuela tiene los labios cosidos. Sus labios tan finitos y secos, ahora unidos, para que no entre ni salga nada. Mi abuela ya no es mi abuela. Lleva mucho maquillaje, está peinada hacia atrás, con los ojos cerrados y una postura imposible, tumbada en diagonal. Hay flores y telas brillantes. Mi tío me abraza y llora. No recuerdo si yo lloro. Me había despedido de ella dos días antes, aún en Madrid; ella en la cama, se estaba muriendo, mi tía me llamó para avisarme de

que le quedaba poco. Tenía un cáncer muy doloroso y estaba muy sedada ya, pero le dije adiós, me despedí, le di un beso. Espero haberle dicho que la quería, pero no lo sé. Tenía veintidós años, hacía poco que vivía en Madrid, compartía piso, estudiaba, y en aquel momento era más bien fría con mi familia. La habitación estaba a oscuras y ella encogida en la cama, muy pequeña; mi tía le daba agua con una pajita, la morfina te seca mucho la boca. No parece que pueda ser el mismo cuerpo que tengo delante. Ni rastro de mi madre. Después le pregunto y no, ella no entra en ningún momento a verla. Las mujeres están hablando con naturalidad, mezclan detalles de cómo la han arreglado con frases cariñosas sobre lo buena persona que era y con suspiros tristes. Su facilidad para pasar de una cosa a otra. La naturalidad con que tratan todo. Lloran también, es parte de lo mismo.

Ahora esto ya no se hace en las casas. Ni son otras mujeres las que se encargan de preparar al muerto. Ahora, como dice mi abuelo, hemos avanzado, alguien de la funeraria realiza estas tareas, y es allí, en una habitación del tanatorio, donde se hace el velatorio. Así nadie tiene que cargar con el muerto en su casa, así no hay que cargar con el peso, ni moverlo con cuidado, ni vestirlo. Ninguna habitación quedará marcada. Los niños no pasarán corriendo por delante del féretro. Las plañideras regresarán a su casa por la noche. Nadie preparará café.

Aparece una de mis tías y me habla de los sonidos que hacía mi abuela al morir. Sonidos que salían de su cuerpo involuntariamente. Una de las mujeres interviene y explica que es así como la gente se muere. Son los sonidos que anuncian el fin.

No recuerdo el momento en que veo a mi abuelo. Lo que recuerdo es que nos avisan de que nos vamos ya a la iglesia. Caminamos junto a él, mis primas, mis tíos, mi madre…

estamos todos. La abuela dentro del coche fúnebre, nosotros detrás, despacio hasta la iglesia. Allí ya nos espera la gente del pueblo. En el interior las mujeres aguardan de pie a la izquierda, los hombres a la derecha. No cabe todo el mundo, se queda gente fuera. Mi abuela era querida, pero no es solo eso, mi abuela era de buena familia y hay que mostrar respeto.

La misa se me hace larga. Cuando por fin acaba alguien me agarra y me lleva al altar; frente al ataúd, toda mi familia. De pie junto a mi abuela miramos la nave llena de gente llorosa, esperamos a que pasen a darnos el pésame. Por el lateral derecho avanza la fila de hombres, por el izquierdo la de mujeres. Se hace eterno. Cuando todo el mundo ha pasado, unos hombres cargan a hombros el ataúd y lo llevan fuera, vuelven a meterlo en el coche fúnebre. Vamos a ir caminando detrás de ella hasta el cementerio. Está a algo más de un kilómetro, en la carretera hacia Monsaraz, pero tardamos mucho más de lo que se tarda en ir a buen paso. Un tramo del camino lo hago con mi madre, otro con una de mis tías y un amigo que ha venido desde Lisboa. Mi pueblo está en la frontera con Portugal y no se tarda mucho en llegar. Mi tía no ha parado de llorar, pero su amigo le cuenta historias de cuando eran pequeños y le hace reír.

En el momento en el que estamos a punto de entrar al camposanto, mi abuelo nos agarra a mi madre y a mí. Nos coge del brazo y tira de las dos por otro camino, no seguimos ya a mi abuela. Y de pronto, allí estamos los tres, frente a la tumba de mi padre. Mi madre nunca la ha visto. Cuando mi padre murió y lo enterraron en el cementerio de La Granja de San Ildefonso, mi madre no fue. Y tampoco cuando, pasado el tiempo reglamentario, mi abuela se lo trajo al pueblo. La lápida es blanca, con algunas vetas grises, pero casi blanca, tiene dos vasijas de cerámica también blanca a los lados, con unas flores moradas dibujadas, parecidas a la lavanda. En letras plateadas

pone el nombre de mi padre, 27 años. Vuela alto. Tus hermanas y tus padres no te olvidan. José Gil Sierra. Mi padre. Mi madre está en un shock absoluto, no sabe qué hacer. Nos mira, y entonces los tres nos ponemos a llorar, un llanto sin límite, bruto, con mocos, con hipo, con angustia. Y mi abuelo dice, al menos ahora se han encontrado. Mi abuela y mi padre. Y los tres nos quedamos un buen rato detenidos. Cuando por fin vamos al nicho de mi abuela, en otro pasillo, ya han metido el ataúd, y unos hombres están poniendo cemento para tapar el agujero. No me lo puedo creer. Nos hemos perdido el momento en que han metido a mi abuela en el nicho. De hecho, la gente ya se está yendo. No hacemos nada, no nos despedimos. Mi abuelo se ha perdido el entierro de mi abuela y nadie ha venido a buscarnos. Cuando terminan de poner el cemento emprendemos la retirada. Mi tía Lola me coge del brazo y me lleva a ver a su padre, mira, tiene foto y todo, me dice. Es el hermano mayor de mi abuela, su hermano favorito. Salimos del cementerio más tranquilos. El camino de vuelta al pueblo se hace más ligero.

Aunque yo sí había estado en la tumba de mi padre antes, no es hasta algunos años después que empiezo a hacer un pequeño rito de mi visita al cementerio. De adolescente lo hacía un poco fantasiosamente, queriendo estar triste, queriendo ser algo trágica, tener una historia que contar. Después empecé a hacerlo como un gesto para mí misma, para entender mejor. Hay algo extrañamente real en esas visitas. Siempre lloro. A veces nada más llegar, a veces a la mitad, o cuando ya me estoy marchando. Me doy unos minutos, lo miro, acaricio las letras, hago un gesto. He venido a verte. A veces imagino qué quedará dentro, cómo será el ataúd, ¿habrá algo de ropa?, ¿será todo polvo? Sea como sea, me da paz, me sienta bien. Mi madre no ha vuelto a ir, para qué. Soy yo quien ha necesitado, en estos últimos años, construir algo de historia. La piedra no

significa nada, tampoco la posibilidad de lo que hay dentro, pero su nombre en relieve certifica de algún modo su existencia. Mi padre fue. Es en ese momento cuando puedo respirar, cuando puedo ser fuera de él. Él existió y está ahí. Y yo existo y estoy aquí. Soy un ser diferenciado. Siempre he sentido que portaba su existencia truncada conmigo. Porque me parezco a él. Porque soy lo que queda de él. Y esa idea me ha protegido de alguna manera, pero también ha supuesto un peso insoportable. En esas visitas, más bien breves, en las que veo su nombre escrito en metal sobre piedra, puedo descansar.

II

Senos y cosenos, eso lo aprendió cuando se iba a ir a Guinea, tenía diecinueve años y estaba enamorado. La travesía era larga, y el barco estaba más preparado para llevar carga que personas. Pero allí iban contentos, veían el mar por primera vez y les habían dado la primera paga, que él había entregado casi íntegra a sus padres. Hacía delineación. Se dedicaba a eso, estuvo dos o tres años haciendo delineación geométrica, y de ahí fue escalando, escalando, y así se pudo casar con mi abuela.

Estoy en casa de mi abuelo. Hace algo más de un mes que no le visito y eso le enfada, pero no me lo hace saber. Saco la grabadora y le digo que quiero preguntarle algunas cosas. El Betis y el Barcelona están jugando, en el audio se mezclan sus palabras con las del locutor, hay dudas de si ha sido penalti o no, están revisando el VAR. Y a mí me pasó un caso que no le pasa a casi nadie, me dice, yo no he estudiado bachiller, pero soy universitario, cómo crees tú eso. Esto es algo de lo que me ha hablado ya antes, pero que nunca he terminado de entender. La topografía siempre le gustó, le gustaba porque iban al campo, hacían cálculos, logaritmos, tenían muchas tablas para calcular itinerarios, puntos...Y a él le gustaba saber. Mucha gente me enseñó mucho, dice, y yo me aplicaba, claro. Tenía gran amistad con el teniente coronel, y como veían que tenía interés me ayudaban. Y conseguí aprobar el curso de topógrafo, y cuando lo aprobé conseguí convalidarlo. Y por eso es que soy universitario. Sonríe cuando lo dice, está orgulloso. Para él los títulos son muy importantes. Me enseña una foto, está vestido de blanco, lleva pantalones cortos y un sombrero de safari,

tiene una pierna apoyada en una roca y mira a cámara casi sonriendo. Se acaba el partido. Ha perdido el Barça; ya no levanta cabeza, dice mi abuelo. Hoy también ha ganado el Sevilla y eso le alegra. Mi abuelo es del Sevilla y del Atlético de Madrid. Del Sevilla porque vivió varios años allí, y del Atlético porque las casas militares en las que vive están justo al lado de lo que fue el Vicente Calderón. Cuando mejor estaba el equipo, es una derrota que duele, en casa... se oye a Xavi Hernández lamentarse.

Cuando fue a Guinea no había cumplido veinte años. Dejó Cheles, su pueblo pequeño de Extremadura, y puso rumbo a Cádiz. El barco a Guinea salía desde allí e iba a Santa Isabel. La travesía duraba unos veintiún días, pasaban por Canarias, hacían parada en Santa Cruz y Las Palmas. Me cuenta que el viaje era bonito, hacían amistades, se distraían jugando a cartas, hablaban de sus planes para el futuro. Primero paraban en la isla, y de ahí se iban a Bata, la capital; después continuaban a otras poblaciones. A mí me gustaban mucho los aparatos de medición, y los jefes sabían que yo funcionaba y por eso me apoyaban. Insiste en esta idea, muy importante la mirada externa, la aprobación por parte del poder. Le pregunto por las jerarquías del ejército. Se empieza por soldado, cabo, sargento, brigada, subteniente, alférez, teniente, capitán y comandante. Para lo demás ya hay que ir a la academia militar. Él llego a comandante a los cincuenta y nueve años. Por las mañanas trabajaba en el ejército y por las tardes en empresas topográficas. Yo he contribuido al mapa nacional de España, me dice. Eso lo hacíamos entre el Servicio Geográfico Militar y el Instituto Geográfico Nacional. Esos mapas que tiene la gente en casa, esos los he hecho yo. Empieza otro partido, el Mallorca contra el Atlético de Madrid. Ahora juegan en el Wanda. Antes se oían los goles desde casa, pero tampoco te creas que me gustaba, se llenaba esto de gente. Hay un minuto de silencio. Es

que Almudena Grandes ha muerto, la pobre, y ella era del Atleti.

Mi abuelo vive solo desde que mi abuela murió. Varias veces al año viaja al pueblo y allí recoge almendras, membrillos, nueces, lo que toque en cada ocasión. Cuando regresa de Cheles nos da botes y tápers, nos reparte naranjas, caquis y limones, yo siempre ansío la temporada de brevas, pero son lo más difícil de traer, la mitad se echan a perder por el camino. Los meses que separan una visita de otra se convierten en espera hasta el siguiente viaje, pero cuando le pregunto si le gustaría volver a vivir allí, me dice que no, en Madrid está más cómodo. Quizá, a su pesar, sienta que él tampoco es ya de Cheles. Su cuerpo se ha hecho a la ciudad, y aunque le siento más feliz en su huerta que en ningún sitio, no es capaz de aguantar ese ritmo.

III

Acabo de terminar un trabajo y tengo cinco días para ir a Cheles y regresar antes de que mi madre vuelva a necesitar el coche. Siempre creo que no ha pasado mucho tiempo desde mi última visita, pero hago las cuentas y han sido tres años desde la última vez, aunque sé que diré que han sido dos cuando mi familia me pregunte.

El viaje por carretera desde Madrid es abarrotado y anodino al principio, a medida que te acercas al pueblo se torna solitario y hermoso. Se tardan cuatro horas y media, aunque la gente que lo hace a menudo asegura que se puede hacer en tres horas y cuarenta y cinco minutos. Probablemente son los coches que me adelantan zzzzzuuuuunnngg mientras yo canto *Halo* a pleno pulmón con las ventanas bajadas. La carretera se estrecha, empiezan las curvas cerradas, el aire es más fresco, el verde más brillante. Menos casas, más cerdos. Casi he llegado.

Mi abuelo tiene noventa y cinco años y está en buena forma. Todavía es capaz de pasar unas tres horas diarias en la huerta, se levanta muy temprano y conduce hasta allí. Cómo consigue que le renueven el carnet de conducir cada año es aún un misterio para los demás. Cada día sigue un plan muy específico que cumple con exactitud. Mi abuelo era topógrafo militar, mi abuelo era militar. Dice que no fue franquista, pero en los últimos años se ha ido posicionando cada vez más a la derecha, y así discutimos ahora más que nunca. O más bien, entramos en barrena más que nunca, porque mi abuelo trata de evitar la confrontación directa, se pone rojo y las palabras se le hacen bola dentro de la boca. Muchas veces dejo pasar el conflicto,

pero siempre llega un día en que olvido mi propósito y trato de discutir con él. Siento que lo que más le enfada no es que piense lo que pienso, sino mi incapacidad para quedarme callada. Me mira como reprochándome el haberle puesto en esa situación, cuando lo mejor hubiera sido continuar el hilo de silencio. Uno de sus mayores caballos de batalla es la Ley de Memoria Histórica, y es ahí precisamente cuando me siento incapaz de callar. Pero lo cierto es que en su caso comprendo bien ese discurso de no querer abrir heridas. Mi abuelo no quiere discutir el pasado, no quiere hablar de la familia, no tendría sentido que deseara para su país lo que no desea para sí.

Existe una razón bien sencilla que explica mi deseo de pasar tiempo con mi abuelo, y es que nunca conocí a mi padre. No siento mi raíz. Ir al pueblo es mi esfuerzo por entender y quizá poder abrazar mis raíces. Mi padre se llamaba José Gil. Nació el 24 de julio de 1956. Miro el reloj, aún queda una hora del 24 de julio. Hace calor.

24 de julio de 2021, estoy en Etopia, Zaragoza, España. Me han dado una residencia de creación para trabajar en el libro.

24 de julio de 2020, en Madrid, recién llegada de Lisboa, donde he estado trabajando, y a punto de ir a Almería, a pasar unos días de vacaciones con mi madre.

24 de julio de 2019, me encuentro en Headlands Center for the Arts, San Francisco, EE. UU., con una beca de escritura para trabajar en el libro.

24 de julio de 2018, Madrid, el día antes de volar a Nueva York para ir a Yaddo, donde pasaré un mes con una beca de escritura.

24 de julio de 2017, Iowa City, últimas semanas en la ciudad en la que he vivido los dos últimos años, becada en el máster de escritura creativa de la Universidad de Iowa.

24 de julio de 2016, Madrid, dos semanas antes de volver a Iowa City para realizar mi segundo y último curso del programa.

24 de julio de 2010, Madrid, tres meses antes de cumplir veintisiete años, a punto de estrenar una obra en el teatro romano de Sagunto en

la que leo fragmentos del diario del huerto de mi padre.

24 de julio de 1991, Cheles, mi madre me llama para ver cómo voy, tu padre hubiera cumplido treinta y cinco años, me dice. Mi abuela hace carne con tomate.

24 de julio de 1983, José cumple veintisiete años.

24 de julio de 1974, José escribe: «Busco un rinconcito en el corazón de las personas que amo. Quiero amar de verdad. No es mucho pedir, creo yo; pero sí es mucho, sí».

24 de julio de 1956, José nace en Cheles, Badajoz. Seguro que hacía mucho calor.

La intensidad con la que pienso en él varía. Algunos años le he tenido absolutamente presente. El año que cumplí la edad con la que él murió, por ejemplo. El año en que mi madre dijo, hoy haríamos treinta y cinco años de casados. Cuando tuve un novio que no se parecía en nada a la imagen que tengo de él y pensé, quizá por fin estoy liberada de mis *daddy issues*. Cuando tuve un amante alto, moreno, con barba y ojos verdes. Algunos años su cumpleaños ha pasado sin haberme dado cuenta. Otros he hecho un pequeño ritual del recuerdo.

Mis abuelos ya vivían en Madrid cuando mi padre iba a nacer, pero decidieron regresar al pueblo para el nacimiento, igual que habían hecho con mi tío dos años antes. José nació en Cheles, en una casa en la que no había agua corriente, no había baño, y en la que hasta que mi padre cumplió los veinticinco seguían saliendo a cagar al corral, entre los pollos. Mi abuela odiaba el pueblo porque para ella no había mucho que hacer, y porque odiaba los cotilleos y la opresión de las mesas camillas. Pero mi abuelo lo ama porque ama su huerta. Así que pasaban allí los veranos, las navidades, semanas santas y otras festividades.

Mi abuelo sigue haciéndolo así, vive en la ciudad, pero viaja al pueblo cada vez que puede. Y es allí donde me siento más cerca de él, donde pienso que podemos tener una relación más

real. Allí él se relaja, allí él está en casa. Cada vez que voy le pido que me cuente cosas de mi padre, pero a él no le gusta hacerlo. No le gusta hablar de nada personal, de nada íntimo. Trato de obligarle, y a veces cede un poco, pero después llora y me siento mal, abandono mis propósitos. Esto antes no era así, si le preguntas a mis tías te dirán que jamás le vieron llorar. Pero si algo ha hecho el paso del tiempo es permitir que, muy de vez en cuando, este hombre recio y recto se ablande un poco y muestre su tristeza a través del llanto. Yo trato de hacerle sentirse amado. Acaricio la tela de su chaqueta y le digo que me parece preciosa, que es muy suave, tiene un tacto increíble. Sonríe cuando lo digo. Nunca en la familia fueron cariñosos. Las primeras veces que practiqué esta forma de comunicación con él se tensaba muchísimo. Otra de las cosas que hago es pedirle que me enseñe mi manzanito. Lo plantó cuando nací, como hizo después cuando nacieron mis primas, pero el mío no creció mucho, nunca dio muchas manzanas. Trato de no pensar que se trata de una señal: lo cortó hace tres años. Al menos le hizo un hijuelo, un pequeño hijo, que en realidad significa que cogió una rama y la introdujo en otro árbol, en este caso un peral. Es una práctica habitual, la mezcla de árboles, aunque hay reglas acerca de cuáles pueden ir con cuáles. No puedes injertar un pomelo en un manzano, por ejemplo. Así que, pienso, mi manzanito vive ahora en otro árbol, y si no tengo hijos, como así parece, al menos tendré eso, esa será mi participación en la continuidad de las cosas.

Aparco frente a la puerta marrón y me golpea un olor que reconozco como propio en cuanto salgo del coche. Viene del interior de las casas, de las paredes encaladas, del campo, de las encinas, de los cerdos que comen bellotas. Es verano, pero la temperatura aún es soportable. Pronto será imposible estar fuera de casa en las horas centrales del día, y el único modo de existir pasará por tirarse en el suelo y sentir el frescor de las

baldosas en la piel. Saco la maleta del coche y siento una punzada de felicidad. Aquí estoy.

Lo que más me gusta cuando estoy en Cheles es que cuando la gente me ve sabe que soy la hija de José. Y aunque son gente sin un tacto especial y comentan en voz alta, ahí va la del que murió, a mí me hace bien sentirme parte de algo, de alguien. Incluso si para ellos soy una extranjera, una forastera, como nos llaman a los de fuera. Me para en la calle una mujer que no conozco, ¿Eres la del Jose? Me sonrojo, no sé por qué, y le digo feliz, sí, lo soy, lo soy. Eso me figuraba, ¡qué te pareces a él! Gracias, le digo. Me miro en el espejo y repaso, ojos, pelo, dientes, boca. Me parezco, me parezco. Aun así hay gente que me mira raro cuando paseo sola por el pueblo, y a esos les clavo los ojos y les digo, soy la del Piquete, porque aunque tardé en entenderlo, sé que lo mejor es la confrontación directa. Y con eso ya saben. Mi bisabuelo era el Piquete. Y yo soy forastera. Me gusta ir a las procesiones de semana santa, aunque eso no sea más que otra forma de demostrar que lo soy. Hanif Abdurraqib escribió: «Pero cuando todo falla, uno tiene que poder volver a casa y que haya gente que te llame de un modo que es familiar solo para ellos». Deseo que me llegue ese nombre. La del Piquete, soy la del Piquete.

Es la una del mediodía y camino con mi abuelo hasta el bar. Allí se encuentra con un amigo todos los días a la misma hora. Hoy van con retraso, no han abierto aún, aunque se oye música que viene de la parte de atrás del local. Les propongo ir a otro sitio, pero ellos ni me miran, no dicen nada, no se mueven. Así que me quedo esperando con ellos. Hace calor y veo cómo el sudor se va apoderando de nuestras camisas. Mi abuelo se acerca a la puerta y agarra las barras de metal, zarandeándolas: Oyeeeeeeeee, grita. Me asusta su fuerza. No ocurre nada, nadie dice nada, y seguimos esperando. Me pongo nerviosa, me agobio. No hay nadie en la plaza, pero me siento observada

igual. A los diez minutos la música del fondo deja de oírse y aparece una chica, de unos veinte años, que se acerca a la puerta de metal muuuuuy despacio. No emite sonidos, ni una palabra, abre la puerta, nos hace pasar y se va detrás de la barra. Sirve dos vinos tintos. Nadie dice nada. Los únicos sonidos son los que producen las neveras y los pasos arrastrados de la chica sobre las baldosas. Vuelve tras la barra y entonces me mira por primera vez. Y tú qué quieres, vino para mí también, por favor, le sonrío.

Después nos vamos a comer a La Bodega, y ahí ya vamos los dos solos, así que aprovecho para preguntarle cosas de cuando era joven, tomo notas y pongo la grabadora del móvil. La Bodega es oscura y fresca por dentro, tiene varias estancias abovedadas, de las paredes cuelgan aperos antiguos, la barra es de piedra. La conversación va bien, el vino del aperitivo ayuda, él está animado y me cuenta muchos detalles. Llega la hija de la dueña, que es un par de años menor que yo, nos conocemos desde pequeñas. A mi abuelo le cae bien, porque es muy trabajadora, le pregunta muchas cosas y ella nos cuenta. No paro la grabadora. Dice que va de camino a mandar unos papeles a su marido, que está en Suiza, porque se van a vivir allí y le han dicho que dan trescientos euros al mes por cada niño que tienes. Ellos tienen dos, una de tres o cuatro años, a la que un rato antes he visto con los labios pintados en la puerta del bar, y otra que nació hace unos meses. Me cuenta que se van a Lausanne, el marido lleva allí unos meses, trabajando en la construcción. Ella va a trabajar de camarera en la universidad. Me cuenta cómo es la casa a la que se van a mudar. Me empiezo a poner nerviosa por si se da cuenta de que estoy grabando la conversación y no paro de mirar el móvil. Le pregunto si es muy gris, pensando en el clima, pero ella me dice, no, no, es una ciudad bastante alegre, universitaria, la gente empieza a salir desde el jueves. No nos hemos entendido,

pero la información me sirve. No van a vivir allí en realidad, sino al otro lado del lago, en Francia, que es más barato. En un momento me da vergüenza que ella se haya dado cuenta de que estoy grabando y lo paro. Debí haberlo dejado. Se oye gente que sale y entra, mi abuelo le dice a alguien, vete con dios, mi acento cambia ligeramente cuando ella empieza a hablarme. Me cuenta que en Suiza las cosas están mejor. Que aquí no hay futuro. Que no quiere que sus hijas no tengan las mismas oportunidades que los chicos, y que en el pueblo la escuela no es buena. Quiere que tengan mejor educación, que vean otras cosas, más diversidad. Ella se fue de casa pronto, a los dieciocho, a buscarse la vida. Estuvo trabajando en Alicante varios años. Al principio no podía ni volver en navidad y se ponía triste, pero le parecía que merecía la pena. En el pueblo no había nada que hacer. Su hermana es diez años menor y no ha salido de aquí. Tampoco ha terminado los estudios. Ayuda a su madre en el bar. Ella no lo entiende, pero me cuenta que los más jóvenes del pueblo no quieren hacer nada. Se han acostumbrado a que les den de comer sus padres y, con eso y un móvil nuevo cada cierto tiempo, están bien. No necesitan más, me explica. En el audio se oye cómo le dice a mi abuelo, ¡qué bien acompañado estás! ¡Se va una y viene otra! Y se nota que a él le gusta que en el pueblo vean que sus hijas y sus nietas venimos a pasar días con él, que le acompañamos. Varios familiares me dicen, pero vente, sal, vamos a cenar por ahí, no ves que os controla todo el tiempo, tienes que hacer tu vida; yo les sonrío amable y les digo que sí, que ya voy a salir con ellos, pero no lo hago, yo voy allí precisamente a eso, a estar con él.

Mi abuelo se ha propuesto aprovechar al máximo mi visita, y me comunica que ha decidido no ir a la partida hasta que me marche. Esto me inquieta, tenía planes de ir a solas al cementerio cuando él estuviera en el casino. Es mi segundo día con él y vuelve un poco antes de lo normal de la huerta, me

despierta sobre las diez y media de la mañana. Golpea mi puerta y le grito que estoy de vacaciones. Claro, estás de vacaciones y ¡tienes que aprovechar el tiempo! Le digo que también es el tiempo de dormir lo máximo posible, pero esto ya no lo oye, ha ido a cambiarse las botas de la huerta, y yo me quedo despierta en la cama. No se sienta conmigo mientras desayuno. Mojo una magdalena en el café de puchero y me siento ridícula. ¿Qué es lo que quiero?

Vamos a por naranjas a la huerta de tu tío, me dice. Mi tío está en Madrid y yo quiero conseguir una llave para entrar, pero mi abuelo dice que no hace falta, saltaremos la valla. No le hago caso, mi tío me ha explicado dónde está la casa del que le riega la huerta cuando él no está y no tenemos más que ir a pedirle la llave. Pero cuando llegamos mi abuelo insiste, es muy fácil, hay partes muy bajas, podemos saltar sin problema, no quiero molestar al fulano. Es más empecinado que yo y se me hace difícil contradecirle. Saltamos el murito de piedra, agarrándonos a un olivo que está del otro lado. Sudo, sudo, sudo, se va a matar por mi culpa. Las naranjas son muy pequeñas, no es temporada, pero nadie las ha recogido y los árboles están preñados. No sirven para comer, pero siguen teniendo un zumo excelente. Ácido y fresco. Cogemos dos bolsas cada uno, bien pesadas. Cuando volvemos al coche veo que está riéndose. Ves, me dice, si hubiéramos ido a pedirle las llaves al fulano aún estaríamos allí. Y me río con él. Qué cabezota. Parece que se estuviera poniendo a prueba, desafiando a la muerte.

Todavía no ha llegado el punto álgido del verano y entre semana las calles están vacías y oscuras. Los tacones de madera de mis sandalias se pegan contra los adoquines, bzzzzzzzz de las farolas tenues, clin clin clin de las polillas que las rodean. Es mi segunda noche y no he podido negarme a tomar algo con mi prima. Hemos quedado en la parte trasera de la tienda de

chucherías, que se convierte en bar por la noche. Te hacen bocatas a cualquier hora y tienen un patio interior. Nos sentamos fuera porque mi prima fuma. Desde que construyeron el embalse las noches son húmedas y más que frescas, muy distintas a cuando era pequeña, me arrepiento de no haber cogido una chaqueta. Mi prima me pregunta por la nueva amiga de mi abuelo, Amalia, la cocinera de un restaurante muy bueno de un pueblo portugués cercano. Mi pueblo está justo en la frontera, el río es lo que separa un país del otro. Hemos reservado para ir a comer el sábado, averiguaré más, le digo. Noto que pasa algo, su pregunta no es inocente, y sus amigas se ríen. Me bebo tres cervezas mientras mi prima traga gin-tonics como si fueran agua. Aun así, la que camina borracha de vuelta a casa soy yo. Me quito despacio las sandalias antes de subir las estrechísimas escaleras. Tengo frío. No me puedo creer que el abuelo suba y baje todos los días por esta escalera, se va a romper la crisma.

Cuando mis abuelos se conocieron eran aún adolescentes. La familia de mi abuela era de las más ricas del pueblo, la de él era más bien pobre, por eso se alistó en el ejército, quería ganar dinero y que el padre de mi abuela le permitiera casarse con ella. Fue a una escuela en la que le enseñaron conceptos básicos de topografía y luego le enviaron a Guinea. Guinea Ecuatorial fue colonia española hasta 1968. Mi abuelo estuvo encargado de la realización de mapas del territorio, sobre todo para que los terratenientes tuvieran una mejor idea de dónde construir.

Mi pueblo, situado en una zona del suroeste de España bastante olvidada, español o portugués dependiendo de la época, tiene una población de unas 1.500 personas. Mi abuelo hizo dos viajes a Guinea. Del primero trajo al pueblo un pequeño mono, un titi. El monito vivió en el pueblo una temporada, le tenían mucho cariño, pero pasaba mucho frío el

monito, se escondía junto al brasero, y en un momento dado se puso enfermo y murió. Del segundo viaje trajo un loro, y su hermana le enseñó a decir algunas palabras. El loro aguantó más que el tití, y a la gente le gustaba pasar por la casa a verlo; con el tiempo aprendió una cantidad aceptable de insultos. Mi abuelo trajo también café, dos monederos de piel de serpiente y cacao. Me cuenta que lo que más traía España de allí eran plátanos, piñas, mangos, café y madera. En aquellos años Franco sostenía que España era un país colonizador pero no colonialista, que todo aquello que estaban haciendo en las colonias se hacía con la mejor de las intenciones, como llevar la civilización y el cristianismo, y que siempre miraron a sus habitantes como a iguales.

Intento entender cómo era y cómo es la relación de España con Guinea. La última colonia española, el recuerdo presente de la prácticas que se mantuvieron durante siglos. El español sigue siendo una de las lenguas oficiales, el idioma que se usa en las escuelas y en asuntos burocráticos. Desde que Guinea se independizó de España hay una dictadura en el país. España, EE. UU. y otros países tienen negocios allí desde mediados de los noventa, cuando se encontró petróleo. Compañías como Exxon Mobile o Riggs Bank tienen negocios directos con el dictador. Dice Donato Ndongo en una entrevista para *Público*: «¿De dónde salen los tiranos africanos? No por generación espontánea, sino que los han puesto los que quieren seguir explotando las riquezas, y el caso de Guinea es clarísimo. Es el tercer productor de petróleo de África subsahariana y la gente vive en la miseria. El dinero de Guinea está en todas partes menos en Guinea, incluso en España».

Trato de que mi abuelo me diga algo más, una opinión, una crítica, algo. Pero noto que me habla con precaución. Me dice que los guineanos estaban sometidos. Esa es la palabra que usa. Pero, añade, ahora es diferente. En aquel momento trabajaban

para nosotros, qué pobres. Me parece que trata de poner distancia, él no era parte de eso, simplemente estaba allí. Me pregunto si siente culpa, si la siento yo. Pobres diablos, me dice. Ahora ya no es así.

Había madereras y aserraderos, me acuerdo de un árbol, el «Ocumen», la madera se traía a España. También había plantaciones de café. Los barcos no eran buenos. Viajábamos en el Poeta Arola y parábamos en las Canarias dos o tres días. Allí la gente se emborrachaba, pero yo no, me dice. Los cafetales eran de españoles y tenían mano de obra de allí, de los negros, aunque a menudo los traían de otros países, de Nigeria por ejemplo, porque faltaban trabajadores. A esos se les llamaba braceros, porque trabajaban con los brazos. Recogían el café, el cacao... Esclavos no había, lo que se dice, esclavos, que cobraran poco o mucho... pero esclavos no eran, dice. Dormían en barracones, se acuerda de que había un arbusto de canelo justo al lado de su ventana. Él se iba a dormir temprano todas las noches, pero la mayoría de los españoles salían y se gastaban el dinero bebiendo. Pienso que siempre ha sido un hombre recto, quizá demasiado. Enviaba el sueldo que cobraba del ejército en España íntegramente a sus padres, y también parte del otro, del que cobraba en Guinea por su trabajo de perito. El resto lo usaba para vivir allí. Quería que en Cheles supieran que merecía estar con mi abuela, que era un hombre serio y que no le temía al trabajo. Lo que hacía yo era levantar planos de lo que era ese territorio. No eran trabajos científicos, era trabajo expedito. Y lo hacíamos bien, te podías fiar de los planos, podías ir de un sitio a otro y no te perdías. A veces teníamos que abrir trochas, para hacer pasos por la selva. Me tocó trabajar en el río Benito, en la parte sur, y teníamos que usar unas miras que nos inventamos, las alargamos nosotros mismos para llegar más lejos. Los aparatos tienen un retículo con unas rayas, eso se proyecta y así se determina la distancia.

Hoy día mides con prisma, con error mínimo de un centímetro, en aquella fecha podía haber error de decímetros. Para hacer una triangulación te las veías fatal, y yo no tenía ni idea de trigonometría, salí del pueblo muy pequeño, los maestros del pueblo te daban regla de tres, los números fraccionarios y poco más. Antes se usaban tablas, para resolver ciertos problemas. Y luego, todo lo de los senos y cosenos, todo eso lo aprendí ya allí.

Busco información en internet y leo: el okume laminado se usa abundantemente en Europa para carpintería de ventanas. Otras aplicaciones comunes son las chapas decorativas, tableros contrachapados, carpintería de interior, mobiliario y ebanistería y barcos de recreo. La corteza tiene una resina que huele a trementina, se usa para antorchas y también como incienso. Se trata de un árbol de larga duración, con individuos que llegan hasta los trescientos años de edad. En Gabón y Guinea Ecuatorial se utiliza también como leña y para la construcción de canoas. La corteza en sí misma puede ser utilizada para tratar heridas y abscesos, así como en tratamientos para la diarrea, disentería y dolores menstruales.

Sigo buscando, quiero leer artículos críticos con España. Pero encuentro un vídeo en el que un tipo con un parche en el ojo muestra imágenes de los años cincuenta en Guinea, y termina diciendo: «El hecho es que la Guinea independiente, las cosas como son, ha tenido una vida mucho menos brillante que la que tuvo bajo el poder colonial español, pero la independencia es un hecho, y los rastros de la presencia española pueden aún verse hoy». Comienzo a leer los comentarios debajo del vídeo, «todos los territorios que fueron españoles han ido a peor tras ganar su independencia», dice uno, «quizá mi visión sea romántica, pero creo que las colonias tendrían que haber continuado bajo el gobierno de España, Francia, Inglaterra...», dice otro. Encuentro un enlace a «Españoles por el mundo», un

episodio de agosto de 2017 en el que no se hace ninguna mención a la situación política del país, a la esclavitud del pasado, y se muestran reacciones paternalistas hacia diferentes aspectos de la vida en Guinea. Lo paso hacia adelante, me da vergüenza. Leo otro artículo en el que se amonesta a la izquierda española por no haber prestado atención a Guinea, habla de la paradoja española, una sociedad que no parece ser especialmente conservadora, pero que no es, ni de lejos, anticolonialista. La cantidad de visiones romantizadoras y nostálgicas de la época colonial es abrumadora, «los españoles tendrán que volver su mirada hacia sus antiguos territorios, asumiendo tanto los errores como las virtudes de la colonización».

Leo sobre las leyes que penalizaban las relaciones entre hombres españoles y mujeres guineanas hasta los sesenta, la expulsión de hombres blancos que trataban de cohabitar con mujeres negras. Lo que significa que los hijos nacidos de esas relaciones no eran nunca legitimados. Las parejas que decidían tener relación vivían en concubinato confiando en no ser descubiertos. Estas prácticas tienen consecuencias aún visibles a día de hoy, dice una mujer en una entrevista. De alguna manera lo que se promueve son las relaciones esporádicas y sin compromiso. Leo sobre embarazos y enfermedades venéreas que no existían previamente en el continente. «Para mí es muy fácil: racismo. Así de claro, España es un país racista y los gobiernos de España son gobiernos racistas. No es un racismo institucionalizado como el del *apartheid*, ni tampoco se cuelga a los negros como en Alabama, pero pregúntale a cualquier negro que encuentras por la calle si España es un país racista». Dice Donato Ndongo en la misma entrevista.

Después de 1950 mi abuelo había reunido ya dinero suficiente para poder ser considerado pretendiente de mi abuela, regresó al pueblo y se casaron. Él tenía un plan y una

carrera militar que seguir, que implicaba mudarse a Madrid, cosa que mi abuela deseaba absolutamente. Los dos jóvenes se mudaron a un barrio militar de la capital, en el que se relacionaron con otros extremeños que también habían dejado sus pueblos atrás. Generaron nuevos vínculos, y poco a poco se convirtieron en madrileños a la orilla del Manzanares. Allí criaron a sus hijos, los cuatro acabaron yendo a la universidad. Perdieron su acento extremeño a pesar de regresar todos los veranos y demás vacaciones estatales, y para cuando mis padres se conocieron, Cheles no podía rastrearse ya en ningún aspecto de la casa en la que aún hoy vive mi abuelo, cerca de La Riviera. Quizá fue entonces cuando mi padre comenzó a volver los veranos con una intención particular, la de entender y abrazar su origen, las palabras que se usan, el apego al campo, la violencia de la matanza, los chatos hasta perder el conocimiento. Cosas que trato de entender y abrazar a mi vez, aunque en mi caso pasan por acudir a manifestaciones religiosas, aprender los nombres de los árboles, saber cómo agarrar un cabrito y comer pez del Guadiana en el Pijín.

Mi abuelo se levanta de la siesta y pone la telenovela que lleva siguiendo los últimos años. Cuando acaba el capítulo me pregunta si quiero ir a hacer la visita familiar y a tomar algo antes de la cena. Había pensado aprovechar la tarde para dar un paseo a solas e ir al cementerio, pero no puedo decirle que no, así que espero a que se cambie de ropa y salimos juntos. La visita familiar consiste en ir de casa en casa de todos nuestros parientes. Mi tía Mamen, que vive debajo de nosotros; su prima Ana; su hermana Conchita, una de esas mujeres que lleva siendo vieja desde que la recuerdo y que siempre me hace consultas médicas porque mi padre era médico y piensa que eso me dota a mí de conocimientos de medicina. Después la prima Lola. Con ella terminamos. Lo bueno de hacer la ronda familiar con mi abuelo es que, aunque él considera obligatorio

hacerlo, no tiene paciencia, su reloj interno le hace levantarse de cada casa a los quince minutos de haber llegado, incluso antes. Al terminar vamos a la plaza, mi abuelo me va contando las mejoras que el alcalde, que es también mi primo, ha estado haciendo. Después de tomar una cerveza juntos volvemos a casa para cenar, y me hace dar un rodeo enorme, no quiere que pasemos por el bar al que va habitualmente, no quiere que vean que ha ido a otro sitio hoy. La lealtad es fundamental.

Al día siguiente voy con él a la huerta. Hace calor, pero él lleva una chaqueta de lana granate. Repasamos cada árbol de la parcela. Me cuenta cuánta fruta ha dado este año, cuánta dio el anterior. Al cabo de un rato empieza a ponerme a prueba, debo adivinar de qué árbol se trata por sus hojas. Si fallo se ríe de mí. Me enfado conmigo misma, ¿cómo puedo confundir un membrillero con un manzano? De vuelta en casa se lava y se arregla para ir a tomar el aperitivo con su amigo, le digo que prefiero quedarme leyendo. En cuanto se va salgo de casa, creo que me da tiempo a ir y volver del cementerio a solas. Pero cuando paso por la plaza, ahí está, sentado en una silla de plástico a la puerta del bar, hoy vuelven a abrir tarde. Lleva pantalones cortos y se le ven flaquísimas y fuertes las piernas. Camisa blanca con rayas azules y un sombrero de paja. En las manos un bastón sobre el que apenas se apoya. No puedo mentirle, le digo que estoy yendo al cementerio, y él me dice que no me da tiempo, tenemos que estar comiendo a las dos en punto. No encuentro fuerzas para oponerme y me quedo. Bebemos vino tinto mientras la chica nos mira y mastica chicle.

El cuarto día me levanto antes de que vuelva de la huerta y por fin consigo ir al cementerio. Al llegar a la verja de entrada me entra la risa, desde la aldaba me mira una rana enana. Abro con cuidado para no molestarla. Estoy nerviosa, estoy sudando. Camino deprisa hasta llegar a la tumba de mi padre y de ahí a la de mi abuela. Lo hago todo como si estuviera conmigo mi

abuelo, rápida y sintética, ¿qué me pasa? Y entonces vuelvo frente a mi padre y me tomo tiempo para mirar la lápida, la toco. Y así, con calma, las lágrimas empiezan a caer y me siento mejor.

Ese mismo día vamos a comer a Monsaraz, a media hora de Cheles, el pueblo de Portugal donde Amalia tiene el restaurante. Me alegra que me deje conducir a mí. Mi abuelo se ha arreglado especialmente y está contento. Bajo las ventanillas y conduzco despacio, él va callado a mi lado, sentimos el aire caliente que atraviesa el coche. En cuanto llegamos al aparcamiento empieza a ponerse nervioso, quiere hacerlo todo rápido, me mete prisa mientras aparco, se aturulla con el portuñol. En cuanto ve a Amalia empieza a sonreír. De pronto está más joven, más ágil. Me presenta con orgullo y deja que ella elija nuestros platos. Comemos muchísimo y todo está increíble, hablamos alto y lo pasamos bien, estamos felices. Se nota que él quiere quedarse, pero se nos acaban las excusas para alargarnos. Postre, café, oporto. Hemos bebido demasiado y vamos a tener que dar un paseo antes de que yo pueda conducir de vuelta. El pueblo es hermoso y muy turístico. Cuando hemos caminado un poco elige un banco a la sombra y se sienta, me pide que vaya sola a explorar. Todo son cuestas y sudo muchísimo, pero las vistas son espectaculares, toda la llanura del Guadiana ahí abajo, y yo en una fortaleza medieval. Cuando vuelvo a buscarle veo que tiene los pantalones un poco mojados. No me dice nada, vamos rápido al coche y regresamos callados de nuevo.

De vuelta de Portugal, y diez minutos antes de llegar a Cheles, mi abuelo me dice: vas a parar en el cementerio antes de volver a casa. Lo tendrás a tu derecha. Ya lo sé, abuelo. Vale. Y se queda callado. Cuando estamos cerca vuelve a decírmelo. Ya lo sé, abuelo, no te preocupes. Aparco el coche en una sombra. Él va deprisa a abrir la verja de hierro, no deja

que le ayude, la ranita ya no está en la aldaba. Me lleva directo a mi padre. Después a mi abuela. Me cuenta cuándo y dónde compró las flores que hay ahora, pienso que lo hace para que sepa que en el futuro me tocará encargarme a mí. Me lleva una vez más frente a mi padre. Y llora. Como si por fin algo se hubiera abierto. Me mira y me dice, a mí no quiero que me enterréis, a mí me incineráis y me lleváis a la huerta. Llora y regresa más despacio al coche, me espera sentado en el asiento del copiloto con la puerta cerrada. Espero que no le dé un golpe de calor.

En el viaje de vuelta a Madrid me siento llena de Cheles, siento dolor pero también alivio. Empieza a sonar *Halo* y canto. La canto entera, me sé toda la letra. Cuando acaba vuelvo a ponerla y canto a todo pulmón con las ventanillas bajadas, como hay que hacerlo. Al llegar a casa meto las naranjas en la nevera y salgo inmediatamente, voy al cine Capitol a ver *Dolor y gloria*. El cine está sucio, el suelo lleno de palomitas y botellas. Es la última sesión del día y hay poca gente. El actor que hace de actor en la película se sube a un escenario y baila. Empiezo a llorar. Cuando salgo del cine estoy llorando todavía. Vuelvo a casa y me pongo a escribir.

Notas:

Adrián Viva, también era de Cheles —años cuarenta— médico, gobernador uno o dos años. Abuelo, años en Guinea: 48, 49, 50.

Santa Isabel, isla.

Banana, cacao y piña, mango.

Dormía en una habitación al lado de un canelo, que es un arbusto.

Capitán del puerto —sargento de marina—, amigo.

Topógrafo, hacía planos para la construcción de carreteras y para la gente que quería edificar. La paga directa para sus padres en España, y con lo que ganaba allí le daba. Otros se lo gastaban alegremente.

Mininga, Boi.

Cantaban esas cosas suyas.

Si les dábamos coñac se volvían locos.

Los pobres negros estaban supeditados a nosotros, eran unos pobres diablos, sometidos. No es como ahora. Fincas madereras y aserraderos. Okume, árbol. Se llevaba la madera a España. Cafetales.

Escala en Canarias de dos o tres días. Los barcos no eran buenos. El poeta Arolas, barco. La travesía tardaba un par de días desde Canarias. Levantar planos.

Trochas para abrirte paso por la selva. Río Benito/Congo. Regla de tres, números fraccionarios. Senos y cosenos.

Combel, Buheiva, Coriscos, Aroher grande y chico.

Los pam eran los más brutos. Los jasva, más dedicados al mercado.

IV

Esta tarde me ha llamado mi abuelo. Sigue sin poder salir de casa estos días, pero en cuanto pueda se vuelve al pueblo. Desde hace un mes cada vez que hablo con él me dice que ya la semana que viene se va, y yo le digo que hay que tener paciencia. Me cuenta la película que ha visto ese día, un western casi siempre, me pregunta cómo me va el trabajo y en un momento que nunca sé anticipar, me dice, bueno, muy bien, hasta mañana. Y cuelga. Yo no le llamo todos los días ni mucho menos, pero siempre me dice hasta mañana. No sé si lo hace conscientemente, porque le da tranquilidad, porque quiere presionarme para que sea más constante en mis llamadas, o si lo hace de forma automática. Hasta mañana, abuelo, cuídate, descansa. No sé si me oye ya. Es muy rápido colgando, qué prisa le entra. Mi abuelo tiene mucha energía, a pesar de su edad. Este año no hemos podido celebrar su cumpleaños y eso aún le tiene jodido. Es supersticioso, no le hace ninguna gracia haber faltado a su cita. Tiene razón, en cualquier caso, sabe que no puede quedarle mucho, cada día anda con más prisa. Va desafiando a la vida en la medida de sus posibilidades.

Niña, me dice, se acaba de morir el último compañero de Guinea que me quedaba vivo, Juan se llamaba. Y eso que era tres años menor que yo. No puede evitar sonreír. No le veo, pero lo sé. Le gusta ser un superviviente. Me ha dicho su hija que tiene una foto de los dos colgada en el salón, que si la quiero. Le digo que me encantaría verla, porque temo que no vaya a querer ir a por ella, mi presión suele tener efecto. Bueno, ya cuando pueda ir a dar el pésame te la traigo.

Enseguida se convierte en algo para mí, a él parece que no le importa nada de lo que haya pasado. Abuelo, ¿y él qué hacía en Guinea? Pues como yo, él era mi compañero, íbamos juntos a las mediciones, me tocó compartir habitación con él unas cuantas de veces. Yo siempre te había imaginado solo, junto a la ventana esa que tenía un canelo del otro lado. Ahí sí, ahí sí dormía solo. Pero cuando viajábamos al interior, muchas veces no había más remedio. Y entonces qué hacíais, cuéntame. Qué sé yo, ya te he contado. Yo trabajaba mucho durante el día y después ya me iba al cuarto. Los otros se iban siempre por ahí, se gastaban todo el dinero. Yo no me dejaba un céntimo allí, se lo mandaba todo a mis padres. He leído un artículo en *elDiario.es*, de un periodista que se llama Pau Rodríguez, y habla de las condiciones de trabajo, de cómo la Curaduría retenía la mitad del salario hasta que expiraba el contrato. Dice que a menudo se engañaba a los nativos, que se les regalaba alcohol para contratarlos cuando estuviesen bebidos, o se les captaba concediéndoles créditos que no podían pagar después. Ya te dije, les daban de beber, y no era buena cosa. Pero ¿tú tenías relación con ellos? Yo muy poca, eso debe estar hablando de las plantaciones, los cafetales... ahí es donde les tenían con esos contratos. Pero entonces sí que se sabía. Saber, saber, no se sabía, pero te lo contaba alguien por ahí, se hablaba. Dice también que había tribunales para españoles y otros para guineanos. Y que a los españoles se les encarcelaba en la península, nunca en Guinea. ¿Tú sabías que no te podías casar con alguien de allí? No sabía, no... por ahí algunos se quedaban, no sé cómo lo harían. He estado mirando un libro que se llama *Leyes coloniales* y ahí... De eso no sé mucho. Yo ya te he contado lo que veíamos. Pero de leyes o de contratos yo no me enteraba. ¿No ves que nunca trabajé en las plantaciones? Había los que se quedaban a hacer dinero, algunos ya no volvían y se hacían una nueva familia. Pero yo

de eso no quería saber nada.

La imposición militar española en Río Muni en 1926 fue brutal, y de algún modo sirvió como campo de entrenamiento para algunos de los que apoyaron a Franco años después. Y resulta que Exxon hace negocios con Guinea Ecuatorial, y España obviamente hace negocios con Guinea Ecuatorial. Y que el actual dictador de Guinea Ecuatorial, sobrino del anterior dictador de Guinea Ecuatorial, quien fue elegido en unas elecciones y después hizo una ley para convertir el cargo de presidente en vitalicio ayudado por un abogado español, tiene dinero en el banco que apoyaba la dictadura de Pinochet. Y resulta que el dictador de Guinea Ecuatorial se hizo una foto con Obama y Michelle cuando este visitó Estados Unidos. Y en la foto, Rajoy sonríe mirando a cámara mientras estrecha la mano del dictador. Y Zapatero sonríe en la foto, de perfil, mientras estrecha la mano del dictador de Guinea Ecuatorial. Y en los titulares frases como: «Ayudan a establecer la democracia en Guinea», o «Estrechar lazos», o «Ayudan a empresas españolas».

Notas:
Cafetales, señores del cacao.
Duque del infantado - 25.000 hectáreas.
Carrero Blanco - Gaesa, Esnasa.
85 % de las fincas en manos de blancos.
Censos poco exactos.
Mano de obra llegada de Nigeria.
Guerra de Biafra facilitó mano de obra casi gratis de la población guineana.
Pescanova/Afripesca.
La misión, la parroquia y la escuela.
Guardia civil, policía territorial.
No emancipados/emancipados parciales/totalmente emancipados (que eran una minoría y eran los únicos que tenían derechos).
García Trevijano, motivos políticos en nombre de la oposición

democrática.
Conferencia Constitucional cerrada sin participación guineana. Estado tribal vs. Estado nacional.

Y Juan, ¿se volvió contigo? Juan se quedó un poco más, sí, pero no mucho.

V

Es el verano de 2019 y estoy en el Museo de Arte Contemporáneo de San Francisco, me siento frente a un vídeo de ritos de muerte en Vietnam. Una serie de personajes va llenando una estancia ya de por sí ocupada por una banda de músicos vestidos de blanco con gorras de marinos. No para de entrar gente, no parece que quepa nadie más, pero lo hacen. La música es alegre, repetitiva, de banda de viento, hay comida, hay animales alados, hay abuelas, vestidos de lentejuelas, niños, bebidas, muchos colores, trombones, pelucas, tubas, flautas, pantalones remangados. Al fondo veo a una persona vestida de blanco tumbada sobre una mesa. Es la muerta. La banda sale a la calle y comienza a recorrer distintos paisajes, marismas, una canoa por un río en la selva, los músicos en procesión sobre el agua, de pronto una habitación oscura en la que alguien baila sensualmente. Me quedo mirándolo en loop. Empieza y termina tres veces y sigo allí detenida. Es un vídeo extrañamente alegre y totalmente hipnótico. *The Living Need Light, the Dead Need Music* (*Los vivos necesitan luz, los muertos necesitan música*). Unos días después comienzo a leer la primera novela de Ocean Vuong y me encuentro con una escena que entra en diálogo perfecto con la del vídeo, que no me quito de la cabeza. Ha muerto alguien en el barrio y todo el mundo baja a la calle para estar juntos, celebrar la vida y la muerte, comer, bailar, hablar. Es de madrugada y Ocean lo recuerda como una mezcla de amor y temor. Es hermoso. Y pienso, ¿qué hemos hecho para no entender así la muerte?, ¿por qué no podemos salir a la calle a bailar?

VI

Salimos de la iglesia despacio, no hay que hablar pero hablamos. Se está poniendo el sol, desde los primeros escalones aún se ve el rojo, me quedaría ahí parada hasta que se hiciera de noche. Nos vamos abriendo en dos filas y tomando los bordes de la calle, dejamos un círculo en el medio, y entonces aparece el paso, Jesús orando en el monte. Esta, junto con Jesús subido en la burrita, es la imagen más alegre de la semana santa de Cheles, a partir de hoy todo irá recrudeciéndose. Delante camina el cura, va vestido de blanco y lleva un cetro dorado. Con él van dos monaguillos, uno a cada lado. De vez en cuando alguien sssssshhh. Giramos a la derecha de la iglesia y avanzamos por la travesía de Bravo Murillo, y giramos otra vez a la derecha, por Antonio Machado; se va haciendo de noche, caminamos rápido. Recuerdo que cuando era pequeña todo ocurría más lento, éramos más. Hay niños que corren. Sssssssshhhhh. Una mano agarra a la niña del lazo blanco por el hombro y la mete en la fila. La otra sigue adelante, pero al verse sola se para, mira, busca a alguien conocido y se une a la fila también. El niño de la gomina masca chicle, su madre le da un capón. Él se gira y la mira con odio, pero no dice nada, no tira el chicle, pero deja de mascar. Detrás de mí van unas adolescentes muy serias y muy arregladas, llevan medias transparentes y sandalias de tacón. Cuando pasamos por El Garito alguien va corriendo a cerrar la puerta, la música se oye como con sordina según pasamos. Perdona a tu pueblo perdónalo señor. Los mosquitos empiezan a acechar. Damos la vuelta a la plaza y regresamos. Algunos entran a la

iglesia a seguir rezando. Yo llego hasta las escaleras y me doy la vuelta, voy a buscar a mi abuelo para ir a tomar algo a la plaza. El viernes es mi día favorito, a las doce de la noche se hace la procesión del silencio. Por un lado vamos las mujeres, aunque son hombres los que llevan el paso de la virgen Dolorosa, con su manto negro bordado de oro y un pañuelo muy delicado en las manos que le ha hecho mi prima. Es uno de los más elaborados y pesa mucho. Por el otro lado van los hombres con el sepulcro. Llevamos velas, inclinadas hacia la calle. Lola y sus amigas siempre las llevan preparadas con un cucurucho de papel de plata, para no quemarse, y para recoger así la cera. Los demás dejamos que las gotas vayan cayendo por la calle, se van sumando a la mugre. Los niños se echan la cera en la mano hasta formar un pequeño charco que se va endureciendo, con el que después hacen bolitas; yo también lo hacía de pequeña, y me entran ganas de sentir ese primer ardor y luego el placer de darle forma en la palma, pero no me atrevo. Hay un grupo de mujeres, las que se quieren casar o las que se van a casar, en cualquier caso las mujeres solteras, que llevan peinetas y mantillas; cubiertas de negro caminan detrás de la virgen. Van descalzas, algunas llevan medias. Los dos bandos caminamos por nuestro lado hasta encontrarnos en la plaza. La madre de Estrella se asoma a un balcón y comienza a cantar. Año tras año la misma escena. La madre de Estrella es del Partido Comunista. Pero en semana santa no importa. Ella se asoma y canta y es un momento increíble. La madre se encuentra el ataúd con su hijo dentro y llora. Ahí están sus treinta y tres años de vida. Ahí está su hijo. Y en ese rito, repetido año tras año, quizá entendemos la muerte de otra manera. Pienso en esas imágenes, y en lo que significa representar así la muerte y la resurrección. Las imágenes cruentas, la sangre, los pinchos, los latigazos. Caminamos a su lado, miramos el rostro contraído. ¿Nos hace entender mejor?

Pienso: escribir un libro para poder escribir la muerte de alguien, escribir la muerte, la desaparición. Escribir para entender, escribir para dolerse. Escribir un libro para que alguien pueda morir y también quedarse. Pienso: lo que quiero es poder mirar la muerte sin tragedia, pero sin ligereza. Sin distancia, sin ironía, pero sin parálisis. Entrar con el propio cuerpo en la muerte para poder salir. (No se debe confundir luto con duelo. La principal diferencia es que el duelo es una reacción emocional frente a la muerte. Y el luto es la reacción externa para mostrar públicamente el dolor por la pérdida).

Grabo partes de la procesión que miro por la noche con un Nesquik en la mano sentada en el suelo del balconcito que hay en el salón. No aguantaré mucho así, se huele el frío. En el vídeo se oye a un hombre gritándole a la virgen: «¡Guapa! ¡Guapa! ¡Viva Cheles!». Es un hombre que vive en Gerona desde hace años, que lleva una pulsera con la bandera de España y que horas antes, en el bar, ha rechazado los torreznos porque es Viernes Santo. Ya era de noche, y estábamos llegando a la plaza con el paso de La Dolorosa. Los gritos son algo aprendido, algo de otras ciudades, de las imágenes que tenemos en la cabeza de la semana santa en Andalucía. En mi pueblo nunca se ha gritado así, se cuidan mucho las expresiones en público. Pero el hombre tiene dinero, y si tienes dinero no tienes miedo. El dinero que tenía mi abuela es lo que me protege cuando voy al pueblo. Mis tíos universitarios son lo que me protege cuando voy al pueblo. Mi padre muerto es lo que me protege cuando voy al pueblo, a pesar de que esto también sea lo que provoque murmullos a mi paso. Mi lugar es extraño allí, casi un milagro. Nadie se mete conmigo y me dejan hacer. Es verdad que voy poco, pero sé que, aunque no quiera, llamo la atención. Por mi ropa, por mis paseos en solitario. ¿Le preguntarán a mi abuelo? ¿Dónde va tu nieta, la del Jose? Pero seguramente no se lo preguntarán a él. A mi

prima Lola, quizá. Es igualita a él. Mírala, por ahí sola va, al campo, pero si va a llover. Y allá voy, aunque las nubes están preñadas, como diría mi tía, bien oscuras, pero tan hermosas, el campo tan verde, que cómo no voy a salir. Volveré rápido, le digo a mi abuelo.

En una carta a mi madre, mi padre le habla de sentirse raro o mal en Cheles, de no encontrar su lugar, o de odiar ciertas cosas, después habla de amar su pueblo, de preferirlo a Madrid. Todo el tiempo un deseo de ser y de apartarse. Ser de Cheles, dejar que Cheles pase por él, pero alejarse de la idea de lo que Cheles es y le hace ser. Si me vieras aquí, le dice, si me hubieras oído esta mañana hablando, no me reconocerías. El miedo a ser o no saber ser. Recuerdo algunas de las veces en las que me descubría hablando con acento al segundo de estar allí. Quería ser parte, que no me tomaran por extranjera. Por supuesto, no había más que mirarme para saber que no era de allí, pero me importaba sentir que no desentonaba demasiado. Solo tuve una amiga que verdaderamente era de Cheles, Guadalupe, mi amiga la Guada. Las demás eran como yo, forasteras que íbamos en fechas señaladas. Durante años Guada y yo nos escribimos cartas, nos contábamos lo que hacíamos. Nos queríamos, pero sabíamos que había una diferencia fundamental entre nuestras vidas. No importaba que yo también fuera de un pueblo, que de hecho era mucho más pequeño que Cheles, no tenía siquiera bar; lo que importaba era la profesión de mis padres, la cercanía con Madrid, y por otro lado el trabajo en el campo, el olor, las manos, el acento, las palabras. Por eso mi padre insistía tanto en el uso de las palabras y se obsesionaba por coleccionarlas, por usarlas, por darles un espacio en su vida. El corazón dividido. Mi padre había nacido allí, pero era de Madrid, se había criado en Madrid, había ido al colegio en Madrid, había estudiado en un colegio de un barrio militar en Madrid. Sí, iba todos los

veranos, en semana santa, en navidad, para las fiestas del Cristo, sí, su primera novia fue de allí. Y de qué modo habla de ella en las cartas que le escribe a mi madre, cómo se permite explicar quién es y qué piensa, ella que es del pueblo y se rige por las leyes del pueblo; cuando lo único que ha ocurrido es que él ha empezado a salir con mi madre sin habérselo dicho antes. Y ella le rehúye, se esconde en el interior de una casa cuando están a punto de cruzarse en la calle, le grita. No es que ella sea muy de Cheles, como dice él, es que está dolida, es que está jodida, está triste, y le faltan armas para enfrentarse al capitalino, que llega de un año para otro con el pelo largo y una camisa de cuadros con los botones sin abrochar.

Escribe mi padre en una carta: «El patito que tenemos en casa nos ha tomado a todos por madres, nos sigue, se acurruca a nuestros pies y llora si nos vamos. Algún día se hará grande y estará listo para comerse, ¿qué pasará?, con el tiempo lo sabremos». Así era fácil. No hay solución de continuidad de un estado a otro. Estar, no estar.

VII

no solo desaparecen los desaparecidos
todos lo hacemos
todos lo hicimos (con ellos)
todos hemos muerto ya

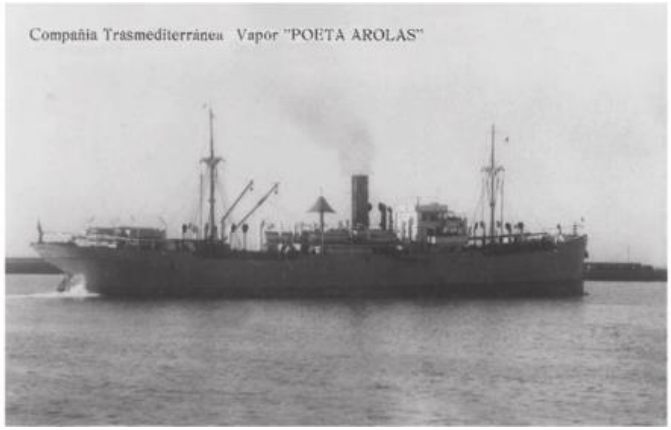
la ausencia de los desaparecidos
la ausencia de dios
la ausencia del bien
la ausencia de amor

Escribo esto como una respuesta posible a un texto de Watanabe que acabo de leer. A mi padre le hubiera gustado leer a Watanabe, pienso. Quizá yo hubiera paseado por las eras con mi padre. Quizá como el padre de Watanabe, él no hubiera dicho nada y habríamos aprendido a pasear en silencio. Eso es lo que siento que he aprendido. Pasear en silencio con mi padre (sin mi padre). Quizá le hubiera acompañado a la huerta y habría aprendido a plantar los tomates, las acelgas. Quizá un día me hubiera dejado leer su diario del huerto.

Mi abuelo cumplió noventa y ocho años el otro día. Sigue yendo al pueblo, a la huerta, se pone botas altas y sombrero en verano. Madruga mucho, siempre es de noche cuando se levanta. La casa es oscura y, salvo en verano, hace frío. Apenas lava las sábanas, apenas se lava él mismo. Come en el bar, y los domingos en casa de mi tía Lola. Antes tomaba el vermut con otro al que llamaba el curita, pero ya murió. Han muerto casi todos, y los que quedan hacen bromas macabras, nadie quiere ser su amigo porque él les sobrevive a todos, mejor no se

toman algo con él, no vaya a ser que los mate. Por las tardes va al casino y juega a las cartas. Cuando está en Madrid mira la tele, partidos de tenis, de fútbol, documentales de animales, westerns, baja a comprar. Los domingos va a comer al club de los militares y después echa la partida. Es un lugar oscuro, lleno de terciopelos verdes viejos. Pero a él le gusta, allí le tratan con respeto y le llaman por su nombre. Cuando voy con él al pueblo no me deja cocinar. Quizá los paseos por la huerta con mi abuelo son lo más parecido a pasear con mi padre. Quizá mi padre también habría sido escueto. Quizá nos hubiéramos mirado a la cara y nos habríamos reconocido.

Mira, ahí va la del Jose. Como si aún estuviera vivo.


Compañía Trasmediterránea Vapor "POETA AROLAS"

Con tres heridas viene:
la de la vida,
la del amor,
la de la muerte.

La poesía es el espacio en el que el poeta puede hablar con los muertos. Gestos, voces, conversaciones fragmentarias, afectos, desdicha, felicidad... sombras que pasan, que toman cuerpo, que brillan un instante, que se hacen tenues, que huyen.

OLVIDO GARCÍA VALDÉS,
en el prólogo a *El canto y la ceniza*

I

El martes pasado fui por primera vez al médico en Iowa. En mitad de las vacaciones de primavera el hospital universitario estaba vacío. Me preguntaron muchas cosas porque era la primera vez, o quizá porque soy extranjera y querían asegurarse de que tenían todo controlado. En cualquier caso, hablé mucho de mí misma con esta extraña, que muy rápido se convirtió en una especie de terapeuta. Me gustó enseguida, llevaba el pelo muy corto y tenía laringitis. Me pidió perdón, no podía hablarme mucho, su voz profunda y áspera, Leonard Cohen *style*. La noche anterior había tenido un poco de asma. Odio ir al médico, le dije, pero me estaba preocupando, no puedo respirar por las noches y no quiero ponerme peor.

Me preguntó por mis sangrados de nariz, si tomaba algún tipo de medicación, me midió la tensión y la temperatura. Después me preguntó si mis padres estaban vivos. No, mi padre no. Quiso saber de qué había muerto. Se suicidó, le dije. Yo tenía tres meses, no le conocí, no pasa nada. Quiero decir, sí pasa, pero ya me entiendes. Asintió. Sus preguntas eran muy directas, pero me trataba con delicadeza. Después me preguntó si era activa sexualmente, si alguien me follaba. Ningún médico me había preguntado algo así en España en una consulta sobre la garganta, pero qué sé yo, esto es América, pensé. Me preguntó si me acostaba con hombres o con mujeres. Mujeres, quiero decir, hombres, o... no sé. Sonrió y me preguntó si mi madre se había vuelto a casar. No, digo sí, de hecho sí, se casó hace un par de años. Estuve a punto de contarle toda mi historia familiar, y cómo fue la boda. Quería que lo supiera

todo de mí. ¿Te estoy incomodando?, me preguntó. No, no, bueno, un poco, es que... estoy escribiendo un texto sobre ese tema, supongo que es por eso, estoy justo pensando en ello, y estoy un poco nerviosa. Me sonrió de nuevo y pasó a preguntarme qué tal me iba en Iowa mientras me auscultaba. Me dijo que bebiera infusiones con miel. Me dijo que estaba bien. Me dijo que volviera si llegado el sábado no me sentía mejor. Me fui deseándole que se recuperara de la laringitis, ella me deseó buena suerte con la escritura. Y pensé, si me hubieran preguntado algunas de estas cosas quince años atrás, habría mentido. Habría mentido sin saberlo. Salí de allí contenta, por alguna razón me sentía bien conmigo misma, orgullosa de haberme atrevido a ir al médico por fin. Seguía tosiendo, pero al menos tenía una historia que contar. ¿Y no es eso lo que todos queremos/necesitamos/deseamos/buscamos?

II

Quizá la primera vez que pensó en contármelo yo tenía siete u ocho años. Para ser una niña lista era también bastante inocente, y estaba muy preocupada por tener que dejar el colegio del pueblo y empezar en Segovia. Quizá en ese momento volvió a recordar que la razón por la que quería y no quería quedarse en el pueblo eran la misma. Y que si me lo contaba, podría entender mejor por qué tenía que dejar a mis amigos y a mi profesora favorita. *Pero no, ni hablar, nada de eso*. No podía contármelo. Muy pequeña. *No entendería nada, lloraría, se sentiría mal, pensaría que no la queríamos*. Entiendo que no habría sido fácil, pero no estoy segura de que ese fuera el mayor problema. Ella no podía enfrentarse a la idea todavía. La herida estaba aún al descubierto, se veían las venas, la carne sin cicatrizar, las capas de piel. *Así no, imposible*.

Cuando cumplí diez años ya llevaba uno sufriendo el colegio de monjas, lloraba por las noches con pesadillas sobre el diablo que aparecía en la ventana. Aún era pequeña y flaquita. Levantaba siempre la mano en clase, llevaba hechas todas las tareas. Se le pasó por la cabeza que las pesadillas eran quizá mi forma de lidiar con el silencio, que explicarme mejor mi origen podría quizá arreglar muchas cosas. Pero no. *Demasiado inocente*, pensaría. *Sigue jugando con muñecas, lo que más le gusta es la mansión de Playmobil... Imposible, no puedo destrozarle el corazón, no va a entender nada, todo va a cambiar de significado, y no es verdad, no es verdad que no la quisiera, no es verdad que no me quisiera, no es verdad que tuviera deseos de marcharse*, y así se convencería de que no era el momento.

Los días y los años pasaron. Puede que algunas personas empezaran a presionarla, *No esperes más, tienes que contárselo, se va a acabar enterando, va a ser peor para las dos, ahora crees que lo malo es contárselo, pero lo malo es que se entere por alguien más. Ahí sí será cuando no comprenda.* Pero luego verían cómo me había cambiado el cuerpo, no sabía cómo acomodarme, ensombrecida por el uniforme gris, por no poder explicarle a la monja por qué no iba a misa los domingos; y quizá se apiadaban y nos dejaban en paz. *Ya se lo contarás más adelante, no es un buen momento, es verdad, ahora está pasando una etapa difícil, es mejor que se recupere un poco, la pubertad es muy dura*.

Y así cumplí trece años, ya tenía la regla y había crecido lo que iba a crecer. Por fin vivíamos en Segovia y me dejaba salir de vez en cuando. *Quizá ha llegado el momento*, se diría, *es probable que ya pueda enfrentarse a ello*, pensaría. Pero algo la detenía, ¿cómo iba a darle la vuelta al mundo, así, sin motivo? Pero no era solo eso, en trece años la herida no había evolucionado mucho. Seguía teniendo pesadillas, porque era ella la que tenía pesadillas aunque yo también las tuviera. Y vivíamos tantas personas en aquella casa, y había tanto ruido. No, no era fácil encontrar el momento, se repetiría. Pero claro, la gente volvería a decirle, *No puedes esperar más, esto se te está yendo de las manos, ¿no te das cuenta? Y sí, claro que me doy cuenta, pero cada persona lleva las cosas de una manera.* Y cómo me iba a enterar, si había dejado de llevarme al pueblo de mi padre, si no había nadie que pudiera decírmelo.

Y cumplí quince años, y los peligros seguían acechando, cuanta más gente y más años, más difícil. *Pero y ahora, ¿cómo saco el tema ahora*?, pensaría, *no viene a cuento, he explicado demasiadas veces la otra versión, ¿no lo ves*?, le diría a sus hermanas. Y sus hermanas, que la querían mucho, muchísimo, la mirarían tristes y le dirían que sí, que lo veían. Añadirían también que iba a tener que enfrentarse tarde o temprano, que

cuanto más esperara más difícil sería... Cuanto más esperara.

III

La historia es más o menos así. Mis padres, jóvenes, recién casados, hippies, médicos y nacidos en Madrid, vivían en un pueblo muy pequeño de la provincia de Segovia con otra pareja y otra chica. Eran todos amigos, tenían muchos planes, se querían. Al poco tiempo la chica tuvo que marcharse, quedaron cuatro. Mi padre tenía una huerta, una mula, tenían gallinas, conejos y un perro. Al cabo de unos tres años decidieron tener descendencia. Ahí llego yo. En los últimos meses de espera mi padre conoció a una mujer de la que se enamoró. Ella también era joven, estaba casada, pero no embarazada. Su padre tenía cultivos y, aunque a ella no le interesaban demasiado, le ofreció a mi padre la posibilidad del campo. Mi padre era médico, pero también un hombre de campo. Llevaba un diario del huerto: «Amaneció despejado, pero sin helada, el día está soleado, la carretera libre de nieve». Durante algunas semanas vivió alternativamente con mi madre y con la otra mujer. Mi madre estaba enamorada de mi padre, mi madre dice que su corazón seguía saltando de alegría cada vez que mi padre llegaba a casa. Para mi madre no había dudas, nunca las había tenido respecto a él. Mi padre era su primer y único amor. Mi padre, me dicen, estaba roto por dentro. Tenía miedo de que le abandonaran, de que no le quisieran más. Tenía miedo de equivocarse. Había visto cómo mi abuelo se había quedado en un segundo plano una vez llegaron los hijos, y temía más que nada que le pasara lo mismo. Supongo también que tenía miedo de tener un hijo (yo iba a ser un niño, solo cuando llevaba un rato sobre mi madre se les ocurrió mirar y vieron

que era una niña, a este hecho le doy la importancia justa, mi nombre iba a ser Olmo, durante meses antes de nacer se refirieron a mí como Olmo, cuando he tenido deseos de ser chico lo he relacionado directamente con esto, a algunas personas les hace reír). Creo que no se puede negar que mi llegada le preocupaba, y que probablemente las cosas hubieran sido de otro modo si yo no hubiera sido parte del cuadro. Pero nunca he encontrado sentido ni placer en culparme. Más allá del ojalá no hubiera ocurrido, creo que mi responsabilidad está en otro lugar, quizá en pensar en ellos y tratar de entender.

Cuando nací mi madre estaba contenta, pero estaba jodida porque mi padre no se decidía. Cuando nací mi padre estaba contento, pero estaba jodido porque él mismo no se decidía. Durante un mes se sucedieron los cambios de casa y las dudas. Al cabo de ese tiempo, con un viaje a Asturias en medio en el que nos hicieron una foto juntos que es la única que conservo de los dos solos, mi padre decidió suicidarse. Las razones son muchas y complejas, como siempre en estos casos. Y es muy difícil saber sin tener datos y solo contando con los testimonios de los afectados. Mi madre queda completamente destrozada, la otra mujer queda completamente destrozada, mi familia y los amigos de mis padres quedan completamente destrozados. Durante mis primeros años de vida creo que me rodeó la tristeza, a pesar de que soy consciente de los muchos, enormes esfuerzos de todas esas personas por transmitirme amor, tranquilidad y alegría. Durante años mi madre lloró, adelgazó y casi desapareció. Pero insiste siempre en que yo le hice seguir viviendo. Durante años también, mi madre mantuvo en absoluto secreto las razones de la muerte de mi padre. Durante quince años mi familia me mintió deliberadamente acerca de la muerte de mi padre. Yo sigo teniendo relación con mi madre. Tenemos confianza y ternura. Sin embargo hay una distancia insalvable que se generó durante los quince años en los que yo

viví pensando que mi padre había muerto congelado en las montañas cuando se fue solo a pasear en pleno diciembre. Qué muerte más cruel. Ojalá se les hubiera ocurrido otra. Esto es lo que me dijeron: Tu padre se fue a la sierra, le gustaba mucho caminar (como a Walter Benjamin, como a Thoreau, me habría dicho años después). Hacía mucho frío aquella noche, mucho más del que se esperaba, y él no iba preparado, se congeló mientras dormía. Solo se saltaron la parte en que la que se explica que antes de morir congelado en las montañas había ingerido Rohypnol, que le resultó de fácil acceso ya que era médico. Ese dato se lo saltaron. No sabían cómo explicarlo, dijeron. Quince años. Durante quince años. Yo también durante algún tiempo mentí, y cuando conté la historia a mis amigos, a mis amantes, dije que fueron trece. Qué diferencia más absurda. De trece a quince años. Pero por alguna razón me parecía más perdonable. Contándolo así intentaba perdonar dos años. Así me sentía mejor. Me daba menos vergüenza haber sido engañada durante tanto tiempo. Ahora ya lo digo así, no fueron trece, fueron quince.

Tenía quince años, Alicia trece, era el puente de la Constitución, estábamos en Segovia y hacía frío. Dimos un paseo, fuimos a tomar algo a un bar que está detrás de la Plaza Mayor. Alicia tenía el pelo rizado y negro, la piel oscura, los ojos verde oscuro, el tono de voz un poco afectado, pero no demasiado. Era muy guapa. Alicia parecía mayor de lo que era. Tenía mucha prisa por todo, y quería irse de casa cuanto antes. Aquel día Alicia necesitaba hablar conmigo. Sus padres iban a separarse, pero su padre no podía soportarlo y había amenazado con suicidarse. Como el tuyo, me dijo. Y yo me quedé de piedra. Con quince años, debajo del acueducto, con el frío de diciembre y mi superioridad ante la vida, no sabía cómo había muerto mi padre. No, le dije, mi padre no se suicidó, ¿quién te ha dicho eso? Elena, me lo ha dicho Elena. Me di

cuenta de que Alicia no lo decía para sorprenderme, ni para hacerme daño. Me lo dijo Elena cuando nos conocimos. Así que Elena y Alicia tenían este dato sobre mi vida muchos meses antes que yo. Yo volví a negarlo, recuerdo explicarle que mi padre amaba la vida, que nunca habría hecho eso. Recuerdo decir esa frase, que no tenía ningún fundamento porque nadie me lo había dicho así, pero yo lo afirmé con total convicción. Mi padre amaba la vida. Bueno, vale, me dijo, Elena se habrá equivocado. Supongo que en ese momento ella tuvo dudas, pero supongo también que pensó que yo no quería hablar del tema, que era un tema no superado. O igual no pensó nada, a Alicia la empatía no se le daba genial. Nos despedimos poco después, volví a casa. No sabía qué pensar. De pronto todo empezó a tener otro sentido. De pronto todas las cosas de mi vida se recolocaban y significaban algo un poco diferente. Mi madre y yo nos quedamos en dos terrenos separados por una sima. Mi cuerpo también experimentó una falla interna. No sabía cómo reaccionar ante su amor, ni cómo amar a nadie. Tenía quince años, iba a clases de teatro, estaba en el sindicato de estudiantes, iba a todas las reuniones, organizaba manifestaciones, tenía un abrigo rojo. Tenía quince años y no sabía cómo había muerto mi padre.

Intento imaginar cómo fue para ella; de un día para otro, todo lo que había sido verdad desapareció. Tenía que mantenerse viva por mí. Pero no podía seguir la vida con normalidad. Imagino cómo era hacer las tareas, ducharse e incluso mirarme a mí, mi cara cada día como un recordatorio. La pérdida es la pérdida, pero tenía una cara y un cuerpo. Dicen que pasa en todas las familias, pero siempre es dolorosamente único. Me contó que en aquellos años le quedaba muy bien la ropa, pero que le daba vergüenza mirarse desnuda en el espejo, las líneas de los huesos perfectamente visibles contra la piel, como si estuvieran a punto de salirse.

Eran muy jóvenes. Siempre pienso en su edad, y en el día que la sobrepasé. De algún modo ella también se quedó en esa edad. Ojalá nos hubiéramos podido conocer en todas las siguientes edades que vinieron cuando él ya no estaba. La persona de las fotos que me enseña no es la misma que me crio. La persona con la que viví hasta los diecisiete años no es la misma que estudió medicina, la que viajó a Turquía o a Chile, la que votó en las primeras elecciones democráticas en España en cuarenta años. No es la misma. Quedan trazos, quedan gestos. Ella era fuerte y sigue siendo fuerte, tiene una capacidad espectacular para amar y escuchar con atención y cuidar. Mi madre a los veintiséis amaba la montaña, mi madre a los sesenta sigue haciéndolo. Ambas prefieren gastar el dinero en viajes más que en cualquier otra cosa. Pero la madre que conozco no puede hablar del pasado, no puede hablar de muchas cosas, dice que sí, pero no es cierto, no se ha entrenado para hacerlo. Ha guardado un secreto mortal dentro de sí, y eso ha cambiado todo. Controlar la información le daba la clave para relacionarse conmigo. Si podía mantenerme en un lugar que ella consideraba a salvo, si podía mantenerme en su versión, en la reconstrucción de los acontecimientos, al menos podría controlar nuestra historia.

A partir del momento en que la historia se reveló, se evidenciaron nuestras diferencias. Imagino que extrañaba los años en que podía contener lo relacionado con mi padre. Ocultar información es pesado, pero permite mantener cierta paz. Yo no podía hacerle daño porque no tenía medios, no tenía historias. En el acto de compartir la información, mi madre me cedió también la posibilidad de actuar y de hacer daño.

Después de cuarenta años de dictadura, alrededor de 150.000 asesinatos, 30.000 niños robados, 500.000 exiliados y un país destruido, Franco murió el 20 de noviembre de 1975.

Franco muerto, España tenía ahora la oportunidad de hacerse con el control de su historia. Podían ser europeos, podían ser libres, no haría ya falta viajar a Londres para abortar o a Francia a ver películas censuradas. Podían reunirse en las calles con un propósito, o encontrarse sin él donde quiera que estuvieran. No tendrían que correr delante de los grises a caballo. Podían volver a amar los caballos si eso era lo que querían. Mis padres tenían veinte años.

Los dos eran guapos. En la foto que tengo en mi escritorio él tiene el pelo oscuro y liso, barba larga, ojos verdes, boca grande (como la mía). Mi madre llevaba el pelo muy largo y la frente despejada. Ella creía en el trabajo, nunca faltaba a clase, con un sentido del deber propio de ser estudiante universitaria de primera generación. Él era listo, arrogante a veces. Cantaba fatal. Mi madre pensaba que cantaba increíble. Cuando él cantaba *A cántaros*, desafinaba terriblemente. La primera vez que mi madre escuchó a Pablo Guerrero cantar su propia canción, pensó que Pablo Guerrero desafinaba.

En enero de 1983 mi madre se quedó embarazada. El Partido Socialista estaba en el Gobierno y ellos estaban contentos. Esperanzados. Llenos de energía. Listos para cambiar las cosas. En febrero de 1983 mi padre comenzó una historia con una compañera de trabajo. Ella era hermosa, alta, sensual, llevaba faldas y tacones y maquillaje. Pelo negro largo. Ojos tristes, oscuros y profundos. Esto lo sé porque la conocí en diciembre de 2004. Claro que habían pasado muchos años, pero su belleza y su tristeza aún eran visibles. Me enseñó dos fotos de él de aquella época. Era todo lo que tenía, me prometió, no sé por qué no me lo creí, seguramente era verdad. Lloramos y caminamos juntas durante horas. Obtuvimos un tipo de paz. Nunca volvimos a vernos a solas.

Cuando pienso en la historia de Pablo Guerrero, no la encuentro graciosa. Cuando escribí esto por primera vez, lo

hice en inglés, un idioma que mi madre no entiende y que esperaba que no pudiera leer nunca. Pero aquí estoy ahora, escribiendo en español, con el corazón encogido. Y no es que no crea en el amor. A veces pienso que es en lo único en lo que creo. No lo sé. Tengo prejuicios. O soy demasiado cauta, o quizá cobarde. Pero no me dejo ir así. Me he entrenado para no hacerlo. ¿Está mal eso? Digo que no me da envidia el estado de enamoramiento. Pero no es verdad. Me protejo, construyo barreras, diques de todo tipo, trato de mantener el control. Lo siento, madre. Te quiero. Pero siento que no puedo amarte del modo en que tú me amas a mí. No quiero ser desagradecida, no quiero ser fría. Pero lo soy. No lo parece, porque sonrío y abrazo cálida. Pero no dejo que el amor crezca. Tengo amantes a los que no dejo acercarse demasiado. Cuando parece que nos vamos a amar para siempre, lo jodo. Les miento, miento a mis amigos, me miento a mí. Les engaño y me engaño a mí misma. Me siento por encima de ellos, como si pudiera hacer lo que quisiera, como si tuviera derecho. Ante ellos no lo admito, claro. Pero lo hago una y otra vez. No me enamoraré para siempre, ¿puedo prometer algo así? Años intentando no repetir lo que ella hizo, y aquí estoy. Mintiendo y haciendo como que no. Teniendo relaciones en las que no digo dónde estoy, con quién viajo, quién soy, ni a quién amo. Pienso que voy a dejar de preguntar, no quiero saber qué hace mi madre con las historias que aún guarda. Son suyas. También me he entrenado para no necesitarlas más. Así es como los países consiguen la independencia después de haber sido colonizados.

Mi padre dejó varias cartas de suicidio. Una para mis abuelos, una para mi madre, otra para la otra mujer y otra para mí. Nunca he visto esa carta. Esa carta, me han dicho, se ha perdido. Nadie entiende cómo ni por qué, pero esa carta ya no existe. Mi madre recuerda exactamente el lugar en el que la

tenía guardada. Recuerda sacarla una y otra vez para leerla de nuevo en los meses posteriores a la muerte de mi padre. Y un día la carta desapareció. Es una cosa completamente absurda. Una carta así no desaparece. Una carta así no se pierde. Pero no está. Y no he podido leerla. Mi madre insiste en que no decía mucho, y que recuerda perfectamente las palabras, me las recita. Pero a mí eso no me importa. Yo lo que quiero es ver la carta. Quiero ver la maldita carta. Quiero ver la carta.

IV

Escribí los tres capítulos que abren esta parte en 2017, estaba en Iowa, estudiando en la universidad con una beca. Y los escribí en inglés no solo para que mi madre no lo pudiera entender, no había razones reales para que tuviera que leerlo en ese momento, sino porque de pronto el uso de otro idioma me daba una libertad que no había sentido antes. No me había atrevido nunca a escribir así. Y lo necesitaba, mucho, de eso sí me di cuenta. Los párrafos salían solos en ese idioma que no era el mío, un idioma adquirido que se había convertido en una vía de escape perfecta. Era más atrevida para todo, para ser dura, pero también para ser cursi. Los poemas de amor más cursis que he escrito en mi vida los he escrito en inglés, y qué placentero ha sido hacerlo. A los pocos meses de acabarlo se lo envié a un profesor, novelista, que me dijo: Esto podemos publicarlo, escríbelo en español, tradúcelo, y lo mandamos. No puedo, le dije, mi madre no puede leer esto. Para escribir hay que enfrentarse a la familia, me dijo. Avísame cuando estés lista.

Han pasado cuatro años y sigo sintiendo que no estoy lista. No solo eso, lo leo ahora y lo siento bruto, siento que era un poco otra persona al escribirlo. La relación con mi madre ha cambiado en los últimos años, hemos hablado más, tratamos de entendernos mejor, de querernos más limpiamente. Varias veces le he dicho que este texto existe. Y hemos hecho un pacto, ella lo leerá antes de que tú lo hagas.

Kate Zambreno, hablando de Barthes, cuenta que la sociedad permite una duración específica para el duelo. Una vez ha

pasado ese tiempo, debes dejar de dolerte. Y desde luego, no puedes compartir tu duelo con nadie si te has pasado del tiempo reglamentario. He sido una de esas personas que hace a otros sentirse mal por estar de duelo. La vida se acaba, así es como funciona. No se puede hacer nada al respecto. Haz lo que necesites, supéralo. Un acercamiento frío que me permito por ser la hija de un suicida. La muerte es parte de mí desde que llegué a la vida. Pero ¿no es parte de todos desde que nacemos? He sido muy dura con mi madre y con sus periodos de duelo. No se lo he dicho, pero ella lo nota, me tiene miedo, no quiere oírmelo decir. Por eso se tensa cuando me cuenta lo mal que está tras la muerte de su hermano. Ahora soy yo la que quiere llorar la muerte, pero no puedo. Me gustaría que alguien me llevara a una habitación especial para hacerlo. Como esas salas llenas de ataúdes que vi en *The New York Times*, la gente se mete en ellos para imaginarse su propia muerte, escriben una carta de despedida, se lloran en privado.

Si pudiera estar de duelo.

En realidad lo más probable es que lleve llorando la muerte de mi padre desde hace años. La falta de imágenes claras, la falta de la experiencia de la muerte en sí, ha dejado mi luto demasiado fino. Una tela gastada a la que es difícil aferrarse. No he podido agarrar otra cosa que no fuera la falta misma. La ausencia, la muerte misma. Y así mi luto se convirtió en una sospecha hacia el luto de los demás. No me fío de mi madre. No me fío de nadie que parezca incapaz de superar la pérdida. Me resultan débiles. Demasiado occidentales, demasiado españoles, demasiado católicos, demasiado mediterráneos.

Fui a terapia por primera vez en mi vida a los treinta y tres años de edad. Ojalá haber ido antes, pienso. Mi madre nunca fue a terapia. España, me dice, no es un país de terapia. Se pregunta si tiene que ver con la dictadura, pero mira Argentina, dice después. Supongo, le digo, que tiene que ver

con la organización de la familia mediterránea. La estructura familiar central. Uno acude a la familia en busca de consejos, dinero, consuelo, amor, amistad. Para qué necesitamos terapia. Y ahí queda la cosa. Así que fui a terapia en Iowa, y hablaba en inglés con mi terapeuta, y trataba de entender por qué no podía tener una relación completamente sincera con mi madre, y por qué no me permitía el duelo. Regresé a Madrid preparada para arreglar las cosas, para hablarlo todo.

V

Cuando cumplí veintisiete años me obsesioné con los poemas de Yannis Ritsos, por alguna razón me acercaban a la idea de mi padre, tenía la sensación de que le hubiera gustado leerlos y, a la vez, me parecía que podía tratarse de alguien cercano a él, alguien que podría haber sido su amigo. Había un poema en particular que siempre me hacía llorar y sonreír cuando llegaba al final. Empezaba así:

Siempre
Comenzamos una conversación
se parte por la mitad.
Comenzamos a construir un muro
no nos dejan terminarlo.
Y nuestra canción, partida

Creo que lo recuerdo bien, pero quiero asegurarme. Busco entre mis libros, lo encuentro enseguida, está todo subrayado, lo leo en voz alta. Ahora tengo treinta y ocho años y trato de continuar la conversación.

Desde hace unas semanas, leo las cartas que mi padre le mandaba a mi madre cuando estaban en los primeros cursos de medicina. También hay otras cartas, pero el grueso son las suyas. Son sobre todo de los veranos del 74, 75 y 76. Hay además algunas de las navidades y semanas santas de esos años. Me pregunto qué pasó después, aún quedaban algunos años antes de que se fueran a vivir juntos. ¿Hay más cartas? Quizá empezaron a pasar juntos los veranos y dejaron de escribirse. En las primeras eran muy pequeños, unos diecinueve

años. No sé si mi madre recordará haberme dejado estas cartas, según las leo pienso que es un acto de generosidad bestial. No sé tampoco si recordará el contenido de las mismas. Imagino que las leyó muchas veces, pero me las dio hace años ya, y quizá hacía aún más desde la última vez que las había leído. El caso es que en aquel momento yo no fui capaz de leerlas. Y ahora pienso que quizá mi vida hubiera sido muy distinta si me hubiera atrevido a hacerlo. Cualquiera pensaría que soy idiota. Por qué no lo hice. Mostraba tanta desesperación por saber cosas de mi padre, y sin embargo no fui capaz de abrir ese bolso negro durante años. No fui capaz. Me daba miedo. Me daba miedo. Me da miedo.

Ahora llevo tres semanas con ellas en la habitación, dando vueltas. Haciendo montones, ordenando por fecha. Tengo dudas con algunas, no sé si son del 74 o del 75. Los veranos eran muy parecidos. Mi madre se iba primero de campamento con las guías y después a la playa con sus padres. A Castellón, a Alicante, después volvía a Madrid a estudiar para los exámenes de septiembre. Él se iba a unas colonias, de monitor también, a algún viaje con amigos y a Cheles. La mayor parte de las cartas se las escribía desde los campamentos y desde Cheles. A veces, cuando está aún en Madrid, dice dudar, quizá me vaya a Asturias, quizá me vaya a Galicia. Y pienso, no lo hará, se irá a Cheles, como cada año. Y en efecto, la siguiente carta es desde Cheles. El pueblo del que no sabe cómo ser.

El tono varía mucho de año en año, y también dependiendo del lugar en el que esté al escribir. Pero no solo eso, de día en día, el tono cambia. Sube y baja. A veces muy cercano, muy abierto, otras altivo, dudando de todo, cuestionando todo, a veces hiriente y justificándolo en favor de la honestidad. Otras entregado. En varias cartas se repite su deseo de un amor sencillo, sincero, abierto. Pero está claro que es él mismo quien lo complica.

Una de las primeras acaba con estas palabras: «Y quiéreme. Sí, sé que no debería pedirte eso, mi obligación es dar sin esperar nada; pero soy muy débil, necesito que me queráis todos. Gracias, porque sé que lo hacéis sin que me lo merezca». En esa época, los años de instituto y el principio de la universidad, mi padre era religioso. Quizá ahora, con la distancia, podría decirse que era hippy religioso. Es posible que estuviera cerca de la teología de la liberación; aunque no pertenecía a ninguna comunidad de base, sí estaba cerca de diferentes grupos que trabajaban desde el amor, el reparto de obligaciones y bienes. Salía de excursión con scouts y se encargaba de algunas tareas de formación. En ese final creo entender que está pensando en su necesidad de ser amado y en el conflicto que le supone amar sin esperar algo a cambio. Me enternece su confesión, «soy muy débil, necesito que me queráis todos». Pero me inquieta también. Hay una necesidad fuerte que nunca llega a satisfacerse.

De mi madre apenas hay cartas, aunque debe tenerlas en algún lugar. Supongo que pensó que lo importante para mí era leer las de él, que era a él a quien necesitaba entender, conocer. Ahora pienso que lo que quiero es leer las de mi madre. Que a quien quiero abrazar es a ella, a quien quiero conocer de verdad. Lo único que hay son borradores de una misma carta que se queda a medias: quiere escribirle a mi padre y a una amiga que se ha ido unos días a Cheles con él, imagino que tiene dudas, ¿quiere sonar segura? Otra es una carta sin sobre en la que le pide perdón por algo, dice que ha sido una egoísta, habla de una cena y cuenta que le va llamando desde diferentes cabinas, en Embajadores, en Conde de Casal, desde casa... Pero no da con él, te habrás ido directamente a la cena, le escribe. Y le vuelve a pedir perdón un montón de veces. La primera vez que la leí me puse a llorar. Hay algo bestial, durísimo, se nota que está rota, desesperada por alcanzarle. Le odié en ese

momento. Por qué ponía tantas pruebas todo el rato. Hay también una carta rota en muchos trozos pequeños. He tratado de ordenarlos, pero de momento no lo he conseguido. Creo que faltan partes, y no soy paciente. Logré conectar apenas tres trozos. No he hecho un puzle en toda mi vida. Si fuera más metódica, me obligaría a hacerlo. Pero me enloquece la idea. No soy capaz.

Me he pasado muchos años de la vida tratando de todos los modos posibles no ser como mi madre. Y creo que ella siempre lo ha sabido y, a pesar de eso, me ha querido más que a nada. Siempre he pensado que una parte de mi madre era egoísta, pero también creo que es la persona con más capacidad de amar que he conocido nunca. Lo que no se puede decir: un día se resignó. A los doce años dejé de llamarla mamá y comencé a usar su nombre de pila. A ella se le rompió el corazón. En los últimos años he empezado a llamarla madre. Un día le estaba mandando un mensaje de audio y dije: «Mamá» . Llevaba un rato hablando. Dudé qué hacer. Lo borré. Y empecé de nuevo. Así de mezquina soy. Ahora pienso que cuando me dicen: «Pero ¿tú de dónde has salido? ¿Por qué eres así? Nunca había conocido a nadie como tú», etc., no es de mi padre de donde me viene ese aura, como siempre había creído. Es mi madre la que me la pasó. Pero quizá lo que sí ocurrió es que mi madre, al dármela, se quedó con las reservas bajas. Seguramente no por el hecho en sí de dármela, sino porque en ese momento había perdido casi todo, se había debilitado al extremo, y me hizo entrega de lo que tenía, sin poder quedarse ella nada más. Mi madre me entregó su vida en diciembre de 1983, cuando yo tenía tres meses y ella se moría por dentro; y hasta ahora no he sido capaz de reconocerlo. Engaño y culpa son muy parecidos. Esos son mis pecados. ¿Y qué más? Soberbia. Falta de claridad. Deseo dividido. Juicio constante. Intransigencia. Dureza. Problemas para empatizar de un modo profundo, real.

«Lo que no debes es tener miedo de nada. Tienes la obligación de ser tú, con todas las consecuencias; y puedes aprender mucho de M., pero nunca copiarla, nunca tratar de adaptarte a ella», le escribe mi padre a mi madre hacia el final del verano del 74. Queda poco para que se vuelvan a ver, él está en Cheles, le habla de sus paseos por el campo, las salidas nocturnas. Trato de imaginar qué le decía ella, que ya está de vuelta en Madrid y tiene un examen de Fisio al día siguiente. Lo miro de otro modo y me imagino que es en realidad un consejo que mi padre le da a mi yo de quince, veinte, treinta años, y así lo tomo. Mi padre no me ha enseñado los deportes. No me ha enseñado a salir con chicos. No me ha explicado la diferencia entre leninistas y estalinistas. No me ha pegado. No me ha cortado el pelo. Pero me ha dejado palabras aquí y allá que aún puedo transformar en una suerte de pedagogía futura. Trataré de no decepcionar.

Sigo leyendo y construyendo el mapa. Me gusta reconocer los lugares de los que habla, puedo seguirle de algún modo. «Ha llovido, huele a tierra mojada, habrá buenos melonares, ¿por qué estar triste? Sí, esta tarde me la he pasado metiendo la pata, y de verdad, no sé por qué; estaba nervioso, bueno... soy idiota y tonto, y de vez en cuando dejo salir mi orgullo, que lo encierra todo. PD: Perdóname y quiéreme siempre, lo necesito de verdad». Pero también es un dolor terrible leer las cartas sin saber. Se alude a cosas que son una oscuridad imposible; al mismo tiempo van dotando de cuerpo a esas personas que fueron mis padres, a ese amor que permitió mi presencia hoy aquí. Siempre esa necesidad de reafirmación: necesita que le quieran. Necesito que me quieran. Temo sus referencias al orgullo, qué niña tan orgullosa, me decían. Y me lo digo ahora a mí misma, cuando estoy en medio de una discusión, qué orgullosa, páralo, páralo, no seas como él.

Transcribo frases de las cartas de mi padre; el ejercicio de

apropiación, de asimilación me asusta, pero también me da fuerza. Su trazo en el papel desaparece para convertirse en el mío en el cuaderno en el que apunto, y después en Times New Roman con comillas que marcan que no he sido yo quien ha escrito esas palabras originalmente.

«¡QUIERO SER SENCILLO!»

VOCABULARIO de uso popular en Cheles

A.

Andancio = costumbre, moda, epidemia.

Ajosino = hoz

Andrina = endrina

Arroyo = aproyadura (raudal de leche en la teta)

Alma = esternón de cerdo.

Arrejuntar = rejuntar = reunir

Asín = asina = así

Aguaje = regimen de lluvias estacionales abundantes

Albarillo = albaricoque

Acalcar = calcar = comprimir el contenido de un saco o un carro.

Azude = azud/a

«Sobre todo estoy tratando de olvidarme de mí mismo; esto, aparte de beneficiarme, porque no por mucho ocuparme de mí adelanto más personalmente, sino al contrario, beneficia a los niños, pues ellos necesitan una dedicación plena». Está en un campamento en Extremadura, duerme poco, tiene reuniones nocturnas con lo que él llama Jefaturi. Y se lleva muy bien con los críos, pero desconfía de sí mismo. En varias ocasiones habla de la madre y la hija, la madre que ama, la hija que ansía. Habla de educación, comenta los comportamientos de los chavales. Le preocupa mucho la pedagogía, desarrolla teorías, habla de los cambios que se operan en los niños de año en año, le obsesiona la idea de la comunicación con ellos. Cuando me preguntan, ¿cuál sería tu locura particular si fueras madre?, siempre lo tengo claro: querría que mis criaturas fueran las más listas de la tierra.

«Sudé bien para conducir a los muchachos, que son terribles. Nuestro equipo es el de "los zorros", el lema: astutos para conseguir amigos. No cumplen mucho el lema, la verdad, porque todo el día hay que estar tras ellos para que vayan abriéndose. Y eso es lo importante, que aprenden, que se hacen hombres. Hoy es el día de la obediencia. Lema: obedecer es amar».

Dos años después de estas notas sobre los chavales del campamento, le escribe esto a mi madre: «Hoy he pasado mucho tiempo con mi ahijada y con mi primo. Los niños tienen mucho de desconocido; su forma de pensar es absolutamente distinta a la de los mayores; no está sujeta a normas y creo que de ella podemos aprender bastante. En pedagogía nos falta muchísimo por aprender porque todavía no conocemos a los niños. Yo hago las cosas lo mejor que puedo, pero cada dos por

tres meto la pata; también sucede que los niños requieren una gran dedicación, y no siempre estoy dispuesto para dársela (...) Yo creo en el amor de dos personas; necesito creer; y creo que ese amor puede ser fuente de vida; y quiero construir contigo ese amor y una familia. No sé si creer en Dios; sería bonito creer en Dios como creador y fuente de bondad. Si me pongo a dudar de Dios dudo también del amor, de la bondad; y entonces... ¿para qué vivir? Como ves además de poético estoy filosófico. Pero no te fíes mucho, puede que no sea mi alma la que haya florecido en poesía y filosofía sino que lo haya tomado prestado de Gora. Cuando pasen unos días se sabrá».

«Si me pongo a dudar de Dios dudo también del amor, de la bondad; y entonces ¿para qué vivir?». Me lo repito en voz baja. He dejado la ventana abierta, se oyen coches, como siempre, pero hoy también una flauta, alguien que ensaya, repite la misma melodía. También se oye a un perro muy insistente. Ha llovido mucho y los pájaros están ahora como locos. Está bastante oscuro, no sé si saldré en un rato. Necesito aire.

Quizá este verano del 74 fue el primero de su relación, y esos meses de verano los primeros en los que dejaron de estar en la misma ciudad. «No sé si la quiero o no, ni sé qué será de "nosotros" —La vida guarda una sorpresa al doblar cada esquina; y siempre los comienzos son más inseguros—. Lo que veo es que se me está colando entre las fibras del corazón, y de ahí ya no se sale. Es inútil, acabé hablando de mí. Para ti, estos son mis sentimientos un poco disfrazadillos de poesía. Ya los desnudaremos hablando». Me reconozco en su duda, en su cuestionamiento constante del amor. Trata de salir de sí mismo, dice, pero ni siquiera él se lo cree, cuando dice que acaba hablando de él tengo la sensación de que desde el principio sabía que así iba a ser. «Si hablar es difícil, figúrate escribir. Me gustó lo que decías de estar chiflados, ojalá que la chifladura me cale bien hondo y me dé por andar alegre y llevar mi

alegría a las personas; ahora estoy así pero vendrán muchos fallos y muchos momentos de bajo ánimo». Estas primeras veces en que leo sobre sus cambios de humor siento que por fin comprendo algo de él de lo que nadie me había hablado. Era callado, decían, se guardaba mucho. Era muy listo, pero orgulloso, decían, no le gustaba equivocarse. Pero yo aquí leo palabras, no silencio, y leo inseguridad, y duda, y dificultad.

«Se sufre, se sufre mucho».

No entiendo su letra, y no lo digo en un sentido literal. No entiendo el porqué de sus trazos, no soy capaz de verle, de entender quién era el que escribía así, por qué, es como a saltos, parece que le falta organicidad. Me es ajeno, cuanto más por el deseo que tengo de que no lo sea. Enseguida pienso que es la letra de alguien que quiere ser otro.

«Me encuentro casi eufórico, siento más ganas que nunca de que entre tú y yo todo sea puro, sencillo, natural, y que no haya quien nos ate». Durante páginas y páginas José intenta entender lo que le está pasando. Se queja de sí mismo, de su incapacidad para no ponerse siempre en el centro de todo. Desea un amor sencillo, puro. Insiste en cartas, notas, poemas. Un amor sencillo. No cree en el amor. El amor es lo único importante. El Amor con mayúscula, el amor a Él, al Amigo, a ella, a María. Son años confusos. La relación con Dios va cambiando. De pronto la iglesia ya no sirve, pero sí la oración. Hasta que dejo de encontrar referencias a ello.

«Quiero amar de verdad. No es mucho pedir, creo yo; pero sí es mucho, sí». Esto lo escribió un 24 de julio, que era el día de su cumpleaños, se puede leer el número 25 junto al 24, todo tachado. Al comienzo dice: «Me siento incapaz de decir nada, me bullen rumores en el corazón, mi máxima esperanza es esperar. Es día de San Juan. Lo apuntaré en mi agenda: día de S. Juan de 1974, un día distinto de otros. Todos los días son distintos a los demás, pero la mayoría se difuminan en el

recuerdo que iguala todo; solo algunos quedan grabados y se recuerdan al echar la vista atrás». ¿Se habrá equivocado al escribir la fecha? Pero no, busco en el santoral y encuentro que el 24 de julio se celebra a San Juan Boste, aunque los Juanes normalmente celebren el día de San Juan Bautista justo un mes antes.

Entre todas sus dudas encuentro tranquilidad en las referencias a la naturaleza, quizá porque para él mismo son también las únicas certezas. «Bueno, esto más que carta pretende ser un telegrama para informarte de mis movimientos. Espera, que voy a asomarme al balcón a ver si está la luna. Vaya, hoy no sé por qué se ha escondido detrás del bloque de enfrente. Bueno, ya tengo tiempo de verla pues en Cheles pienso dormir en la era; ya te contaré. Stop». Casi como si de un audio se tratara, lleva la escritura de las cartas al presente puro, es su forma de mantener el amor, de construir lo cotidiano y la intimidad. Es como mandar mensajes, hacer una llamada. Espera, un segundo, sal a la ventana, mira la luna. Cuántas veces hice eso hablando por teléfono, y así los kilómetros no eran tan importantes. En mis notas encuentro: Que la luna siga ahí, que esté ahí, lo hace todo todavía más extraño. «Esta noche hay luna llena; estoy seguro de que la miraremos juntos. La luna es un buen espejo para reflejar las ondas telepáticas. (…) Yo tengo la tranquilidad de estar intranquilo, hay que estar alerta y no fiarse de nosotros que en el fondo somos unos egoístas».

«Sí, también puede ser que le esté dando mucha importancia; quizás me torture yo solo. Sería mejor que en vez de hablar con un papel lo hablaras con alguien, José». Este es el final no de una carta, sino de una nota que parece haberse dejado a él mismo. Le da vueltas a un encuentro con un amigo que le ha dicho que es imposible que toda la gente de la que le ha estado hablando sea tan especial como él la describe. Y entonces él

mismo empieza a dudar. Y pienso entonces que no es solo mi abuelo quien depende de la mirada, la aprobación externa. Y en esto también me reconozco, sigo viviendo preocupada por lo que los demás piensan de mí.

«Esta mañana estaba harto de chatear y partideo, estaba harto de dobleces, estaba harto de inmovilismo, y me fui a la huerta, para enseñártelo todo. Te fui mostrando la paz de los campos y el microguirigai de los rastrojos; te mostré Portugal, que hoy, con el ambiente diáfano, se veía como el fondo de una fuente cristalina como era el fondo del Pozo de la Samaritana (el del campamento). Te enseñé mi noria y mi melonar, te ayudé a pasar las cercas, te enseñé también mi finca, con su pozo y los guarros, también estuve cazando conejos con piedras (así se caza sin matar)». En mi primer año en Iowa me dedicaba a mandarle a B lo que llamábamos vídeos explicativos. Eran vídeos que hacía en mis paseos, le enseñaba el parque, el pasadizo que había al fondo del cementerio por el que llegabas al bosque, el camino que seguía por entre los árboles y que se abría a una explanada en la que muchas veces había ciervos, las calles con casas de madera de colores, los árboles, arbustos, ardillas y conejos. Y así no solo veía todo con mis ojos, lo veía con los suyos, compartía con él ese paisaje, le amaba desde ese paisaje. Aquí hace eso mi padre. Le imagino caminando por la huerta, por las eras, por la ribera del Guadiana, diciendo en voz medio baja, mira, esta es la noria, esta es mi finca, este es el melonar, ahí están los guarros, y ahí, al otro lado de la orilla, Portugal. Lo dice, lo piensa, y camina así con mi madre, y construye así la intimidad con mi madre, el amor con ella, la historia de amor. Lo escribe y se convierte ya en un paisaje de los dos. Y ella está entonces allí con él. En esas cartas se acompañaban, pero además se inventaban quiénes eran y cómo iban a amarse cuando estuvieran en el mismo lugar.

«Pero de verdad que sigo pensando que la vida hay que

hacerla», dice él.

Hay unas pocas cartas de él dirigidas a otras personas, y en ellas para mí hay una cosa clara, la seducción le puede. Y le gusta gustar.

Hay también unas pocas cartas de otras personas dirigidas a mi madre, y en ellas hay una cosa clara, el amor y los líos entre unos y otros es protagonista. Tienen alrededor de veinte años, son los últimos años del franquismo, desean y necesitan sentirse deseados.

«Sobre ti tuve mi primera crisis, ya ves, antes de llegar aquí. Dudé de si era auténtico lo que sentía por ti, y si tenía trazas de Amor y no de egoísmo. Ahora estoy dispuesto a seguir adelante, porque es importante lo que podemos conseguir, y porque siento algo por ti que no puedo negar». Acaba de llegar a Cheles y se ha encontrado por primera vez con la que fue su primera novia, a la que aún no le ha dicho que existe mi madre; después de contarle su duda y su posterior decisión, relata ese encuentro. Si yo fuera mi madre, pienso, me pasaría días dando vueltas, ansiosa, sin comprender qué es lo que está pasando por su cabeza, con miedo, y con miedo de tener miedo. Pero creo que ella no, nunca he pensado que mi madre fuera una persona celosa. No como yo, en cualquier caso. Yo he hecho las cosas más absurdas y humillantes por celos.

En este momento las cartas son diarias, o casi. Tiene que llevarlas al correo antes de las dos de la tarde para asegurarse de que saldrán ese día. Y el cartero, que es amigo suyo, le avisa enseguida si hay algo para él. A mi madre le cuenta lo que hace, las conversaciones que tiene, cómo se siente, qué cosas desea o espera. «Mi abuela se queja de sus enfermedades y mi abuelo del precio del trigo. Ahora me he quedado solo. (...) Tengo algo dentro que sigo sin poder decirte. La luna sale ya muy tarde, pero aún la veo antes de acostarme; me acuesto sobre la una; ya ves, son las diez y todavía no he salido a dar

mi vuelta a la terraza. Estoy invitado a cenar en casa de unos tíos que se acuestan a sol puesto, así que iré a cenar ahora y luego saldré. Tengo ganas de decirte que te quiero, pero me parece cosa de carta de amor rosa, de las que le he escrito muchas a L, así que mejor no te lo digo. Te mando mi pensamiento por las estrellas (también es algo rosa). Un abrazo». Le tiene miedo a las expresiones del amor, pero las busca constantemente, no se quiere dejar llevar, pero se quiere dejar llevar, no se fía del amor, pero es lo que más le importa. «Es difícil de creer que, aún hoy, en el siglo xx, cuando los sabios hombres han llegado a la luna, haya nuevos cuartos crecientes. Es difícil de creer que existiendo fabulosos telescopios salga todavía la primera estrella».

El verano va pasando, a veces está solo, otras pelea con su padre, con sus hermanos, se va a dormir por ahí, huye, vuelve. «Acaba de llegar mi familia, pato incluido; me han traído la carta que me escribiste a Madrid». Y me vienen todos los veranos de Madrid a Cheles, en el coche de mis abuelos, yo detrás con el pato que comprábamos en un lugar que ya no existe, al lado de la Riviera. El pato viajaba conmigo, y conmigo estaba los primeros días en la terraza roja de la casa de Cheles. Hacía un calor insoportable en esa terraza, y el pato se cagaba por todas partes, pero lo adorábamos, porque tenía una tremenda simpatía de pato pequeño que nos cautivaba. Cuando crecía un poco lo llevábamos al corral, y yo bajaba con mi abuela a verlo, lo señalaba, estaba allí, entre las gallinas de la tía Mamen, y subíamos otra vez a casa. Me despedía del pato al cabo de las semanas, cuando volvía a Castilla, hasta el año que viene, le decía. Pero al año siguiente nunca estaba el pato y traíamos uno nuevo con nosotros.

«Llevo un día de lo más estúpido, no es que esté mal sino estúpido. No hago más que hacer el tonto, meterme con todo el mundo, hacerme el listo, aparentar ser un tío duro. Y es que

aquí en Cheles no sé en realidad lo que soy; me dejo llevar mucho por el ambiente, si oyeras una conversación mía con alguien de aquí, no me reconocerías». Esta frase se me ha repetido muchas veces desde que la leí. No me reconocerías. Si me vieras aquí, en mi pueblo, con mis primos, con mis amigos, en el bar, en la partida, en la era, no me reconocerías. Si me oyeras poner acento, insultar, hacerme el listo, no me reconocerías; si me vieras con L, no me reconocerías. ¿Tiene miedo de sí mismo? ¿De mi madre? ¿De no ser quien es en ninguno de los dos sitios? Si me vieras, José, no me reconocerías. He crecido mucho. Tengo treinta y ocho años, once años más que tú cuando te fuiste. No tengo hijos. Tampoco tengo una casa. Voy a Cheles de vez en cuando. Cuando voy trato de encajar, de encontrarme y de encontrarte. No me va mal, de hecho, con el trabajo me va mejor que nunca. Aunque ha habido muchos años que han sido un desastre. Viajo bastante. Leo mucho. Tengo muchas dudas. Me preocupa mucho el amor. Me gusta el chorizo, me gusta desde que soy muy pequeña. Un día, en Cheles, en el bar donde el abuelo toma el aperitivo, un hombre le decía a su niña pequeña, que estaba aún en un carrito, choriso, ¿quieres un poco de choriso?, la niña se lo quitaba de las manos, se lo comía y el hombre se reía.

«La primera noche la aproveché bastante bien; estuve hablando del campo y la revolución y de nuestra responsabilidad. Hablé con C y con L —esa noche tenía al novio de servicio— y hablamos del chinchorreo y la revolución; les propuse representar mi obra. Ambas se mostraron muy escépticas. Luego estuve con J hablando de todo un poco. Hemos planeado poner carteles subversivos contra el alcalde y el jefe del sindicato. Ayer por la mañana fui al Cutelo a coger bellota. Estaba precioso. Estuve con los hombres de la aceituna comentando la cosecha, y los árboles, y los tordos...». Es el

verano del 76 y han cambiado muchas cosas, aunque los sellos de las cartas siguen teniendo la cara de Franco. Después de un tiempo sin hablarse, vuelve a tener relación con la que fue su novia, y se siente más cómodo. En las cartas de este año hay muchas más referencias políticas. Me resulta curioso, mi madre siempre decía que él no era muy político, lo decía con cierta rabia, creo. Le daba vergüenza que él no estuviera más implicado, recuerdo también una anécdota en la que mi padre se levanta en mitad de una asamblea universitaria para decir que los obreros no están tan mal. Según la versión que recuerdo, le acaban echando de la asamblea, y mi madre, que venía de un barrio obrero, casi se muere.

«Ayer por la noche siguió el tema sexual en la tertulia de la taberna. Procuré introducir puntos de vista de interés sicológico, procurando no alejarme demasiado de la mentalidad de aquí pero sin aprobar burradas. Figúrate que me he enterado de que por aquí se usa sistemáticamente como método anticonceptivo la interrupción del coito en el momento de la eyaculación. Llegamos a la conclusión de que eso dejaba a las mujeres fuera de combate. Lo que no sé es si pensarán incluir esas conclusiones en su actuación. Luego la conversación entró en cuestiones político-sociales y ahí sí que no hubo acuerdo posible. Todos piensan que hay que huir del socialismo y la democracia como el demonio de la cruz. Bueno, me voy a poner a cenar. Un beso muy fuerte. Vive libre».

A finales del 76 desaparecen las cartas, pero aparecen notas, o cartas a sí mismo, quizá fueran parte de un diario, aunque el tono me hace pensar que las compartía o pensaba en la posibilidad de compartirlas. ¿Con mi madre?

Escribe el 17 de mayo de 1977, lejanísimo y muy cerca de mí: «En nuestro intento por vivir siempre hay un mañana. ¿Siempre? Quién sabe. Dejamos demasiadas cosas para mañana, y cuando el mañana es hoy, deseamos un nuevo

mañana». Es verdad que nos parecemos. No por esto, o no en la forma de decirlo, pero lo noto, es un mismo espíritu, un mismo ansia.

«Declaramos una guerra sin condiciones, no pensamos retroceder ni un palmo, no se puede vivir y sentir a medias». Vivir gastándose, vivir guardándose.

Las notas se van espaciando y me resulta más difícil seguir sus movimientos, pero sé que están cerca de irse de Madrid. «Nochebuena 1978 (...) solo junto a mi tocadiscos —bajo para no hacer ruido—, solo igual que otros días estoy solo entre gente, entre miles o entre dos, ahora solo solo, daría cualquier cosa por no estar solo. ¿Quién inventaría la compañía hoy?». Y recuerdo un momento de *Clash by Night* (*Encuentro en la noche*) en el que Robert Ryan le dice a Barbara Stanwyck: «¿Cómo me voy a ir a dormir, si nadie me ama?».

El 13 de marzo de 1979 escribe una serie de preguntas que titula: «Pregúntate si quieres». Y hace una segunda versión de la lista el mismo día, sin título. ¿Vive angustiado? ¿O es esa su forma de escribir? O su manera de conectarse consigo mismo. «Cuidado, no sea demasiado tarde». Así acaba la primera versión. Y vuelve a empezar: «Pero bueno, ¿es que crees que ya no estamos vivos?».

VI

La clasificación de las cartas me deja exhausta. Aparece frente a mí alguien que es y no es mi padre. Alguien que podría haberlo sido. Aparece porque yo quiero que lo haga, por el deseo. Pero también aparece porque las palabras toman cuerpo. Y al fin y al cabo se trata de un fantasma. La voz nunca podrá ser mi contemporánea, y sin embargo...

PADRE: No estoy de acuerdo con lo que estás haciendo.

HIJA: Ya me imaginaba.

PADRE: Y lo haces igualmente.

HIJA: Bueno, no sé, no estoy segura de nada. Quizá ahora me digas algo que me haga pararlo todo.

PADRE: Muy bien, voy a intentarlo, esto es de una de las cartas que tú misma has leído: «¿Quién eres? Pues eres una persona que vive en Madrid y el día 19 se examina de Fisio. Lo mejor es dejar el tema porque enseguida me pongo a hacer literatura, y al final va a resultar que eres un personaje de novela». Eso es, de alguna manera, lo que estás haciendo tú, nos conviertes en personajes de novela. Quieres deshacerte de nosotros, manejarnos a tu gusto, que seamos lo que tú necesitas que seamos. Tengo que reconocer que me molesta, pero sé que no lo tengo fácil, no estoy, no puedo hacer mucho para defenderme. Pero con tu madre es más complicado. Ella sigue contigo. Es la que ha estado todo este tiempo, y no me parece justo.

HIJA: Ya, ¿te crees que soy idiota? Te ha salido una hija idiota, que además quiere controlarlo todo. Pero me parece que apelar a nociones de justicia ahora mismo tampoco sirve. Es muy relativo, ya lo sabes.

PADRE: Te falta información, estás viendo solo una parte, una parte que, aunque fuéramos muy ingenuos, no te lo discuto, sabíamos que era importante. Había que demostrar que éramos especiales, lo que lees no es la verdad sobre nosotros, es la verdad sobre lo que de nosotros

queríamos que se pensara. Sobre todo en mi caso.

HIJA: Bueno, es que sobre todo tengo tus cartas, lo demás son conjeturas, aunque me puedo hacer a la idea. Pero creo que mi madre se dejaba ver mucho más de lo que tú lo hacías, creo que ella era más clara, no se escondía. Es posible que ella siempre haya tenido más claro quién era, cuáles eran sus filias, sus miedos.

PADRE: Ella me quiso desde el primer día. Igual que a ti. Yo también te quise desde el primer día, no es eso. Pero siempre fui más egocéntrico, más egoísta, supongo. Tu madre tenía la frente tan despejada, lo tenía todo tan claro. Me daba envidia, pero eso nunca se lo dije, siempre le hacía sentir que yo era superior, porque le daba muchas más vueltas a todo, lo retorcía, lo miraba por arriba y por abajo. Y ni siquiera ahora, que no estoy, puedo hacerlo de otro modo. Aunque sí me gustaría tener otras palabras para explicarlo.

HIJA: A mí también me gustaría, pero juego con lo que tengo, te doy las palabras que saco de tus propias cartas.

PADRE: Violeta, tenía veinte años, o menos, era un crío, me estaba buscando.

HIJA: Perdona, ya sé. Me daría mucha vergüenza que alguien usara mis cartas de esa edad.

PADRE: ¿Ves? Me das la razón, no es justo lo que estás haciendo.

HIJA: Y sin embargo...

PADRE: ¿Qué?

HIJA: No puedo hacer otra cosa, no me dejas muchas más opciones.

PADRE: Bueno, pero tú sabes que no es necesario, puedes seguir como hasta ahora.

HIJA: Si te digo que no puedo seguir como hasta ahora va a sonar a justificación cutre, y no quiero. Claro que podría seguir, claro que podríamos no protestar, quedarnos con nuestra pareja de siempre, aguantarnos en el trabajo, no dejar el piso, seguir yendo al mismo bar, al mismo lugar de vacaciones, qué sé yo, claro que podría seguir, pero a eso se le llama inmovilismo. Yo ahora necesito que pase algo.

PADRE: ¿Y qué quieres que pase?

HIJA: Si lo supiera, no estaría haciendo este lío, ¿no? Si lo supiera, supongo que también habría hecho todo de otro modo, y que esta conversación sería diferente. Te he echado de menos, mucho, muchas veces, me hubiera gustado que estuvieras.

PADRE: Pero estoy, hay muchas maneras de estar.

HIJA: Eso es pura dialéctica, claro que hay muchas maneras de estar, pero la tuya es muy imprecisa, muy vaga, todo son sombras, imaginaciones, cosas que no se dicen, que se intuyen, eres un fantasma, y hay tanto dolor alrededor de todo lo que tiene que ver contigo que se hace muy difícil ver con claridad. Una cosa que me está pasando desde que leo tus cartas es que he empezado a ver un patrón en tu relación con el amor. Y es un patrón que me resulta dolorosamente familiar, ¿sabes?, aunque de algún modo me alivia, pero es un alivio que me molesta, no quiero que me alivie, no quiero ver explicaciones a mi forma de amar en la tuya.

PADRE: ¿Es eso lo que estás haciendo? No se puede entender quién se es mirando a los padres, hay que hacerlo mirándose a uno mismo. Si no, ¿yo cómo me explico? Piensa en tus abuelos.

HIJA: Bueno, yo creo que ayuda mucho, tú, claro, no querías verlo, pero me parece que ayuda mucho pensar en ambos. De hecho, ellos me han servido para darte un poco de forma, a pesar de que nunca he podido sacar mucha información concreta. La abuela me hablaba de cuando eras niño, y el abuelo no es capaz de hablar de ti, todavía se le nublan los ojos, se queda callado. Se enfada. Noto el enfado, no quiere enfadarse conmigo, pero le molesta. Entonces se queda en silencio, agarrotado, la cara se le pone roja, es muy impactante. Y mira de frente, como diciéndome, no sigas por ahí, no es una amenaza exactamente, una amenaza implica un enfrentamiento demasiado directo, y él no quiere eso, solo quiere que me calle, que me conforme con lo que hay, igual que él se tuvo que conformar. Creo que ahora me entiende mejor, que sabe que necesito más datos, pero hemos llegado a un acuerdo, supongo. Yo no le pido más de ti y a cambio me cuenta muchas otras historias. El otro día, por ejemplo, fui a verle un rato y enseguida se puso a contarme cosas del pueblo, de cuando era joven. Como ahorrándome las preguntas, y porque supongo que ahora que se siente cerca de la muerte quiere que queden cosas de él. Bisnietos no le voy a dar. Eso ya lo sabe, se va a morir sin que haya más varones, sus apellidos se van a perder, pues al menos, debe pensar, que quede algo de mí en lo que ella escribe. Ya no le da vergüenza, ¿sabes.

PADRE: ¿Me estás diciendo esto para que me parezca mejor que hables de mí? No te rías, parece que es eso.

HIJA: Es que me ha hecho mucha gracia, porque lo parece totalmente. Pero te juro que no te lo cuento por eso. Te lo cuento porque... me dio

ternura. No ha sido fácil la relación con él, ¿sabes.

PADRE: Ya, eso no hace falta que me lo digas. Nuestra relación era muy difícil, a veces pienso que era inexistente, que ese era el problema. Él no sabía cómo tratarnos. Tenía muchas reglas para todo.

HIJA: Sigue teniéndolas.

PADRE: Ya, ya lo sé.

HIJA: Bueno, pero en los últimos tiempos hemos avanzado mucho. Yo le siento mucho más cerca. Intento ir al pueblo con él todos los años, aunque a veces no puedo. Y le mando postales cuando voy de gira. Siempre se queja, dice que llego yo antes que las postales, pero sé que le gusta recibirlas, las guarda todas. Con tus hermanos es peor, con ellos no tiene piedad. Pero conmigo es otra cosa. Además, yo soy tu hija. Tiene sus ventajas ser la hija de un suicida.

PADRE: No digas eso.

HIJA: Perdona, qué quieres que diga.

PADRE: No sé, suena muy duro así, no lo digas.

HIJA: Si quieres no lo digo, pero lo pienso.

Lleva lloviendo toda la tarde y he pasado un buen rato mirando cómo el gato de la casa de enfrente sacaba un poco la cabeza y después la pata para tocar el agua del alféizar y luego hacía un gesto como negando con la cabeza. El gato normalmente pasa horas muy quieto, observando, pero esta vez le he visto moverse y me ha gustado. Ojalá el gato me mire a mí también cuando yo no me doy cuenta. Al menos alguien sabría que sigo aquí. No me parece poco ni mucho, pero me parece importante. Al menos hoy. Al menos esta noche, en mitad de esta conversación.

El domingo visito a mi abuelo antes de volver a irme de viaje, pierde la cuenta de dónde estoy, por eso le escribí una postal desde Zaragoza que relataba los viajes que voy haciendo en estos meses. Se quejará de que ya le hice el resumen en persona, pero sé que le gustará leerlo. Me doy cuenta de que, por primera vez, hace un gesto en relación a mi escritura. Sabe que estoy escribiendo un libro, y sabe que hablo de él. No lo

dice, pero lo sabe, y empieza a contarme historias, por ejemplo, de cuando cazaban ranas para comer las ancas, o de cuando iba a comer pajaritos fritos, que luego se prohibieron por el modo en que la gente los cazaba. No es hasta la segunda historia que lo noto, lo está haciendo para mí, para él y para mí. Se ha establecido, por fin, un tipo de vínculo especial e irremplazable entre los dos. Tras años de no encontrar el modo de entendernos. Y creo que también, por fin, va teniendo menos miedo de morir. No se trata de una rendición, sino de un momento de comprensión profunda de la situación, pero puedo estar equivocada.

PADRE: Esas historias a mí no me las contaba. Apenas sabía nada de su pasado. Ni siquiera cuando me saqué el curso de topógrafo, como él, me contó mucho. Le acompañaba a las mediciones, llegamos a trabajar juntos varias veces, pero nunca me quedó claro si de alguna manera eso le hacía ilusión.

HIJA: A lo mejor tú no le preguntabas, a veces pasa, a tus padres es más difícil hacerles preguntas, y también es un poco... no queremos saberlo todo.

PADRE: Y sin embargo aquí estás tú ahora, queriendo saber todo.

HIJA: No quiero saberlo todo, pero quiero saber, sí. Me siento muy sola estos días. Me gustaría mucho hablar contigo.

PADRE: Ya lo estás haciendo.

Cuando nací éramos cinco en casa. Llegué a tiempo para sustituir a una amiga que acababa de irse a trabajar a otro pueblo que quedaba demasiado lejos, no podía ir y venir. Tenían veintisiete años. Nueve años menos de los que tengo yo ahora, aunque me sienta más perdida o menos preparada para tener una familia. Éramos cinco y solo yo era un bebé, porque llegué a una comunidad de adultos que habían decidido hacer su vida juntos al salir de la universidad en Madrid. Terminaron la carrera justo cuando Franco moría y de pronto eran la

generación del cambio. Dejaron la ciudad y se fueron a un pueblo pequeño de Castilla. A sus familias esto les parecía una locura. La mayor parte de ellas habían llegado a la capital desde los pueblos. Y ellos, los primeros en ir a la universidad, los licenciados que les sacarían de esa sensación pegajosa de pobreza y clase baja, se iban de vuelta, a vivir a un pueblo de menos de cien habitantes, a una especie de comuna. Compartían el dinero, los gastos, las tareas. El amor era otra cosa. Cada uno se arreglaba como podía. No les salía muy bien, se puede decir ahora, pero entonces no tenían distancia suficiente para verlo. Y en cualquier caso ya era mucho lo que estaban inventando, no todo podía ser bueno. Ser especial tiene su precio. Ahora, cuando miro las fotos, siento que les veo los roles en la cara, en la postura, todo estaba claro. Lo habían hecho todo diferente, pero les salía todo igual que a sus padres. Había unas dinámicas de poder que habían aprendido en sus casas y que repetían ahora en su pequeña comunidad. Aquí quizá sería un buen momento para insertar imágenes, pienso, como en los libros de Sebald. Una foto del patio de la casa del médico en la que vivían, mi madre, pelo largo, castaño, con un poncho verde por encima... las fotos se irían sucediendo y yo explicaría algo en relación a ellas. Quizá algunas no serían fotos de mi familia, quizá nunca sabríamos cuáles lo son y cuáles no. Un hombre de pelo corto, con gafas, parece que acaba de alzar la mirada, lleva un martillo en una mano y un tornillo en la boca. O una en la que se ve a dos mujeres sentadas frente a esa misma casa, que donde pone MÉDICO, y en el suelo, al lado de cada una de ellas, un crío.

Crecí dentro de una comunidad. Pero ahora nadie se aguanta.

Esta sección podría acabar con la única foto que tengo de los tres juntos, yo muy pequeña en el centro, mi padre con un peto vaquero, sin camiseta, mi madre con un chaleco de colores, y

detrás la pared amarilla y la palabra MÉDICO.

Estamos frente a la que fue mi casa hasta los doce años. La imagen es tierna, y un poco graciosa, típicos hippies a principios de los ochenta. Estos días hablo mucho de la pérdida de la inocencia. En cada generación hay una pérdida, y eso es lo que diferencia a una generación de la anterior. Pienso en cuál puede considerarse nuestra pérdida. Cuál la de ellos. Pienso en cómo hablar de la propia biografía abriendo caminos hacia lo común, lo que se puede compartir. A los cinco años de comenzar la comunidad en el pueblo, mi padre se mató, yo tenía tres meses. Y esa ausencia iba a marcar muchas cosas.

PADRE: Entonces, vas a seguir con esto.

HIJA: No sé, ya te he dicho que no lo sé, estoy pensando, estoy tratando de poner orden, de entender... ¿No ves que cambio de opinión a cada rato? Pero al menos ahora siento que te comprendo mejor. Cuando empecé a leer las cartas...

PADRE: ¿Sí?

HIJA: Me caíste mal. Fatal. Me parecías un pretencioso, todo el rato aparentando tener un corazón helado. Todo el tiempo por encima de las situaciones. Es porque empecé al revés, no me di cuenta, y empecé por el final, por las últimas que hay, las del 76. En las otras se te nota más flexible, más poroso, quizá.

PADRE: Vaya, ¿entonces ahora te caigo mejor?

HIJA: Creo que sí. Aunque no está claro, si las cartas en las que peor me caes son las últimas temporalmente...

PADRE: No me lo estás poniendo fácil.

HIJA: No te hagas el tonto. Todos estos años el héroe has sido tú. Tú has tenido siempre el mejor trato por mi parte, siempre te he tenido en mejor consideración. Ha sido mi madre quien más veces ha tenido que enfrentar mi ira.

PADRE: Parece que necesitas tener un enemigo siempre.

HIJA: No es eso. Es verdad que lo más fácil es tener a alguien a quien culpar. Todos lo hemos hecho. Yo la he culpado a ella, ella un poco a la otra mujer y un poco a ti. Seguro que tú también culpabas a alguien. ¿A mí.

PADRE: No, a ti no. Eso ya lo sabes, no te hagas tú la tonta.

HIJA: Ya, bueno, no importa, fuera como fuera, es verdad que ese no ha sido mi problema. No me he sentido culpable, pero sí me he sentido en el medio del tiroteo. No en el medio, porque llegué ya al final, pero sí, bueno, estaba ahí, en medio de ese fuego cruzado. Todos te querían. Voy a borrar eso, todos te querían, no sé por qué lo he escrito.

PADRE: Es un poco verdad, pero tienes razón, bórralo.

HIJA: Vale.

Como la muerte llegó muy pronto, casi al principio, y todos eran médicos y no podían separarse de esa finitud, han tenido siempre, o al menos así lo he percibido, una actitud relativamente tranquila hacia la muerte. O quizá simplemente su forma de vivir ha estado muy apegada a la tierra, enraizada, sensata, y es ahora cuando empieza a desequilibrarse un poco esa calma. Ahora que empieza a morir gente a su alrededor, gente de su edad o algo mayores. Hermanos, amigos, parejas. Siguen mostrando un rostro sereno, desapegados, conocedores de los síntomas, las señales, la degradación, los procesos de la muerte. Quizá también por eso he tardado en temer la muerte de mi madre, un poco por inconsciencia, un poco por mi propio desapego, un poco por considerarla imposible. Ya se murió él, ¿qué más quieren? Pero estos días siento que la idea de orfandad me asusta más de lo que quiero aceptar.

Crecí dentro de una comunidad. Pero ahora nadie se aguanta.

Dice Deleuze en *Crítica o clínica* que el animal sabe morir y tiene el sentimiento o el presentimiento correspondiente. El animal sabe morir. Pero nosotros no sabemos. El presentimiento lo tenemos, eso sí, pero ¿qué hacemos con eso? Nos negamos, nos escondemos, o salimos corriendo.

VII

Durante años he imaginado cosas sobre mi padre. He mirado fotos. He preguntado. Cuando por fin pude dar con su amigo Fernando fui muy feliz. La primera vez que quedamos nos vimos en la plaza del Pilar, en Zaragoza. Fernando vive en Canadá desde hace mucho tiempo, pero había pedido un año sabático y estaba de vuelta en su ciudad de origen con su mujer y sus hijos. Comimos en un restaurante que estaba en una bocacalle de la plaza de la catedral, creo que era un buen restaurante, caro; Fernando me invitó. Estaba tan nerviosa. Pero Fernando había conocido a mi padre cuando tenían veinticinco años; estaban haciendo la residencia médica en Segovia, iban a la Concha a reunirse, a beber y fumar porros, Fernando no recuerda muchas cosas. El impacto de su muerte, sí, claro. Los primeros años en los que aún pensaba en él, y el contacto que mantuvo con la otra mujer, de quien también era amigo. Pero esos datos preciosos que yo pensaba obtener no existían ya en su memoria. Aun así, su cercanía me hacía bien. Quedamos algunas veces más en Madrid, nos mandamos algún mensaje, y pasé un fin de semana con mi amigo Otto en su casa de Vancouver cuando viví en Iowa. Hace ya un par de años que no sé nada de él. Se mudaron más al sur, creo.

Mi forma de recopilar datos no ha sido nada metódica, esto ya lo he dicho. Ha sido a golpes. Me justifico ante mí misma diciendo que no es fácil, hay que estar fuerte, tener tiempo, claridad. Los datos con los que cuento los he ido recopilando desigualmente a lo largo de los años. A veces tengo la sensación de estar haciendo un dibujo a tamaño real, algunas

partes van ya muy avanzadas, bien coloreadas, con sus sombras, su contraste. Otras son apenas un trazo. Claro que me da miedo acabarlo, es preferible conservar esta tarea como parte de mi vida. Me da miedo, sí. Pero a veces avanzo tanto que también siento que estoy a punto de descubrir un tesoro, será como cuando el barco de los Goonies aparece en la bahía y saben que han llegado al final de la aventura. Pero el barco se aleja, no van a verlo más. Y entonces el protagonista saca del bolsillo una bolsita con joyas, o monedas, las suficientes para conseguir que las familias puedan comprar sus casas y quedarse en el barrio. Las suficientes para seguir viviendo. Si pudiera asegurarme de que me podré quedar con esas monedas, no estaría mal.

A los seis años de saber cómo había muerto mi padre fui a pasar un fin de semana a Segovia. Mis amigos me acompañaron. Quería ir a conocer a la otra mujer. Pero no me atrevía a hacerlo sola. Averigüé dónde vivía. Me acompañaron hasta la puerta. Les pedí que se quedaran un rato fuera, por si no iba bien. Abrió la puerta y me miró, ella sí sabía quién era yo. No me esperaba, era una sorpresa enorme, sin embargo parecía tranquila. Llevaba una camiseta y un palestino atado a la cintura. El pelo negro y largo. Me pareció guapa y triste. Me hizo pasar. Hablamos un rato de pie en el salón de su casa. Me pidió que la esperara, se iba a cambiar. Salimos a dar un paseo, sus hijos estaban a punto de llegar y no quería que nos encontraran allí. Caminamos durante un par de horas alrededor del cementerio de Segovia. Está en un alto, rodeado de campo. Le hice muchas preguntas. Lloramos mucho. Estábamos agradecidas. Era una necesidad de siglos. Hablamos de la culpa, no se puede ser culpable de un suicida, le decía. Pero ella se refería a otra cosa, ella pensaba en mi madre, conmigo. Pensaba en la fragilidad que sintió cuando unos años después tuvo a su primera hija. Y entonces comprendió a mi madre, me

dijo. Volvimos a vernos un par de veces más, pero nunca a solas. Después cambió de dirección de correo, perdí su teléfono... No nos hacíamos más falta. Cuando pienso en ese momento, cuando abrió la puerta y nos miramos por primera vez, me asusto. ¿Cómo se me ocurrió hacerlo? Ahora no podría, pienso. Pero eso también es mentira.

Reuní fuerzas para contarle a mi madre la visita unas tres semanas después. Lloramos de nuevo, como unos años antes en mi habitación. Pero creo que comprendió mi necesidad, y algo se calmó por dentro. Aunque no lo dijo exactamente así. Un tiempo después coincidieron en la habitación de un hospital, visitando a una amiga común. Si hubiera ocurrido antes, me dijo mi madre, no habría sido capaz de quedarme. Me alegré. Quizá un encuentro entre ambas no era posible, o no aún, pero se había operado un cambio, una comprensión, una posibilidad.

El año pasado, en el aniversario de la muerte de mi padre, mi madre me envió un mensaje de voz. He ido a comprar uno de los libros de Louise Glück, me decía, antes de que los retiren. El lío entre Pre-Textos y Visor estaba en pleno apogeo. Había muy poca gente en la calle, diciembre en Segovia, toque de queda, frío. He llegado a la librería y solamente había otra persona, pagando. Era ella. Me ha dado un vuelco al corazón. He ido directa al fondo, a la sección de poesía. Creo que no me ha visto entrar. Cómo puede ser, justo hoy. Las dos únicas personas en la librería. La voz de mi madre tiembla en el mensaje de voz que me llega hasta Holanda, donde estoy trabajando unas semanas. Me imagino que coincidimos en ese momento, un juego temporal, mi madre entrando en la librería y yo bajo el acueducto con mi amiga Alicia. Siempre en esos mismos días de diciembre, cuando los fantasmas se aparecen.

Tengo cinco años. Estoy en Cheles. Me levanto de la cama, cruzo el salón, entro en la habitación de enfrente y me siento

en la cama que era de mi padre. Abro uno de los dos cajones de la mesilla de noche, me mezo y hablo aunque no se entiende qué digo. Mi abuela se despierta, ha oído algo, se levanta por si le pasa algo a la nieta. Me encuentra así, a oscuras, enciende la luz y ve que estoy dormida aunque tenga los ojos abiertos. Me da la mano y me lleva a la cama. Al día siguiente se lo cuenta a mi abuelo. Nunca volvemos a hablar de ello.

VIII

Repaso los cuadernos que escribía los primeros años en Madrid. Algunos son de 2006, y llegan hasta hoy, pero el grueso son de 2009 a 2012. Esa fue la peor época, cuando cumplí veintisiete años, alcancé la edad de mi padre y sentía que nada era como yo deseaba. Me encontraba devastada, me faltaba filo. Todo son páginas en las que hablo de lo desdibujada que me sentía, el dolor, la herida, la imposibilidad. Era agotador. Y se notaba siempre una falta de amor, una incomprensión por esa falta, un deseo creciente e insatisfecho, y la sensación de que los demás me juzgaban, que no podía vivir libremente. Encuentro imaginaciones, textos que mezclan su diario del huerto con deseos de un encuentro, con tonos medio poéticos y épicos incomprensibles, de alguien que tiene una añoranza terrible de eso que desconoce por completo:

> En el primer día no estábamos cansados. La luz nos había enseñado a mirarnos a la cara, a trabajar despiertos. El día está soleado, la carretera libre de nieve, el campo aún sigue blanco. Nos vemos, nos miramos cuando amanece. Todavía sonreímos. Ligera escarcha por la mañana, calor y sol radiante durante el día. Han pasado tantos siglos. Nos han enseñado la medida del día. Nos levantamos con el sol, caminamos durante horas detrás de él y lloramos cuando se va. Día radiante, viento en calma, agradable tirando a fresco. Mis padres llegaron a la tierra y la plantaron con los días. Hay campos, hay charcas, una alameda, un pinar. Los pasos a esta hora de la mañana nos llevan, ligeros.

Y después notas tratando de ponerme en su lugar:

No pensaba que tendría que decidir en el amor. No creía que pudiera criar a un hijo sin haberlo aprendido todo antes. Cómo podía hacerse cargo de mí si era testigo de la fractura más grande.

me gustaría saber de verdad
si me sigues, si me ves, si me quieres
dónde estás qué piensas de mí
hasta qué punto es real la tristeza de
pensar en ti
si me ves si me sigues
si te voy a ver alguna vez
¿crees que me parezco a ti?
¿te reconoces en algo?
¿en algún gesto alguna palabra?
¿soy la que debo ser?

¿Qué clase de hombre serías hoy? ¿Nos llevaríamos bien? «Tengo la sensación de que en el futuro nos entenderemos. Tendremos algo en común que aún no puedo definir, pero creo que te enfrentarás a la vida con bastante resistencia, y eso está muy bien», le escribe Ingmar Bergman a su hija Linn Ullmann.

Quizá todo esto sea una despedida amistosa de mi padre, una forma de dejarle para poder seguir. Seguro que él lo comprendería. Es la única manera de hacer la vida. José, espero que lo entiendas. Tengo que despedirme de ti. Tengo que reconocer que de alguna manera me he protegido todos estos años a través de esa figura que es y no eres tú. De esa idea de lo que debía ser yo como hija tuya. Y ahora me toca avanzar. Me toca seguir sin ti. Como cuando en la película se ve al fantasma despedirse, como cuando el espíritu sale del cuerpo, como cuando la sombra de Peter Pan se le despega de los talones. No pasa nada. Vamos a estar bien. Ya verás.

IX

El duelo puede llegar a convertirse en una forma de anhelo. Yaquí hay un duelo, que se transforma en voz y en memoria, lo encarna un cuerpo que aún no sabemos a quién pertenece. ¿Cómo podemos describir lo que no está, lo que no comprendemos del todo? ¿Cómo es poseer a otro? ¿Cómo es devolver la vida?
Aquí hay un deseo, el deseo de lo que no puede ser, el deseo de conversar con lo que no es - no está.
Aquí hay un lamento, aquí hay una celebración.
Aquí hay un deseo, y trata de atravesar una canción, convertirse en ella.
(sigamos el ritmo de la noche)
Se puede ser frágil y fiero, se puede llorar y reír y convocar a los muertos.

La voz se convierte en un acto de presencia y resistencia
Las preguntas continúan incluso cuando nos hemos ido ya Cómo
Cómo organizar el deseo
Cómo organizar la vida
Cómo organizar el yo el nosotros el vos Cómo organizar la memoria

la construcción
la contradicción

el lamento
la celebración

Trato de encontrar las palabras que me ayuden a describir lo que ocurre cuando uno regresa a su origen y va encontrando las huellas de quienes estuvieron allí, pero también conociendo a los que han ido ocupando su lugar, que forman una nueva historia, en diálogo continuo con lo que ocurrió antes de ellas, antes de mí. Busco palabras en relación al duelo que siento, y esto me dice el diccionario:

pena
dolor
aflicción

problema
inconveniente

dolor de cabeza

de luto en duelo

pérdida, pesar, dolor, luctuoso

consumirse, languidecer
desolación, sofoco, amargor, afligido, atribulado, desconsuelo, duelo, escozor, pesadumbre, tristeza

llorar a
lamentar la muerte de
estar de luto
llorar
lamentar
estar apenado, sentirse apenado

No, no es esto.

¿Hay verbos mejores para hablar del duelo?
Ninguna palabra es tan específica como mi deseo de hablar de ello. No, no es esto, pienso.

Quiero pasar tiempo, compartirlo, ¿qué otra cosa tenemos, si no es tiempo? Toco las cortinas, huelo las sábanas, registro el tacto de las paredes, paseo, miro los espejos, aúllo, abro las ventanas, hago una llamada, repaso las fotografías, canto. Hay una posibilidad de que nada de esto sirva.
Entro con mi propio cuerpo en la vida que no es mía, la de este lugar, de mi bisabuela, de mi abuela, de mi padre, del río, la huerta, un caballo, el mar.

Hoy ha estado nublado, ahora que el sol se pone y espero al momento de oscuridad total, distingo cada vez menos las copas de los árboles, hasta que por fin desaparecen y solo veo mi reflejo en la ventana. No entiendo a los fantasmas. Salgo en busca de los vivos.

Segovia 2-10-83

VIOLETA

Has entrado hoy en el mundo,
acudiendo a la llamada de los seres y la tierra.
No pudiste resistirte,
y aquí estás,
respirando de este aire tan viciado por mil guerras.
Has entrado hoy en mi alma,
y mientras tiemblo de gozo, me pregunto:
¿qué serás?
¿Serás una mariposa?
¿Buscarás de [redacted] flor en flor un abierto, una res-
puesta?
¿Serás una triste abejita,
buscando tan solo el polen para llevarlo a la reina?
¿Serás un viento del norte?
Refrescante en el verano y cuchillo en el invierno.
¿Serás borrasca del mar?,
regando el mundo a tu paso?.
¿Serás bruma o serás sol?
¿Serás montaña o llanura?
Acudiste a mi llamada,
y aquí estás,
y mientras yo me pregunto
qué serás
tú soñarás mil estrellas.
Soñarás
la vía láctea.

Con tres heridas yo:
la de la vida,
la de la muerte,
la del amor.

Dice: tanto si se ama como si no se ama, siempre es terrible.

MARGUERITE DURAS, *El amante*

I

Antes podías llamar a un número de teléfono que te decía la hora exacta. ¿Qué hora es? Y te la decían. Ahora entiendo que es porque muchos relojes eran de cuerda y si no habías estado alerta se quedaban parados. Estos días pienso que me vendría bien ese servicio, una voz ni amiga ni enemiga que me informe de la hora. Y ¿qué día es hoy?, preguntaría también. Y daría las gracias.

Acabo de llegar a la casa en la que nací, en un pueblo de Castilla que tenía entonces alrededor de 300 habitantes, llegaban hasta 500 en verano. Para el año en que nos fuimos a vivir a Segovia contaba con unos 150. Ahora quedan diecisiete, me dijo mi madre el otro día. Estoy agotada y triste, y lo único que quiero es poder llamar a alguien desconocido que me hable de cosas concretas. La hora, el tiempo atmosférico. Cosas sencillas. Cosas asumibles.

Hace cinco días B me dejó un mensaje de voz. Perdona, empezaba, después algo que no se entendía, pero no sé si fui yo la que no comprendió. Y después: siempre te querré. Es un mensaje que así, sin contexto, puede significar cualquier cosa. El contexto es el siguiente: el día anterior B y yo nos habíamos reunido para tomar un café, era el día que habíamos marcado para decidir si seguiríamos juntos después de nueve años de idas y venidas. Eres la persona más importante de mi vida. Y también, creo que no puedo hacer una vida contigo. No sería exacto decir que dejé de escuchar, más bien dejé de entender las palabras. Dije que vale. Me fui a casa.

Durante muchos años de mi vida no tuve pareja. No llegaba a

comprender por qué, pero no conseguía comprometerme con nadie, aunque para mí el problema siempre eran los demás. Yo estaba convencida de que podía hacerlo. Sin embargo nadie se quedaba a mi lado demasiado tiempo. Tienen miedo, me decía mi madre. ¿Miedo de qué? De que les dejes, de que no les quieras lo suficiente, de que les juzgues... Cuando conocí a B no pensé que pudiéramos tener una relación. Pero me atraía de un modo nuevo, me sentía en peligro, y a la vez completamente capaz de todo. Quizá eso era el amor, quizá el problema era que nunca antes me había llegado así. Pero tampoco era capaz de entregarme. Dudaba todo el tiempo, lo cuestionaba todo. Y así se instaló entre nosotros una dinámica de inestabilidad que fue también lo que nos permitió estar juntos durante casi nueve años. Hasta ahora. Pero no es la primera, ni la quinta vez, me dice mi amiga. Y a mí me da vergüenza, porque es verdad. Tienes toda la razón, le digo, pero esta vez...Y no puedo terminar la frase.

Al día siguiente empiezo a planearlo, no puedo soportar la idea de quedarme en Madrid. Hago un repaso de las ciudades en las que conozco a alguien, quién puede acogerme un tiempo, quién me puede prestar un lugar. Está empezando el verano y quizá alguien deje su casa unas semanas. Y de pronto tengo una revelación, es tan perfecto que no me lo puedo creer, cómo no se me había ocurrido: tengo que volver a mi pueblo. Volver al antes de antes, al lugar donde aún no sabía quién era yo, ni mi madre, ni mi padre, y donde no sabía qué significaba el amor. La casa en la que vivía de pequeña no es ya de mi familia, técnicamente no lo fue nunca en realidad, porque es la casa del médico. Allí viven los médicos del pueblo en sus años de ejercicio, pero pertenece al ayuntamiento. Mi madre trató de comprarla en algún momento, finalmente no lo hizo, o no pudo. Así que al principio no entiende cuando le digo que quiero irme unos días a Hoyuelos. Empiezo a hilar palabras con

un poco más de sentido y le pido que hable con la médica actual para ver si me podría quedar en la casa. Creo que digo unos días, aunque yo imagino algo más vasto y también indefinido. Pero la casa está hecha polvo, no vive nadie desde hace años, no sé si la cocina estará en funcionamiento, es posible que no puedas ni hacerte de comer, me dice. Le pido que averigüe y me diga cuanto antes. Me parece la única solución posible, necesito irme allí, encontrarme con quien era antes de antes y dejar de existir en Madrid.

Me imagino que conduzco hasta su nueva casa, no le aviso, me presento allí. Nunca he estado, pero tengo la dirección. Pongo el navegador y aparco en la puerta. Me siento en las escaleras de entrada y espero a que llegue. Porque en mi imaginación hay unas escaleras de entrada y él no está cuando llego. Conmigo llevo una caja, que es lo que le entregaré para que examine mientras le espero fuera sentada. En la caja, un *pendrive* con: cartas de amor y despedida, archivos con todas las conversaciones de WhatsApp, fotos, canciones, emails. Además, en la caja: una copia de *Desierto sonoro*, de Valeria Luiselli, una impresión del poema «escuchando a bill callahan» que escribí para él, una selección impresa de emails *greatest hits*, algunas fotos que aún no he revelado y algunas que tengo en la caja verde de metal que me regaló. Recuerdo a una amiga de mi padre que me recitaba versos de Luis Rosales: «Lo que has amado/esa será tu herencia». Esto es lo que he amado. Busco el poema y encuentro que en realidad se trata de una cita de Robert L. Stevenson, que Rosales recoge en *El contenido del corazón*: «Nadie puede quitarte lo que amas. Nadie puede quitártelo…//… Lo que has amado es lo que te sostiene, "lo que has amado, esa será tu herencia y nada más"». Nadie puede quitarme lo que amo. No voy a su nueva casa, y lo que hago es agarrar todas esas cosas, más las notas, fotos, cartas y el diario del huerto de mi padre. Voy a volver a mi pueblo y voy a

acabar el libro.

«Ayer y hoy vientos de moderados a fuertes O-SO, frescos; algunos nublados de tormenta sin llegar a cuajar. Noches muy fresquitas. Ya florecen los girasoles. He cogido las primeras judías verdes».

No hace tanto de la última vez que vine por estas carreteras, pero hoy lo miro con más atención, asumiendo mi condición de hija pródiga que no vuelve a unos padres, sino a un lugar. Los campos están amarillos, montones de cereal se acumulan en las eras formando pirámides. Paso por uno de los pinares más grandes de la zona. Todos los pinos tienen un corte en mitad del tronco, al biés, una pequeña herida con un cacito negro debajo que recoge la resina. Alguna vez, de pequeña, vi a los resineros trabajar, van eligiendo con cuidado el lugar del corte, atendiendo a que no coincida con el de años anteriores. No debe ser ni muy profundo ni demasiado superficial. La carne del pino es naranja, lo veo ahora incluso desde la carretera, avanzando a suficiente velocidad como para que me multen. Sé que en esta recta se esconde a veces la guardia civil, pero sé también que apenas nadie respeta los límites de velocidad. Las rectas castellanas son para avanzar deprisa y llegar más rápido al trabajo, a la cita con el médico, al colegio, para volver antes a casa y comer tranquilamente a la hora adecuada. Una no puede ceñirse a las reglas que pone alguien que nunca ha vivido ni vivirá aquí.

Me vuelve loca sentir que hay una persona a la que espero, a la que deseo, de la que necesito su presencia para saber que sigo viva. Nunca me había dejado ser así. Había luchado con todas mis fuerzas por no llegar a esta situación. Perder la batalla me hace pensar que quizá estaba en lo cierto. Pero no puedo echarme atrás ahora que he comprendido lo que significa esta forma de intimidad. Pienso en las cartas de mi padre, en sus dudas, en su miedo. Pienso en mi madre, en su

entrega, en su sinceridad. Quiero llegar a una casa que pueda ser mía, quiero ser ligera y terriblemente nueva.

Todos los pueblos por los que paso son pequeños, y cuando los atraviesas por la mañana parece que estén vacíos, es al final de la tarde cuando puedes ver gente paseando; algunos solitarios, pero sobre todo mujeres en grupo, dos, tres, cuatro juntas, a menudo con ropa deportiva, como para convencerse de que lo que están haciendo es ese ejercicio del que les habla la médica cuando les recomienda que se mantengan activas, que les vendrá bien para el azúcar, para el corazón, para el colesterol.

Me quieres, pero no quieres acompañarme en mi camino, tampoco hacer uno juntos; quieres, si acaso, que te acompañe a cierta distancia en el tuyo, y quizá observarme en el mío. Y la verdad, no me parece suficientemente atractivo para mi única y preciosa vida.

Dos pueblos antes del mío está Cardiel, uno de los puntos neurálgicos, donde se encuentra el centro médico, la farmacia, la carnicería, la tienda. Me paro y voy a comprar un pan redondo y una caja de mantecados, después tomo un café en el bar España, junto al ayuntamiento. Aunque sé que me miran cuando entro, y que me observan mientras pido, nadie se dirige a mí ni me pregunta nada. Está oscuro, pero es fresco y se está bien. Los dos hombres al final de la barra continúan hablando en voz baja cuando me marcho. Sigo y la carretera es cada vez más estrecha, dejo la piscina atrás. Cuando estoy llegando al último pueblo antes del mío veo una columna gruesa de humo. Al principio pienso que es polvo, pero enseguida veo las llamas, muy altas, y unos tractores alrededor tratando de controlar el avance del fuego. El viento no es fuerte, pero es constante. Me dan ganas de tomar un camino de tierra y acercarme, pero siento miedo. Me paro a distancia y fotografío la escena. Como si fuera una veraneante. Ya no soy de aquí.

De alguna manera que aún no comprendo del todo, me doy cuenta de que he tenido siempre separada la idea de mi padre de la del lugar en el que crecí. Como si se tratara de cosas bien diferenciadas. Así como sí tengo su imagen enlazada a Cheles, su propio pueblo, nunca sentí su presencia de ese modo en la casa en la que me crie, donde él vivió sus últimos años. Es como si de algún modo hubiera operado en mí el mismo sistema que hacía que mi abuela paterna me contara con facilidad historias sobre la infancia de mi padre, pero nunca sobre su juventud.

«Ha seguido el calor sofocante (37º a la sombra), vientos flojos del E. Por la tarde han aparecido nubarrones y calima, no ha cuajado ninguna tormenta. Aún quedan amapolas en las cunetas. La luna tiene cerco esta noche».

Y de pronto es como si supiera por primera vez que este pueblo, esta casa, estas calles, eran también suyas. «Aún quedan amapolas en las cunetas». Inmediatamente he recordado una foto en la que se me ve recogiendo amapolas al borde de la carretera, el campo muy verde, casi fosforito, y al fondo la sierra cubierta por nubes azul oscuro avanzando hacia la meseta. El contraste de colores increíble. Es la foto lo que recuerdo. Última curva antes de entrar en mi pueblo, y ahí las veo, las últimas amapolas de la temporada en la cuneta. Aquí había estado él unos años antes, registrando el viento, la temperatura, los cambios del campo, los avances en el huerto. Aquí, donde yo estuve con mi flequillo, corriendo por las eras, bajando con mi madre a plantar tomates. Aquí estoy ahora, sola. O acompañada por esta escritura descriptiva de mi padre. De una manera extraña siento que es en estos diarios donde más se me revela, a pesar de que de todos los documentos que tengo sea donde menos dice de sí.

Las letras de la palabra MÉDICO en la entrada están gastadas. La puerta sigue siendo roja y sigue teniendo el llamador

pesado, las persianas están echadas. Fueron verdes. Me da un poco de miedo entrar, pero tampoco quiero dar un paseo, prefiero desaparecer cuanto antes. Al menos dentro se está fresco, pero mi madre tenía razón, la casa está hecha un desastre.

¿Cómo es una casa que acoge, cómo es una madre que acoge? La casa cerrada, abarrotada, la casa armada, la casa vientre, la que ofrece toda protección y seguridad y calor y guisos. La casa que se cree mejor, más lista, más amante. ¿Cómo vas a querer marcharte?, te pregunta la casa. Te cuestiona casi desactivándote. Y tienes que pedir perdón. ¿Y si fuera yo uno de esos personajes de novela que simplemente come frutas, bebe leche y nada en el océano? Una persona sin casa.

II

«Todos estos días ha hecho calor sofocante, más de 30º a la sombra, poquísimas nubes; vientos flojos o nulos de S-SO. Florecen las rosas silvestres. Muchas cebadas están ya totalmente amarillas; los prados de las eras se están agostando. He visto una pareja de abubillas».

¿Será Hoyuelos volver a casa? ¿Será esto lo que necesitaba hacer? Pero ¿cómo va a ser volver a casa ocupar un lugar que no es tuyo?

Una carretera atraviesa el pueblo, que es además de carretera, la calle Extramuros, mi calle. Hay una nave de cerdos, cuatro casas seguidas antes de la mía, otras dos enfrente, y después un redil. Tres casas habitadas, dos sin habitar y una de las pocas de dos pisos, ya al final, antes de encontrar el cartel HOYUELOS. El resto se concentran alrededor de dos plazas, la plaza Mayor, con una fuente en medio que hace mucho dejó de funcionar, y la plaza Pequeña, que tiene el depósito de agua. La plaza Pequeña no tiene forma de plaza, no tiene bancos, ni es redonda, pero es más bonita que la plaza Mayor, que no tiene ni un árbol, ni un porche ni un banco en el que sentarse. En general hay muy pocos árboles en el pueblo. Los que hay están dentro de los jardines y no se ven. En algunas ventanas hay geranios en primavera. Como si fuera la única flor. Algunas calles están asfaltadas, pero la mayoría no lo están. También hay una iglesia pequeña con el cementerio al lado. Al cementerio no va casi nadie, es muy pequeño y quién conoce ya a los que están allí enterrados. Hay también un frontón, con pintadas de los quintos, una canasta vieja y bancos

corridos de piedra. Además hay una alameda, que se puede ver desde el frontón. En un lateral, unos columpios azules que están rotos, en el otro, una portería. Detrás de la alameda hay varias naves de cerdos y pollos, y algunas huertas; entre ellas está la de Emilio, en la que primero mi padre, después mi madre con nosotros, tuvimos una parcelita. Y más allá, las eras.

Los primeros días apenas salgo. Pero a medida que se acerca el fin de la primera semana empiezo a inquietarme. Llamo a mi amiga. No sé qué es lo que esperaba que ocurriera, le digo. No ocurre nada. Y no quiero levantarme, no quiero hacer nada. Pero tampoco soporto estar así. Me siento como un gigante en una casa de enanos. Es como si todo se hubiera encogido desde que viví aquí. ¿Crees que es posible? Mi amiga se ríe. Me relajo. Ya sé que es una estupidez, simplemente he crecido. ¿Qué es lo que te gustaba tanto de estar con él? Siempre me ha parecido que era una relación demasiado difícil. Pero nunca terminabais de dejarlo. ¿Por qué? ¿Por qué? Ahora mismo veo dos alondras que todas las tardes se han posado ahí enfrente, en la misma rama. Al tercer día de verlas pensé, mira, las alondras lo tienen más claro que yo. Durante años no fui capaz de entregarme, me daba miedo y me daba vergüenza. Juzgaba todo el rato. Y creo que por eso los dos desconfiábamos tanto el uno del otro. No nos entregábamos. No me estás respondiendo a la pregunta, pero bueno. Ya, ya perdón. Tengo un poco de frío. ¿Qué hago? ¿Me quedo? No sé, creo que había algo... Siempre me dio seguridad. De un tipo. Protección. O sea, siempre fue un poco casa. Qué fuerte. A lo mejor era eso. Me gustaba porque era casa. No quiero explicarlo todo en esos términos, pero podría ser, ¿no? Nunca he sentido una raíz profunda. Y la he acabado buscando en este amor. Por eso está siendo tan doloroso. Por eso estoy aquí, supongo. Gracias, amiga. De nada, amiga, te lo has contado tú sola. Pero ha sido con tu ayuda. ¿Quieres que vaya a verte, a llevarte algo?

Bueno, puede ser.

«Se han sucedido días cálidos, unos agobiantes con vientos del S, otros agradables con vientos de moderados a fuertes del NO. Hoy cirros y algunos cúmulos; precipitación cero. Por la tarde nubecillas altas; atardecer fuertemente rojo. He cogido la primera tanda importante de guisantes, también cojo ya acelgas y lechugas».

Pasan los días y en el pueblo ya se han enterado de que me estoy quedando en la casa del médico. Dos mujeres han venido a visitarme por separado. Marta ha pasado conmigo al salón y se ha sentado en una de las dos sillas que hay junto a la mesa redonda de formica. Me ha contado un poco de la gente que queda y me ha invitado a su casa a tomar algo cuando me apetezca, que ni avise ni nada, no tengo más que entrar. Mejor por la tarde, que por la mañana suelo estar trabajando. Catalina, muchos años mayor, no ha querido entrar. Ha mirado un poco a través de la cortina que separa el recibidor del pasillo y me ha parecido que se le pasaba por la cabeza otro momento, años atrás, la llegada de mis padres, quizá. Pero es posible que me lo haya inventado. Me ha dado un abrazo y me ha mirado con ternura. Me traía unas pastas. Cómo es que no has avisado, me dice. Le digo que ha sido una decisión impulsiva y que me he concentrado en adecentar la casa, porque estaba hecha polvo. Claro, claro, si es que desde que dejasteis de vivir vosotros ya no ha vivido nadie. La médica de ahora va y viene. Pero bueno, es que además ya no pasa consulta todos los días, esto es una calamidad, hija, es que nos han dejado con cuatro médicos para toda la zona. Le prometo que otro día iré a verla. Y no sé bien por qué, pero creo que sus visitas son lo que me ayuda a decidirme, me tengo que quedar un poco más.

Me devolviste todos mis regalos.

Al día siguiente me levanto y me pongo a limpiar. Además de

los cuadernos, ¿me puedes traer las plantas, por favor?, le pido a mi amiga. Claro. Hazme una lista, te llevo todo lo que quieras. ¿Sabes?, pienso en mandarle una postal cada día que diga: sigo viva. Es porque he estado leyendo sobre On Kawara. Mejor no lo hagas. No lo hago. Salgo a la calle a ver a Marta, la más joven de las dos mujeres.

«Días típicos de verano; vientos del O de flojos a moderados, a veces algo fuertes; nubes de tormenta dispersas; aquí no ha descargado ninguna. Calor de día pero sin agobio, noches muy agradables. Ya no están las cigüeñas en el nido».

Bajo caminando al frontón. Abajo, en la alameda, veo un perro marrón, parece viejo, está bajo la sombra de un árbol. Ha empezado a soplar algo de viento y por eso ahora una capa de humo cubre la escena, alguien está quemando rastrojos en alguna de las huertas del camino hacia Martín Muñoz. Hace un rato todos los colores y las formas se veían nítidos. Hace calor, no es momento de quemar, pienso. Me concentro en el silencio. Pero no hay silencio, son los pájaros, las tórtolas (que hacen un sonido bien diferente del resto, igual que el gallo que aparece de vez en cuando en la banda), el viento y la azada del jardín de al lado, que no veo, porque hay un muro de ladrillo entre nosotras.

Pongo el altavoz a tope en la cocina, *The Rip* inunda la casa y me siento alegre por primera vez. Llevo dos horas raspando las paredes, las recuerdo siempre así, amarillas y brillantes de grasa. Nunca hubo extractor y en invierno hacía demasiado frío como para abrir la puerta que da al patio. Empiezo a ver el blanco que hay debajo. Tendré que pintar igualmente, pero hacía falta quitar esto, si no la pintura no cogerá, eso me ha dicho Marta. Es una actividad que me alivia y empiezo a moverme al ritmo. A veces no hace falta más que una canción para perder el miedo. Llaman a la puerta, Marta viene a traerme un paquete. Le he dado su dirección a mi amiga, me

parece más seguro. No tengo muy claro aún qué significa que yo esté aquí, tengo la sensación de que pueden echarme en cualquier momento. Le digo que pase y abrimos unas latas, nos sentamos en el quicio de la puerta que da al patio, el bordillo está un poco frío, pero sienta bien. La vegetación está completamente desbordada, quizá esa sea mi siguiente tarea. Te puedo mandar a alguien para que te ayude. Deja, me viene bien tener cosas que hacer. Bueno, pero si se te hace muy difícil me dices, ¿vale?

Mi amiga me llama a diario, pero sobre todo habla ella. Cuando se acaba un tema le pregunto algo más y me cuenta. No sé cuánto tiempo va a aguantarme así. Hubo una época, le digo, en que varias personas que conocía lo habían dejado con sus parejas de toda la vida. Y cuando te las encontrabas por la calle no podías no pensar: se han vuelto locos, han enloquecido, son otras personas. Habían perdido el amor y habían enloquecido. Me aterra convertirme en una de ellas.

Y entonces aquí encerrada me imagino que he conocido a un nuevo amor, y que llega el día en que nos tenemos que contar de ese otro amor, del anterior. Ese increíble amor, el que me dejó así durante meses, sin saber quién era, sin saber qué hacer. Ese amor del que no me podía levantar de la cama. Ese increíble amor del que también dudé cada día, por el miedo que me daba que pudiera ser verdad. Y entonces le cuentas: me fui a mi pueblo, a una casa que estaba deshabitada desde hacía ya años, y estuve meses sin salir. Una amiga me llamaba todos los días y me visitaba regularmente, me traía comida, cocinaba para mí. Se sentaba en una silla y me contaba lo que había hecho durante la semana, me hablaba de cómo iba creciendo su hija, y yo la escuchaba muy quieta desde el sofá. Barría, limpiaba mientras seguía hablándome, ponía discos de hiphop, que era lo único que no me hacía llorar, aunque a veces lloraba igual. Y me decía, te prometo que vas a salir de esta. Te lo juro.

Pero ¿por qué era tan importante ese increíble amor?, ¿por qué no quería que acabara si durante años había estado cuestionándolo de todos los modos posibles? Ese increíble amor bien podía ser llamado ese terrible amor que ninguno de los dos se creía del todo porque teníamos miedo ancestral a dejarnos llevar. Porque no queríamos ser como otras personas. Porque estaba paralizada.

Por suerte es verano, y aunque me da vergüenza que me guste tanto el verano, porque creo que el verano no es de los escritores, me hace feliz estar en tirantes, sintiendo el sudor escurrirse por el interior del brazo. Y me hace feliz mirar el jazmín que me ha llegado con el mensajero, porque mi amiga no va a poder venir en dos semanas. No sé cuánto tiempo seré capaz de mantenerlo con vida, pero en este momento es glorioso de ver. Me hace feliz, al menos, pensar en aceitunas y vino fresco para tomar a solas con la ventana abierta, muerta de calor. Me toco la espalda y noto la roña formando líneas de piel negra que después empujo hacia abajo, por dentro de la camiseta, o cojo con los dedos y miro después sorprendida de tanta suciedad.

III

Cuando llegué a Iowa recuerdo pensar, me siento bien aquí porque se parece a mi pueblo. Solo que en lugar de trigo y cebada hay soja y maíz. El paisaje llano, los campos de cereales, los silos y hasta el clima, aunque en Iowa fuera todo mucho más extremo, me reconectaban con este lugar. Al principio empecé a escribir una ficción sobre dos hermanos que pierden a sus padres en un accidente de tráfico. Durante algunos años los hermanos se separan, pero en un momento ella siente la necesidad de regresar a su pueblo. Así que fue cuando comencé a alejarme de mi lugar de origen cuando empecé a hablar de volver a casa. Salí de Madrid un 6 de agosto a mediodía. Los últimos días habían sido tristísimos, me tenía que separar de B, y cada vez que imaginaba que ya no nos veríamos a diario me ponía a llorar. Fue él quien consiguió meter todo lo que quería llevar en la maleta, con una forma de ordenar los objetos envidiable. Los dos lloramos sentados encima de la maleta cerrada sobre la cama. Hacía un calor insoportable. Las noches no daban tregua y mientras me echaba agua con un pulverizador cada cinco minutos, trataba de imaginar cómo sería la vida en el otro país. Hice múltiples despedidas y vine aquí, a Hoyuelos, a vaciar la casa en la que hasta ese momento habíamos guardado las escenografías de nuestras obras, que era el edificio de las antiguas escuelas del pueblo. En la misma habitación estaban almacenadas también muchas de las cosas de mi infancia, la cuna en la que dormía, una cómoda, un armario de contrachapado azul marino pintado a mano, juegos, muñecos, baterías de cocina. Mi madre

me pidió que aprovechara el viaje para coger lo que no quisiera que se tirase. Escogí tres cosas: un cuadro con el marco blanco de un árbol inclinado por el viento que está ahora en mi habitación, un cajita de cartón hexagonal que tenía algodones y varias fotos de mi familia, y un marquito pequeño de plata con una foto de mi padre. El marco es lo único que me llevé conmigo a Iowa. Lo coloqué en mi escritorio, y por primera vez tuve una foto de mi padre a la vista. Fue frente a esa foto que comencé a escribir sobre él. Es frente a esa foto que sigo haciéndolo estos días, tratando de acabar este libro.

«Hemos tenido unos días frescos con vientos del NO, soleados, noches más bien frías. Ayer y hoy ha hecho calor, aunque han soplado vientos del E, cálidos; noche templada. He cogido el primer tomate, el primer repollo, los primeros pepinos, las primeras judías verdes. He arrancado dos matas de patatas y ya se sacan patatas hermosas».

En aquel tiempo fue cuando comencé terapia por primera vez. La Universidad de Iowa ponía a disposición de los alumnos un servicio gratuito, solo había que hacer una entrevista previa en la que te preguntaban las razones para querer ir, el tipo de terapia que deseabas poner en práctica y si te importaba ser tratada por alguien que aún no hubiera terminado el doctorado. A Cathy le conté que quería hablar de amor y de mi familia, que no tenía una idea específica, y que no me importaba que estuvieran estudiando, pero que me gustaría que fuera alguien más inteligente que yo. A los pocos días recibí un correo con una cita para mi primera sesión. Caminé hacia allí nerviosa, con los cascos puestos, música a tope. La ciudad de Iowa no es muy grande, pero la facultad de Psicología está al otro lado del río. Ese fue el camino más largo que tuve que hacer en los dos años que viví allí, y me lo tomaba como una preparación para lo que estaba por llegar. Algunos días recuerdo acercarme aterrada a la oficina. Cada día había que

rellenar un formulario largo que incluía todo tipo de preguntas, incluidas algunas sobre posibles deseos suicidas. Después había que esperar en una sala en la que la gente evitaba mirarse. Y después Chris me llamaba y me hacía pasar. Era alto, rubio apagado, con los ojos oscuros, y a menudo daba la sensación de tener la mirada perdida porque se le confundían las pupilas con el iris. Yo creía que íbamos a hablar mucho de mi padre, le conté acerca del texto que estaba escribiendo, y pronto se desveló lo mismo que el propio texto anunciaba: de lo que necesitaba hablar era de la relación con mi madre. Pero no solo eso, necesitaba hablar de amor, de muerte, de sexo. Nuestras sesiones fueron especialmente lúcidas, al menos así las recuerdo. Chris era exactamente lo que yo había imaginado o deseado, era atento, tranquilo, pero tajante si tenía que serlo, y aunque a veces era un poco robótico, era muy inteligente.

A las semanas de mi regreso a Madrid le escribí un correo. Estaba pasando unos días en casa de mi tía. El calor era insoportable. Me quedaba despierta hasta las seis, las siete de la mañana, me levantaba a las dos de la tarde, me tumbaba en el sofá, la camiseta pegada a la tripa, dormitaba, trataba de leer, la mayor parte de los días no era capaz de moverme hasta las seis de la tarde. Apenas comía, apenas hacía nada. Mi correo era larguísimo. Le contaba que lo había dejado con B, le hablaba de los últimos días en Iowa antes de volver, describía mis días en la ciudad. Su respuesta llegó rápido. Me sorprende que hayas roto, decía, siempre pensé que era una relación muy importante para ti. Un golpe seco. Bum. No me lo podía creer. Había pasado meses en su consulta pensando que en algún momento me diría que lo mejor que podía hacer era dejarlo. Me quedé sin aire. Me había equivocado del todo y era demasiado tarde. Después comentaba algo sobre Nadal, le gustaba mucho el tenis, y me daba ánimos. Si lo necesitaba podía volver a escribirle. Hoy sería un buen día para hacerlo,

hoy le enviaría otro correo muy largo, explicándole lo que había pasado en los años consecutivos, y le diría que ahora había sido B quien me había dejado definitivamente, y que no era capaz de levantarme de la cama.

«Calor algo bochornoso; tormentas por la tarde; aquí ha habido mucho ruido y poca agua, en otros sitios han caído grandes chaparrones. La noche está fresca pero serena».

IV

Ha hecho mucho calor estos días, pero hoy se ha levantado una brisa fresca. Me siento con algo más de fuerza. Las actividades sencillas me ayudan. Estar ocupada. Hacer recados. Evito hablar, mantener conversaciones me sigue pareciendo difícil, al mismo tiempo que tengo que hacer grandes esfuerzos por no contarle al carnicero, a la de la pollería, al chaval de la caja, que estoy pasando por una ruptura. Imagino la conversación y reprimo las lágrimas justo cuando voy a pagar.

Me acuerdo de una caja de madera y cristal que le regalaron a mi madre cuando yo tenía seis o siete años, se suponía que era un kit de supervivencia. Estaba colgado en la pared del salón y decía: «Abrir en caso de emergencia». Pero nada de lo que había dentro servía para nada. Ya sé que esa era la gracia, pero de verdad que no lo entendía. Recuerdo que había un globo amarillo con una cara sonriente dibujada a boli. Ojalá pudiera encontrar la caja, es posible que esté en algún lado. La abriría y sería el fin de una historia, o por lo menos ya no sería más el kit de supervivencia. Aquí o se vive o se muere, pero nada de sobrevivir. Me armo de valor autoimpuesto y emprendo la búsqueda. Mientras abro y cierro cajas y cajones, empiezo a pensar en las cajas de Joseph Cornell. Quizá por eso me gustaron tanto cuando las vi. Quizá me recordaban a esta caja que teníamos aquí. Igual lo que tengo que hacer es construir la mía propia. Y comienzo a hacer listas, una lista con las canciones que ya no puedo escuchar. Una carpeta con fotos. Una caja con fotos. Una carpeta con emails. Una caja con postales y cartas. Meter cosas en sitios. Dar contención al dolor.

«Vientos fuertes del SO, soleado, calor sin llegar a sofocar; al atardecer y por la noche el cielo se ha visto como velado, la luz de la luna difuminada. Hace pocos días vi seis avutardas. No hay cambios en el campo».

Si la obsesión de mi padre era tener un amor sencillo, la mía es estar presente. Una y otra vez digo, por fin he entendido, por fin me doy cuenta de que ahora sí estoy aquí, en lugar de mirando las cosas con distancia. Ahora sí. El otro día me dijeron, lo bueno de hablar contigo es que siempre estás superpresente. Y pensé, ¿cómo habré conseguido engañar a alguien tanto para que diga algo así? Y después, ¿será verdad?, ¿será que lo he conseguido? Y vuelvo a la frase con la que comienza *Mi amigo Lucky Live*, de Christine Nöstlinger, la novela que leía siempre que me encontraba mal, que dice algo así como que una vez somos conscientes del morral que cargamos, es cuando podemos comenzar a ocuparnos de él y empezar a vivir. Uno siempre cree que su morral es otro del que verdaderamente es. Aceptar el morral no es fácil, a menudo nos da vergüenza. Es un ejercicio que no puedo dejar de hacer. La poeta y ensayista Cynthia Cruz, hablando de la tristeza y la pulsión de muerte en términos freudianos, cuenta que esa tristeza es la melancolía de haber perdido el objeto amado en el origen de uno y de, al mismo tiempo, ser incapaz de definir qué hay en ese objeto que se ha perdido. El problema de la raíz y la relación que establecemos en relación a ella. Trato de determinar si ese es, en efecto, mi morral.

«Ha llovido toda la mañana, a veces casi torrencialmente. Vientos del N-E. La tierra está empapada y se ven charcos. Los girasoles están crecidos, aunque no todos, muchos están bien nacidos y con fuerza. Aún quedan rosas silvestres; la retama está en plena floración. Las moscas y mosquitos están pesadísimos».

Me despierta la lluvia. Debe de llevar un buen rato y cae

fuerte. Me jode que me haya despertado, pero me gusta. Es el primer día que llueve desde que estoy aquí, huele increíble. Me siento en la cocina y dejo la puerta del patio abierta. Han salido los caracoles. De pequeña me flipaban, pero temía matarlos, era imposible esquivarlos a todos. Están felices. La pared del fondo se deshace. Hay una gotera en el salón.

V

Decido empezar una suerte de diario con la intención de que me ayude a entender mejor la locura que siento dentro de mí. Esto es lo primero que apunto:

Hace un año debí haber dejado esta relación. Estaba claro que ya no me quería, tenía, además, una relación con otra persona, mentía, se comportaba de maneras extrañas.

Hace un año y medio debí haber dejado esta relación. Hacía cosas para hacerme daño, se apartaba y luego volvía sin pensarlo bien, porque se sentía solo.

Hace dos años y dos meses debí haber dejado esta relación.

Hace casi tres años dejé esta relación.

Hace cuatro años dejé esta relación, había conocido a alguien más joven que yo y pasamos el verano haciendo viajes de carretera y viviendo el romance.

Hace cuatro años y medio dejé esta relación, vivíamos en continentes separados y me sentía sola.

A partir de aquí las fechas son inexactas.

Hace seis años dejamos esta relación.

Hace siete años dejamos esta relación.

Quince días después de empezar esta relación la dejé por primera vez.

Hace menos de cuatro meses dejó esta relación.

Hace menos de un año dejó esta relación.

¿Cuál es el amor memorable?

La primera vez que lo dejé llevábamos juntos dos semanas.

Pienso en la última vez que pasamos unos días juntos. La ruptura ya era inevitable, pero nos resistíamos a ella. Cierro los ojos y nos veo allí, en su pueblo, tan distinto de este, entre una montaña y el mar. B se reclina sobre la silla y la cabeza le llega a la pared blanca. Es una pared endeble. La casa está en un alto y enfrente, debajo, está la carretera. Al fondo el mar. La luz cambia todo el rato, sol y nubes y grises y azules y blancos. Es un espectáculo. No estoy tranquila. Al mismo tiempo las horas pasan y encontramos una especie de paz. Trabajamos. Comemos, vamos a correr a la playa. Yo quiero follar todo el rato.

Quería escuchar *I'd Rather Go Blind* del concierto de Etta James en Montreal, que dura siete minutos, y en lugar de eso escucho pop electrónico a toda hostia, con frases que funcionan perfectamente y me entran directas al cuerpo. Y aunque fuera amor, no sabíamos cómo manejarlo. Lo que ocurre es que me muero por no ser capaz de hacer con las palabras lo que hace Etta James cuando comienza a cantar, y se detiene, y le habla a la banda, y sigue, y el sudor le corre por la frente. Prefiero quedarme ciega a ver cómo te vas, chico. *I'd rather go blind*.

Nos resistimos. Ponemos música, la casa es pequeña, pero tiene mucha vida, tiene más vida que nosotros, pienso, tiene más aire que yo. Vemos películas de dibujos animados. Se oyen gallos, y enfrente nos deslumbra el brillo del sol, y abajo los coches y los perros y el gato, y las huertas, y el limonero sobre el que ha escrito un poema, o quizá sea otro limonero sobre el que ha escrito, otro de un lugar al que nunca le he acompañado, al que quizá le acompañó otra persona que nunca seré yo. Y se me pasan las horas pensando en esa persona que no seré yo, pensando en lo que podría ser, pensando en lo que somos incapaces de hacer.

Miro por la ventana. Aquí no hay mar, pero veo cómo la luz avanza en el patio, la hiedra va quedando en sombra y el sol

trepa por el murito, que ahora es naranja oscuro, y oigo el claclaclacla de la cigüeña que tiene un nido en el poste de la luz delante de casa, y me gusta. Entiendo este paisaje, yo que siempre deseé vivir en el mar, me entiendo en este marco. Cierro los ojos otra vez, qué distinta era allí la puesta de sol. Pero se acercan las nubes, justo ocho minutos antes de la hora que internet señalaba para el atardecer, esas nubes que nos están jodiendo la posibilidad de la puesta de sol; y B se levanta, porque él también quería verla, hace un rato se ha acercado al sofá, y yo he dejado el bolígrafo, el cuaderno, el ordenador, para acercarme a él, y me ha dicho, todavía no. ¿Cómo todavía no? Todavía no es la puesta de sol. Y entonces ha dicho, qué bien hueles, ¿por qué siempre hueles tan bien?, y a mí me parecía que el aliento no me olía bien porque me olía a café pasado, a café que ya has tomado hace demasiado tiempo y no has querido ir a lavarte los dientes porque estás bajo el hechizo de la luz y del mar y no quieres dejar de mirar mientras dure el día. Y ahora a la izquierda un poco de bruma que avanza sobre los otros pueblos. El mar se ha calmado, ya no tiene las cabritas blancas que se veían por la mañana, y aunque luego en el restaurante te enseñan las langostas vivas y te comes las centollas, me parece que el mar está vacío por dentro, no le queda vida, es el mar de Europa que está medio muerto ya. No tiene grandes monstruos, grandes algas, grandes pájaros, grandes conchas. Ya no le queda nada al mar. O quizá simplemente es que ya no me queda nada a mí. Cuando sea la puesta de sol te aviso, no te preocupes, yo de aquí no me muevo, me dice. La luz es imbatible, amarillo muy claro, blanco, gris, azul muy claro. Y a mí me entran ganas de llorar por el fin del día, por la angustia del tiempo, y sobre todo por los días que ya no serán ahí arriba y serán peor. En la película del futuro él vuelve a cocinar porque le gusta, y cocina para mí, me hace la comida, la cena, friega los cacharros porque le

calma, y la luz es casi azul. La música épica sirve para escribir mejor, decimos al mismo tiempo. Además hemos hecho la compra y tenemos la despensa lista. En esta casa hay una despensa que es un cuarto en sí mismo, un cuartito estrecho, con baldas a los lados y al fondo la nevera. Qué raro que la nevera no esté en la cocina, hay que abrir la puerta y caminar hasta el fondo, y abrir la nevera, y coger las cosas, y volver a la cocina. El suelo está lleno de trastos, del techo colgaban antes ajos y pimientos, y siempre olía al chorizo que le regalaban los pacientes a mi madre. Eso es lo que más me gustaba porque desde muy pequeña lo que más me gusta comer es chorizo. Y aunque viví hasta los doce en esta casa hay muchas cosas de las que no me acuerdo. Había gallinas y un perro y palomas. Y las paredes de la cocina estaban pegajosas porque no había extractor de humos. Es muy rudimentaria la cocina. Pero nunca lo pensé entonces. Entonces yo era sencilla. Y todo me parecía bien. Más o menos como ahora.

Escribo: Es muy difícil estar listo para amar a otra persona, es de lo más difícil que hay. Yo no sé si lo he podido hacer alguna vez, así, de verdad. Tienes que estar muy tranquila, con el mundo, con quien eres... Siempre estamos demostrándonos cosas, y así no se puede uno relacionar. Se puede, pero no de verdad. Estamos jugando a ser una cosa u otra, que no nos pillen relajados, frágiles, mantener el control sobre la situación. Yo he diferenciado dos tipos de momentos muy claros, unos en los que solo veía lo malo de la otra persona, que era cuando la persona estaba más disponible, más porosa, y luego cuando solo veía lo bueno, que era cuando la otra persona me estaba jodiendo pero bien, pero no quería verlo, y ahí yo estaba dispuesta a darlo todo. Quiero pensar que no es la naturaleza humana, es el capitalismo.

No se lo leo.

Cierro el cuaderno.

Voy a hacerme acelgas para cenar.

VI

«Ayer y anteayer días frescos con vientos del N, noches muy fresquitas, nubosidad variable. Hoy vientos del E. de moderados a fuertes; calor por la mañana, nubes y chubascos por la tarde, sin actividad eléctrica».

Cuando era pequeña mi madre me contaba historias de cómo eran antes de vivir aquí, de cómo decidieron venir y cómo fue el comienzo. Me gustaba el relato sobre el estado de la casa, las miradas de la gente, las obras que hicieron sin saber nada de hacer obras, las cosas que construyeron sin saber nada de construcción. Cómo enseguida tuvieron animales, hicieron quesos y vino, plantaron una huerta, sin saber nada de animales, de alimentos ni de huertas. De algún modo ahora me siento, creo, como debían sentirse ellos cuando llegaron. Pero un poco impostora. Ellos llegaron al pueblo huyendo de una vida demasiado rígida y bien planeada, huyendo de todo lo oscuro que había en Madrid, de la familia, de la policía, de la tristeza. Es verdad que llegaban cambios, pero ellos tenían ganas de inventarse algo nuevo, algo que no hubieran visto antes, una vida en la que pudieran poner todas las reglas desde el principio. En esos años, me decía mi madre, mucha gente dejó la ciudad, arreglaron casas, montaron comunidades y encontraron trabajo en los pueblos de España. Una nueva generación de médicos, de abogados, de arquitectos, que dejaron la capital y se fueron a desarrollar su trabajo con la gente que ellos creían más sana, más real. *La gente buena del campo*, ellos también lo creían así. La mayoría, añadía, aguantaron cinco, siete años, diez a lo sumo. En los noventa ya

solo quedábamos nosotros y otra familia por la zona. Algunos volvieron a Madrid, el resto se trasladaron a las capitales de provincia. Nosotros también lo hicimos, en el 95. Hacía mucho ya que sabíamos del fracaso de aquel movimiento. Yo no sé si vengo huyendo o buscando o las dos cosas a la vez.

Pienso en aquella energía, en las historias sobre las fiestas que hacían cuando sus amigos venían a visitarles. La casa se revolucionaba, todos dormían juntos en el salón, en las habitaciones, en colchones y en el suelo. Fiestas de disfraces, hacer cerveza o fuegos artificiales. Mi recuerdo es lo suficientemente vago como para poder romantizar sin vergüenza. Si vuelvo es por otra cosa, porque necesito de verdad encontrar otra energía, algo que me vuelva a dar algo de confianza, en mí misma, en los demás y, por qué no, en el amor.

Sigo buscando tareas que hacer cada día. Pequeñas pruebas, excursiones. Lo siguiente será ir a encontrar una bicicleta de segunda mano. Voy hasta Segovia y compro cosas, vuelvo, cocino y duermo. Duermo casi todo el tiempo. Duermo mal, pero duermo mucho. Estas son las cosas que he adquirido hasta ahora: cuatro plantas, un macetero, una cafetera, un exprimidor manual, X botellas de vino, una almohada y una funda de almohada, un cojín, café, verduras, un cazo, un bolígrafo y un lápiz, productos contra los mosquitos, productos de limpieza, bolsas de basura, papel higiénico, jabón, compresas, una copa para el vino, una ensaladera, canela, frutos secos, queso, embutido, un mantelito individual, aceite de oliva, té. Cosas que compro por si volvemos:

- Productos de limpieza Mrs. Meyers.
- Ambientador para la casa con olor a madera.

VII

Llegó un tiempo en el que los gestos de amor se empezaron a considerar gestos de sumisión y los gestos de odio gestos de poder. En algún momento llegará el tiempo de volver a poner al amor en su sitio, al odio en su sitio. Nos hemos fundado en el odio y ahora no quieren que odie, le digo a mi amiga. Entre las cosas que le pedí que me trajera hay un paquete grande de postales sin enviar. Y siguiendo sus consejos, en lugar de mandarle a B las postales diciendo que sigo viva, decido enviar postales a todos mis amigos, a mi abuelo, a mis tías y a mi madre. Mando postales como una loca. Hago preguntas, hablo de una canción que he escuchado. La mayoría no saben aún que me he venido aquí, así que soy vaga en cuanto a la localización. Si son atentos se darán cuenta del nombre en el matasellos. De pequeña mantenía correspondencia continuada con mucha gente. Me escribía con mi amiga Guada, de Cheles, con la gente que conocía en los campamentos, con mi bisabuela y con una amiga de mi padre. Aún conservo las cartas. Ahora hace mucho que no las releo. Y sé que me daría cierta vergüenza hacerlo. ¿Qué se puede saber realmente de mí a través de esas cartas?

Sigo tratando de entender qué significa haberse separado de una persona. Haberme separado o habernos separado. Aun cuando sé que la vida va esencialmente de eso, que las películas y las novelas y las canciones y los poemas van de eso, que lo sé, lo sé, pero no puedo comprenderlo completamente. Comprenderlo a un nivel esencial. Los datos son evidentes, no hay muchas vueltas ya que dar después de los más de tres años

de conversaciones infinitas cortadas solo por obligaciones laborales, por ataques de sueño o de llanto. Busco artículos en internet que me ayuden. Doy con uno de una socióloga que se ha unido a una neuróloga para describir los efectos físicos de las rupturas, explica que el amor puede resultar tan adictivo como la cocaína o la nicotina. Y que cuando decimos que nos han roto el corazón, o que no somos capaces de dejarlo, no estamos enteramente ante constructos artificiales, sino que son sensaciones arraigadas en realidades totalmente físicas. La socióloga continúa alegre por el hecho de que la ciencia y las imágenes de nuestro cerebro revelen que las metáforas no son solo una cuestión poética.

«Hasta ayer días veraniegos, soleados, cálidos, aunque sin sofoco, noches agradables; vientos flojos, variables, predominando los de NO. Hoy ha amanecido cubierto, ha habido ligeras lloviznas, luego ha hecho calor. Noche muy fresquita con vientos N».

La tristeza que me entra cada día cuando llega el final del sol. Creo que entiendo mejor lo que significa no vivir en la ciudad cuando llega este momento. Quiero agarrarlo. Quiero estar fuera, quedarme hasta el último instante. Pedirle que espere. Mirar un rato más. Ver los minutos hasta que oscurece completamente. Entonces emprendo el regreso. Después del paseo mis zapatos están llenos de barro. Lo que me gustaría es que me los limpiara B. Que cuidara de esas cosas para mí. Sus zapatos siempre estaban limpios. Era muy cuidadoso en general, y a mí eso me ayudaba. Me daba suelo. Una vez le grabé mientras limpiaba sus zapatos, en el vídeo se le ve concentrado, cuando se da cuenta se ríe y me dice que no le grabe, le da vergüenza. A mí me fascinaba verle hacer cosas, la concentración y la delicadeza que desplegaba. Cuando estábamos en ciudades distintas y le extrañaba, miraba ese vídeo y le sentía más cerca. Siempre sonreía al final.

La niebla está ya muy baja y empieza la noche. Me gusta este momento, cuando veo las luces rojas de los coches que se van, blancas de los que vienen. Es todo misterioso y más profundo. Ahora casi solo veo blanco. En un rato no se verá nada. Los días en que la noche está despejada se oyen muchos animales. No sé si la niebla los apaga, o las estrellas los activan. Salgo a dar un paseo. Las farolas de mi pueblo son muy feas, pero el sonido que generan me da tranquilidad. Metálico y constante.

¿Sabes que la nieta de Emilio se ha venido a vivir aquí y está cultivando la huerta otra vez? Emilio era el hombre que tenía una huerta al otro lado de la alameda, camino de las eras, y que nos dejaba un trozo para que plantáramos. La huerta del diario del huerto de mi padre. La huerta a la que me gustaba tanto bajar con mi madre. Emilio nos daba una azada pequeña y hacíamos agujeros en la tierra, nos comíamos los tomates y a veces nos dejaban sacar zanahorias. Mi madre se empeñó en plantar maíz al fondo, aunque le decían que no era lugar de maíz. Pero tuvo éxito, y era de hecho lo que más felices nos hacía. Mazorcas al horno con mantequilla y sal. Una de las fotos más bonitas que tengo de mi padre está hecha muy cerca. Está subido en la mula que tenía cuando vivía aquí. La mula tenía una marca blanca en la frente. Él lleva un peto, botas y está en manga corta. En la mano sostiene algo que parece una espada. Pero creo que se trata de un palo, y el final se une a algo que está al otro lado de la carretera y que da la impresión de ser el mango, un efecto visual. Están a punto de cruzar el río, que entonces tenía agua. La foto parece de hace siglos. Es en blanco y negro. Tuvo que haberla hecho mi madre. Mi madre, que pocos años después, ya sola, cruzaba por ese mismo lugar con nosotros de la mano. Cuando llovía aún se formaba una charca en ese mismo sitio, y teníamos que ponernos las katiuskas para cruzar. Mi padre no mira a cámara, su mirada pasa por las riendas y se posa en el agua. Y Marta, ¿tú crees

que podría hablar con ella y ver si me dejaría, no sé, plantar algo, o ayudarle con algo? Yo creo que sí, si quieres te acompaño. Acordamos bajar juntas al día siguiente. Lo que también me gustaría mucho, me dice, es enseñarte el palacio. No sabes lo bonito que ha quedado.

Salgo a dar un paseo cuando es casi de noche, no me apetece cruzarme con gente. ¿Con qué gente?, me pregunta después mi madre por teléfono, si no queda nadie, hija, y no sé si me hace mucha gracia que vayas sola de noche. Ya bastante con que estés sola ahí, que no entiendo por qué no te vienes unos días a casa. Yo qué sé, madre, alguien habrá, y no me apetece hablar... Pero ¿no me has dicho que has ido a ver a Marta? Bueno, pero no es lo mismo. ¿Y que vas a bajar a conocer a la nieta de Emilio? Me arrepiento de habérselo contado. A ver, es que hay luna llena, y se ve perfectamente, y necesito estar a solas. Bueno, hija. Ya me contarás cuando quieras. Sí, madre, de verdad. Pero ¿estás bien? Que sí, de verdad, estoy bien. Me está sentando bien.

«Todos estos días han sido típicamente veraniegos: bastante calor al sol, relativo fresco a la sombra; Brisa vespertina refrescante, noches muy agradables; mañanas fresquitas; han soplado a ratos vientos de componente norte, agradables, de débiles a moderados. Casi se está acabando de cosechar la cebada y ya se empieza con algún trigo. Ya cojo muchos calabacines; ya se están formando vainas de judías. Mañana será luna llena; los rastrojos y sendas adquieren por la noche un aspecto irreal y mágico».

La noticia acerca de la huerta me ha dejado nerviosa, no puedo evitar tomarlo como una señal. Sí, parece que se están abriendo posibilidades.

VIII

Cuando volví de Iowa y lo dejamos me devolvió todos los regalos que le había hecho. Y todas las postales que le había mandado a lo largo de los años, que eran muchas. Me había amenazado con hacerlo y le pedí por favor que no, los regalos no se devuelven, las cartas no se devuelven. Pero él estaba muy herido aquella vez, así que las escondió entre otras de las cosas que me devolvió, y fue por eso que tardé en darme cuenta. Recuerdo que me había quedado tranquila, por lo menos le había convencido de que no se podía negar la relación de esa manera. Ahora paso horas leyendo nuestras cartas, los cuadernos que nos escribíamos, los emails, mirando las fotos que nos hicimos a lo largo de los años. Esto es estar en estado aniquilado.

«Siguen los días cálidos, noches frescas, sol luminoso, vientos agradables, variables. Hoy luna llena».

¿Por qué no tengo un recuerdo continuado de este lugar? ¿Es porque me he hecho mayor? ¿Es solo una cuestión de memoria? Insisto. ¿Por qué nunca he tenido la figura de mi padre asimilada a este lugar, si él pasó los últimos años de su vida aquí? ¿Si mi madre sin duda vivía la existencia en Hoyuelos en esa clave? ¿Si la carta, la puta carta, estaba, estuvo aquí?

Bajo por segunda vez a la huerta. El primer día me acompañó Marta, caminamos primero hasta el molino, después dimos la vuelta y fuimos a conocer a Celia, la nieta de Emilio. Tiene un par de años más que yo, pero no sé qué edad aparenta. Es amable pero es dura. Tenía la idea de venir desde

hace algunos años, no fue hasta que se quedó en el paro que se decidió a hacerlo. Al principio pensó que sería algo temporal, nos dijo, pero ahora que puede hacer trabajo desde casa y que le ha pillado el tranquillo a la huerta, cree que se quedará más tiempo. ¿No te sientes sola?, quisiera preguntarle. Pero no me atrevo. Hoy la encuentro raspando el fondo de la pequeña piscina/depósito, está lleno de verdín. Le cuento que de pequeños su abuelo nos dejaba meternos en verano. Le pregunto si le importaría que empezara a bajar a trabajar con ella. Al principio la noto un poco reacia. No termina de confiar en mí, pero no lo dice. Conversamos un rato más mientras ella trabaja, y cuando estoy a punto de irme me dice que vale, que puedo bajar cuando quiera. No te quedarás mucho tiempo, imagino, me dice. Me encojo de hombros y le digo que no sé. No sé nada.

Y esta es la verdad. Pienso en B a todas horas. Cuando me levanto, mientras desayuno, mientras leo, mientras veo una película, cuando veo las calles de Madrid en las noticias, mientras pienso en el futuro de nuestras profesiones, mientras paseo sola por los caminos y hablo sola y miro a mi lado y no está. Mientras bajo al huerto y veo cómo los tomates y los pimientos y las acelgas y las lechugas van creciendo y pienso, joder, por qué no está aquí. Y todo se me hace triste y oscuro y pienso, le escribiré, le escribiré y le diré que es la persona con la que quiero pasar el resto de mi vida, que se deje de tonterías, que se venga para acá y ya veremos lo que pasa. Le pediré perdón por todos estos años de dolor y confusión, por no haberme creído lo que teníamos con la fuerza suficiente. Le diré que no habrá en nuestras vidas otra historia de amor como la nuestra. Pero ¿cómo puedo hacerlo ahora? Me pregunto si habrá ido a la piscina, a comprar comida, a dar una vuelta. Si habrá estado leyendo, si se habrá sentado a fumar en el sofá toda la tarde hasta que haya acabado la parte de los asesinatos

de Santa Teresa y por fin haya llegado al capítulo de Archimboldi. Quizá está ahora mismo leyendo eso. Quizá me esté escribiendo una carta larguísima. A lo mejor se ha ido por ahí. Pienso todo el rato en las sábanas de su cama. Y en su pelo.

¿Te hago feliz?, le pregunta ella a él.

IX

Me pregunto si cuando me encogí de hombros ante la pregunta de Celia fue por miedo. ¿Me quedaré mucho tiempo? Deborah Levy habla de que cada nuevo viaje que hace se convierte en una suerte de duelo por lo que ha dejado atrás; el que viaja, dice, trata de recrear en un nuevo lugar lo que ha ido dejando. Y pienso en mis intentos de volver a encontrar un espacio que signifique lo que mi casa en Iowa significó, la única casa que he considerado mía. Y en este intento de regresar aquí, al lugar que fue mi casa.

Marta me lleva por fin al palacio después de haberlo mencionado varias veces. El palacio de Hoyuelos, originalmente de la familia Arias Dávila, es del siglo XVI. El fundador de la Casa, Pedro Arias Dávila, luchó en Granada y siguió haciéndolo en África. Después se fue a hacer las Américas. Leo la historia en internet y me sorprendo de no saber apenas nada de esto. El palacio fue pasando por manos de diferentes señores hasta que Constanza, hija menor del conde de Cedillo, de la Academia de la Historia, contrajo matrimonio con el marqués de Lozoya, que mantuvo el recinto como lugar estival de estudio y recreo. Recuerdo que un futbolista famoso estuvo a punto de comprarlo una vez.

En 1973 Víctor Erice decide filmar *El espíritu de la colmena* en este palacio y en otras localizaciones de mi pueblo. La mayor parte de los vecinos sale en un momento u otro en la película. Cuando mis padres llegaron, hacía ya algunos años del rodaje, pero la gente seguía hablando de ello, el evento les había conmocionado a todos. Marta era pequeña, pero se acuerda

bien, el equipo pasaba las noches en casa de su tía, que siempre había sido nocturna, y ella le ayudaba a servir el café cuando hacían descansos. Yo no lo vi ya más que en ruinas, alguna vez que nos colamos, y en un par de ocasiones en que conseguimos que la mujer que guardaba las llaves nos lo mostrara. Pero hace diez años una pareja joven se hizo con el lugar y lo arreglaron. Ahora se ha convertido en una casa rural y lugar de celebración de eventos varios. Alba y Peter son arquitectos, tienen tres hijos, son alegres y les gusta hacer cenas en la pequeña casa que se construyeron al fondo del jardín. Cuando llegaron no estaban del todo convencidos de querer quedarse a vivir aquí, pensaban quizá en ir y venir desde Segovia, pero pasó un año, pasaron dos, nació la segunda de sus hijos, y poco a poco se fueron encontrando más a gusto viviendo esa vida inesperada. La familia de Alba había heredado el palacio, y fue así como ellos acabaron tomando la decisión de mudarse. Y aunque en principio podría parecer lo contrario, Marta y ellos se entienden bien. Ahora hacen fuerza para que más gente joven se venga a vivir aquí.

Marta y yo llegamos pronto a cenar, llevo vino y unas acelgas que Celia me ha dado por la mañana. Nos caemos bien enseguida. Sus hijos están por allí, gritan, cantan, preguntan cosas, me sorprende lo fáciles que son, independientes la mayor parte del tiempo. Los tres llevan el pelo largo y despeinado. Pienso que quizá si no vinieran de una familia noble se les miraría de otro modo. Es fascinante ver la facilidad que tiene la gente con dinero para desenvolverse en el mundo. Ponemos música y hablamos mucho. Me siento acogida, aunque una timidez que a veces olvido que tengo me impide ser todo lo abierta que me gustaría. Marta y yo regresamos juntas a casa, la acompaño hasta su puerta y hablamos un poco más antes de despedirnos, se alegra de que me hayan gustado. Mis pisadas cambian de ritmo cuando me quedo sola, habíamos llevado un

dos por dos arrastrado, ahora trato de que se oigan lo menos posible, como elevándome sobre la tierra. Es la primera vez que llego tarde a casa desde que estoy aquí, y me siento contenta.

X

Los productos de limpieza Mrs. Meyers son lo único que me hace sentir en casa como una magdalena en explosión cada olor invoca un tipo de nostalgia odio la nostalgia pero la tengo, me invade, le hago hueco las paredes están ahora blancas, las ventanas limpias apenas traje ropa y libros aquí

la habitación se ve más grande por eso las cosas del baño y mi cafetera italiana necesito sencillez y espacio, digo nada superfluo; y jabón líquido para fregar los platos olor lavanda solo en medio de una ruptura puedo escribir poemas

«Viento solano moderado; calor más bien bochornoso. Ha habido nubarrones, pero se han disipado sin producir tormentas. El girasol está en plena floración; solo quedan unos pocos campos de trigo aislados por segar».

Las semanas se suceden sin que me dé cuenta y pienso que es una muestra de que me estoy recuperando. Mi abuelo me ha llamado varias veces, pero no he cogido el teléfono. Hoy me siento más capaz de sostener una conversación con él y atiendo cuando veo su nombre en la pantalla. Niña, dónde andas, cuándo vienes. Abuelo, es que, mira, me he mudado, estoy en Hoyuelos. Pero ¿cómo?, ¿lo sabe tu madre? Claro, claro que lo sabe, no sé aún, pero a lo mejor me quedo aquí. Pero ¿tú sola estás? Sí, yo sola. Bueno he conocido a una gente aquí. Bajo a la huerta todos los días, te gustaría verme, lo hago muy bien. Pero no te preocupes, voy a tener que ir pronto para allá a dar unos talleres, te voy a ver y te llevo mantecados, ¿vale? Bueno, no tardes.

Me resulta muy difícil aceptar estar sola. Entiendo que lo tengo que hacer, es un tipo de comprensión puramente racional; incluso llego a encontrar placer en ser la única responsable de mis días. Pero estos se suceden de forma poco clara, no hay límites, marcas que me ayuden a distinguirlos, y pienso que es porque no está esa otra persona, con la que sentía tanto placer al compartir las ideas que se me ocurrían, las canciones que escuchaba. Ahora el pensamiento se me queda apretado en el cerebro, acumulado al fondo, no sé hacerlo salir. Llego a la cama cansada, hago todo lo posible durante el día para que así sea. Me tumbo con la luz apagada, los ojos se van acostumbrando a la oscuridad, distingo la forma de esta habitación que vuelve a ser la mía. Oigo el viento en las hojas de los dos árboles que hay al otro lado de la ventana. A veces algún coche nocturno. Y mi propia respiración. Aunque a veces ni eso, es como si dejara de existir. No me oigo, no estoy.

La luz está cambiando estos días, se hace más dura. Me gusta sobre todo cuando acaba la tarde, esa hora en la que siempre le decía a B, ahora todo el mundo es guapo. A veces salgo a mediodía a la calle para sentir la presión del sol. Tengo un cuerpo. Cuando el calor me aplasta lo reconozco de nuevo. Siento deseos de llamar a B. No lo hago. Tantas veces estoy a punto, casi marcando el único número que me sé de memoria. Esto le pasa a todo el mundo. Le pasa a todo el mundo. Le pasa a todo el mundo. Así conjuro un tipo de calma, me detengo, no llamo.

La idea de estar aquí me gusta más que el propio hecho. Me enamoro de las ideas de las cosas, y me empeño tanto que acabo enamorándome de las cosas también. No recuerdo la persona que era cuando vivía aquí. Yo niña. Yo preadolescente. Me quedo dormida sin darme cuenta y me despierta uno de esos coches nocturnos. Abro los ojos y me parece ver el despertador rectangular con manecillas fosforescentes que tenía

de pequeña. Yo era la encargada de despertar a los demás para ir al colegio, a trabajar. Muchas veces no daba tiempo a desayunar y comíamos un mantecado en la parte de atrás del coche, con cuidado de no llenarnos de azúcar en cada bache. Ahora tengo una caja de esos mantecados en la mesa de la cocina. Siguen sabiendo exactamente igual. Pero una caja entera para una sola persona es demasiado. Se pondrán rancios antes de que pueda terminarlos. Me recuerdo aquí a través de las fotos que conservo. La niña con flequillo a punto de empezar el colegio frente a un Cuatro Latas rojo. La niña de coletas con una pala más grande que ella en el pinar. La niña con pijama manta y cara de sueño en el corral, junto a otros dos niños. Y ahora también me recuerdo a través de los ojos de Marta, de Catalina.

Yo no soy mi madre. Yo no soy mi padre.

Oigo cómo se apaga el motor y la puerta del coche que se abre y se cierra. El silbido del capó alzándose y otro golpe más. Mi madre acaba de llegar, se acerca a la puerta, llama dos veces. Respiro antes de abrir. Nos quedamos en el pasillo un rato abrazadas. ¿Cuánto hacía que no venías? Varios años, vine cuando te fuiste a Iowa, ¿te acuerdas? Sí, es verdad. Pero estaba muy distinto, menudo currazo te has pegado, hija. ¿Te gusta? Claro, cómo no me va a gustar. Y nos quedamos calladas. Tengo ganas de llorar, pero me aprieto los labios para no hacerlo. Te he traído unas naranjas, las iba a coger pero pesan mucho, ahora me ayudas y cogemos el resto de la compra. Mi madre ha venido a verme y me ha traído la compra.

«Un par de días de calor, vientos muy ligeros; noches algo frescas; muy buena temperatura en la casa».

Pongo la cafetera y salimos al patio, mi madre va comentando todo, nos asomamos a la leñera, está casi vacía, si quiero quedarme tengo que ir pensando en encargar leña antes

de que acabe el verano. El gallinero podría ponerse en marcha otra vez, si es que lo necesitaras, porque bueno, ¿qué piensas hacer? No sé, madre, necesitaba irme, en Madrid todo me recuerda a B, y no soporto que nadie me vea en este estado, me da vergüenza, no me gusta que me veas así tú tampoco. Siempre has sido igual, ¿no entiendes que a mí no me importa verte así o como sea? Y me preocupo, prefiero verte, aunque sea un rato. Lo dice tentativamente, como pidiéndome permiso. No pasa nada, madre, te puedes quedar si quieres. No te quiero molestar, hija. Bueno, vamos a dar un paseo y vemos. Venga, pero sacamos la compra antes, que no quiero que se estropee, y cálzate, no salgas así.

La conversación es a la vez más fácil y más difícil de lo que imaginaba. Bajamos hacia la huerta, hay una ligera brisa, esta última semana está siendo algo más fresca. No sé cómo ha ocurrido, el verano ha comenzado a deshacerse, se acerca septiembre. Necesito acabar el libro, madre, y supongo que por eso también pensé en venirme aquí, no se me ocurría otro sitio en el que poder hacerlo. Al final este es el lugar donde ocurrió todo, o bueno, los últimos años de la historia al menos. Pero nunca lo viví así, para mí era simplemente mi casa. Me cuesta imaginaros, de verdad veros aquí a los dos. Me cuesta imaginarle en esta casa. Solo cuando miro las fotos lo entiendo. No sé cómo hicisteis, pero no crecí con la sensación de que él había vivido aquí. Es muy raro. Por un lado estaba muy presente, tú me hablabas de él y yo notaba su falta en ti, pero por otro era una especie de entelequia. Y Hoyuelos era nuestro, tuyo, mío... ¿Te acuerdas de un sueño que te conté? Aún lo recuerdo bien. Me llevabas a un centro en el que vivía gente con diversas discapacidades y me decías, mira, vamos a conocer a tu padre. Y entonces me presentabas a José, que era un niño con síndrome de Down. Yo debía tener unos once años cuando lo soñé. Quizá menos. Pero tengo clarísimo el lugar, un

jardín enorme, con rocas redondeadas en las que se sentaba la gente a hablar. Al fondo un edificio grande y blanco. El día era soleado y yo me ponía a llorar porque por fin le conocía. Me desperté con la sensación de que había descubierto un secreto. Cuando al cabo de los años me enteré de todo pensé que de algún modo aquel sueño me había preparado un poco. También imaginaba a menudo que en realidad lo que pasaba era que mi padre había hecho algo terrible, algo que no le podíais perdonar, y se había marchado lejos, a Argentina, o a Chile, y habíais preferido hacer como que estaba muerto. Esa teoría me flaqueaba un poco cuando pensaba en la abuela, la verdad, pero supongo que también me calmaba pensar que podía ser así, que aún tenía la posibilidad de conocerle algún día. Hija, lo siento muchísimo, yo... yo solo quería que estuvieras bien, estaba tan destrozada, y no podía soportar que tú... Ya lo sé, madre. Yo quería saber, pero entiendo que debía ser muy difícil. Violeta, yo no podía, y no quería que pensaras que no te quería. Pero para mí era todo muy extraño, madre, porque notaba que pasaba algo más, que algo no estaba claro, y después también ha sido muy difícil, como si muriera dos veces, una del modo en que me contasteis y otra del modo en que ocurrió. Y ahora, aquí, estos días... No sé, al principio no era capaz de hacer nada. No tenía ganas de nada, solo quería que pasara el tiempo lo más rápido posible. Sobre todo las noches, las noches son lo peor. Le pasa a todo el mundo, me lo repito a menudo. Y pensaba en ti, y en cómo tuvo que ser, y me sentía una niña caprichosa. Una ruptura, menuda tontería, le pasa a todo el mundo... Pero es que me sentía sin suelo, ya sabes que siempre me costó mucho la idea de enamorarme, tú me preguntabas y yo te decía que a mí eso no me interesaba, pero no es verdad. Yo siempre he necesitado amar y sentirme amada. Es que eres igual de cabezota que tu padre. Pero ves, es que eso también... A ver, hay algo que siempre me ha gustado

cuando me comparabas con él, pero también ha sido una condena. Yo soy yo. Y no me enamoré hasta que lo hice. Y ahora estoy destrozada y quiero que se pase porque es horrible y no me puedo concentrar ni trabajar, ni hacer nada. Y ahí ya no puedo más y me pongo a llorar. Estamos sentadas en un banco de la alameda. Es de granito, bastante incómodo, me tumbo encima de mi madre y dejo que me acaricie el pelo, que es algo que solo le permito hacer cuando tengo mucho sueño y estoy con las defensas bajas. Me puedo venir unos días aquí contigo si quieres, te puedo cuidar, no tienes que pasar esto sola. Yo tuve todo un sistema de apoyo, toda la familia, los amigos... Madre, no lo compares, que me siento fatal. No lo comparo, solo quiero que entiendas que no pasa nada por pedir ayuda. Estoy muy triste, madre, no entiendo nada. Me parece todo irreal, como si yo no fuera yo. Tengo pesadillas todas las noches. Como cuando eras pequeña, siempre tenías muchas pesadillas y yo me sentía culpable. No pasa nada, madre, cómo no las iba a tener, no puedo ni imaginarme cómo estabas. Nos quedamos en el banco hasta que atardece y comienza a hacer frío. Se sorprende cuando le digo que se quede a dormir, pero no tarda en sacar del maletero una pequeña bolsa de viaje.

Mi madre y yo pasamos cuatro días juntas en Hoyuelos. Hablamos, paseamos y pensamos opciones para hacernos con la casa, o, en su defecto, para defender ante el ayuntamiento mi presencia en ella. Tenemos varias estrategias, algunas un poco endebles, otras que me hacen confiar algo más. La despensa vuelve a estar llena, la casa se siente de nuevo habitada. Bajamos a la huerta, con Celia se entiende perfectamente. Le contamos juntas que antes era mi padre quien solía bajar, y acabo enseñándole los diarios. Celia está encantada, cambia de actitud por completo, le sorprenden los apuntes del clima, la cantidad de lluvia de la que habla, lo pronto que empezaba el verano. Le seduce la idea de plantar maíz para el año siguiente,

y quiere probar la variedad de espinacas de la que habla. Después los releemos juntas, mi madre y yo. Le digo que de alguna manera es la lectura que más me alivia desde que he llegado. Me siento acompañada, más cerca de él y también del abuelo. Quizá había algo de eso para él también, ¿no? La huerta le acercaba a Cheles, a su propio padre. Hay algo en el trabajo manual que me alivia mucho, y se me da mejor de lo que esperaba. Mi madre me mira con ternura, como si ya lo supiera todo de antes. La última noche voy con ella a cenar al palacio. Alba y Peter estaban deseando conocerla y le hacen todo tipo de preguntas. Los niños aguantan más de lo normal. Al día siguiente tenemos un poco de resaca, pero estamos bien, más tranquilas, como si hubiéramos pasado una prueba, como si fuéramos un poco más madre e hija, y un poco nuevas también.

Antes de irse me pregunta por las cartas. Al principio me muestro un poco sorprendida, como si no supiera bien a qué se refiere, me da miedo hablar de esto con ella. Bueno, supongo que si estás terminando el libro, también te las habrás traído. Le digo que sí, tengo todo lo que ella me fue dando, además de los diarios tengo las cartas, algunos cuentos, vocabulario de Cheles, apuntes sobre libros que leía, poemas sueltos... Hay muchas cosas, sí. Y claro que me ayudan a entender mejor, pero nunca es suficiente. No sabes cuántas veces pienso lo feliz que estaría él de conocerte. Lo dice y se le llenan los ojos de lágrimas. Madre, está bien, no te preocupes. Estos días... mira, sé que tú no lo sientes así, pero estos días, según avanzo en el rompecabezas pienso, pienso que quizá. Me resulta difícil decir esto, pero siento que era inevitable, que hubiera pasado en un momento o en otro. Mi madre me mira, no dice nada, pero sé que no está de acuerdo. «¿Helará?», se pregunta en dos de las últimas entradas del diario, en octubre del 82. Todavía no existía la idea de mí, pero se nota que algo empezaba a

cambiar dentro de él. Se nota cierta dejadez respecto al diario del año anterior, era mucho más preciso y cuidadoso en las anotaciones del 81. Es sutil, no sabría decir exactamente qué es. En parte es el trazo, la letra, también la asiduidad y el formato. Pues sí, ya sabes que yo no lo creo, hija, si las cosas se hubieran dado de otro modo, si se hubiera tomado más tiempo, creo que lo habría comprendido. Fue una cosa del momento. No pudo soportar la incertidumbre, era muy cabezota, quería tener las respuestas a todo de forma inmediata. Mira, madre, no es solo eso, hay un texto que estos días no me quito de la cabeza. Es de dos días antes de su último cumpleaños, ¿te acuerdas? Leí y releí todo muchas veces, pero hace mucho tiempo, no, no sé a cuál te refieres. ¿Quieres que lo leamos juntas?

Hoyuelos 22-7-83

Dejadme en paz.

Sólo soy el susurro de una hoja movida por la brisa;
dejadme en paz.

Sólo soy una gota evaporada de la última tormenta.

Dejadme en paz.

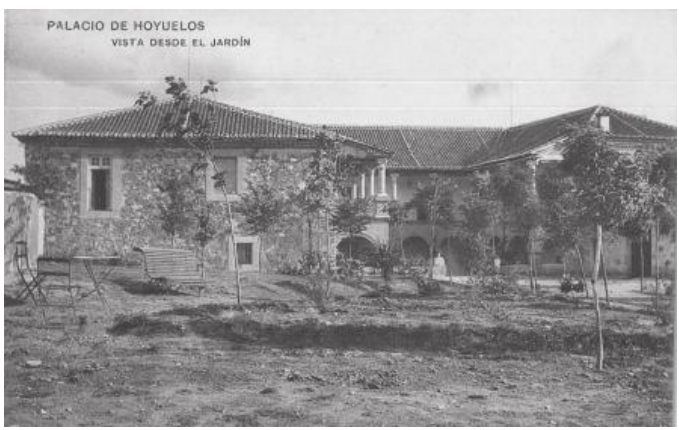
Dejadme en paz,
pequeños dioses locos;
seguid adorando a vuestros dioses,
seguid adorando a vuestros muertos.

Dejad en paz a este pobre dios loco,
susurro, gota, lamento pasajero.

XI

Me tiro en el suelo del salón durante mucho tiempo, y de ahí, no sé a qué hora, creo que ya amanece, me voy a la cama. No puedo moverme, me voy a quedar en esta cama para siempre, pienso. Dicen que cuando uno tiene una revelación el cuerpo se queda en estado de suspensión durante días, hasta que la idea se hace física y siente un profundo agotamiento, es entonces que puede volver a la normalidad. Al día siguiente sigo sin poder levantarme. Oigo que Marta llama a la puerta, pero no puedo salir a abrir, tampoco me siento capaz de mantener una conversación. No me muevo, no digo nada, y al cabo de unos minutos Marta desiste. Estoy cansada, llorar agota. Pasan horas y me vuelvo a quedar dormida. Cuando despierto es otra vez de noche, y no sé si han pasado horas o si han sido días. Me levanto y doy vueltas por la casa como un animal muerto de sed. Necesito aire, tengo que salir. Fuera hace frío. El frío de mi pueblo es seco por las noches, da igual que haya hecho calor durante el día, ahora me sale vapor por la boca y me pongo a correr. Detrás de casa hay un campo de trigo que este año está en barbecho. Lo atravieso corriendo en zigzag, me siento borracha, tropiezo con los surcos viejos del arado. Llego lejos, casi no distingo la luz del pueblo, y me paro en medio del campo. Se me mete el silencio en los oídos como un ruido insoportable que se mezcla con mi respiración. Miro el cielo esperando que pase algo, un avión, una señal de vida. De pequeña estaba convencida de que las estrellas cuidaban de mí, nunca podría pasarme nada porque me estaban vigilando. ¿Cuántos años puede uno tardar en enfrentarse a la pérdida?

Regreso hacia casa deprisa, pero ya sin correr, me he quedado exhausta y no sé cuánto tiempo ha pasado desde que comí la última vez. Huele a tierra y a trigo. Por la noche huele distinto porque la luz no te distrae y puedes concentrarte. Las estrellas perfectas, las siluetas de las casas perfectas. Sin darme cuenta camino hasta casa de Marta, no es tarde, pero no hay luz y no me atrevo a llamar. Entonces me encamino al palacio. Alba abre la puerta. Mi aspecto debe de ser extraño, porque sin decir nada me da un abrazo largo, me besa en la mejilla y me hace pasar. Estamos cenando, ¿quieres algo? Asiento. Alba grita hacia el salón, ¡es Violeta!, ¡ahora vamos! Y me lleva directamente a la cocina. Alba es práctica, concisa. Coge los elementos con precisión, con una mezcla extraña de fuerza y delicadeza. Al principio no decimos nada y le miro hacer, después empieza a contarme algo sobre su hija mayor mientras sigue preparando un plato para mí. Pienso que quizá les hace un gesto cuando entramos al salón, porque nadie me pregunta nada. En la mesa, Peter, Marta y un hombre al que no he visto antes hablan tranquilos. Marta, sírvele un poco de vino a Violeta, porfa. Violeta, este es Víctor, es un médico de la zona. Nos saludamos, me sonríen y siguen hablando.



¿Te hago feliz?
Supongo que de alguna manera...
(no termina la frase)

XII

Han pasado casi tres meses desde que llegué a la casa, que vuelve a parecer una casa. Llevo casi dos semanas sin pensar en llamar a B. Mi amiga me dice, te noto bien, más tranquila. He terminado de leer todos los documentos de mi padre, le digo. El dibujo no estará nunca completo, ya lo sé, pero sí lo suficiente como para poder comprender qué forma tiene, qué colores. Celia y yo nos llevamos bien, bajo todos los días a la huerta, y aunque nunca lo hago todo lo temprano que a ella le gustaría, parece que ha optado por aceptarlo. Llamo a mi madre casi a diario. Han venido a llenar la leñera. He terminado de pasar a limpio mis notas. Llamo a mi abuelo y le digo que el próximo fin de semana iré a verle, y no me asusta ni la idea de ir, ni la de tener esta casa a la que volver.

A veces algunas cosas se dan para que podamos seguir viviendo, con desesperación, con alegría, con amor. Mi padre no está en Hoyuelos. Mi padre no está en Cheles. Mi padre no está en Madrid.

Pero yo sí. Estoy.

«Ayer y hoy chubascos tormentosos aislados; aquí ha llovido escasamente. En algunas cunetas sombrías brotan las gramíneas de otoño, continúan los crocus en floración; el otoño anuncia su intención de aparecer aunque no llueva».

Entro en casa a oscuras y me tropiezo dos veces en el pasillo. Estoy borracha. Voy a la habitación del fondo y me siento en el borde de la cama. Es una cama grande, una cama para dos personas, pienso. No me muevo, aunque sé que tengo que desnudarme y quizá ponerme la camiseta de dormir. Quieta,

como si no pudiera dar la orden adecuada al cerebro: lavarme los dientes, coger un vaso de agua, tumbarme, cerrar los ojos. Las ventanas están abiertas y entra un poco de frío. El día ha sido caluroso, pero desde hace unas horas la temperatura ha debido de bajar. Las escenas de la noche se me reproducen despacio. Me he sentido bien, me digo con voz ralentizada. Me veo bien, como si de pronto hubiera encontrado algo. En el borde de la cama, con los dedos de los pies rozando el suelo de baldosas y el talón izquierdo dando pequeños golpes arrítmicos en la pata de la cama. De pronto un sonido perturba mi estado de semiinconsciencia. Un búho está ululando. Lo oigo como si pudiera alcanzarlo con la mano. Me levanto de golpe y reviso la habitación, parece que lo tuviera allí mismo, pero no encuentro nada. Me da un poco de miedo, pero quiero saber dónde está. El sonido cesa y me quedo parada, los músculos en tensión, la oreja derecha ligeramente inclinada, en estado de alerta, atenta. Nada. Grillos y noche. Relajo los músculos un poco y salgo al patio. Siento el frescor de la madrugada y cierro los ojos, de ese modo se me acostumbrarán más rápido a la oscuridad. Uuu uuu u. Uuu uuu u. Está ahí, muy cerca, el sonido es penetrante, no parece real, como sacado de un banco de sonidos. Uuu uuu u. Uuu uuu u. Y otra vez silencio. Vuelvo dentro, agarro una chaqueta y el teléfono, enciendo la linterna. Entorno con cuidado la puerta y me quedo un rato en el quicio. El jardín está salvaje después de tanta lluvia. Al fondo, la pared cubierta de hiedra, a la izquierda, el único árbol grande. ¿Estará ahí? No sé qué haré si lo encuentro. Bajo el árbol está mucho más oscuro, y el sonido ha vuelto a desaparecer. Aguanto la respiración y cierro los ojos, trato de conjurarlo. Nada. Y de pronto el búho uuu uuu uu. Como si me retara. Con la linterna del teléfono comienzo a repasar las ramas despacio. Tengo que encontrarlo, quiero mirarle a los ojos. Esta noche me he dejado llevar por primera vez en semanas y no sé si me ha

sentado bien, creo que sí, espero. Pero dejarse llevar cuando se está desplazado del propio centro quizá no sea la mejor opción. Necesito algo, una señal, venga, por favor. Y de pronto ahí está, tranquilo, mucho más pequeño de lo que lo había imaginado. Las plumas pardas y blancas, los ojos amarillos y negros. Nos miramos. El búho y yo. ¿Qué quieres?, me pregunta. No estoy segura, creo que quiero quedarme aquí. Me parece muy bien, dice. No tenías más que formularlo. ¿Me vas a conceder un deseo? Yo creo que no te hace falta. ¿Cómo no me va a hacer falta? Si lo llevo escrito en la cara, necesito ayuda urgentemente. Querida, estás mejor de lo que crees, solo necesitas algo de tiempo, un poco de paciencia, un poco de calma y un poco de humildad. ¿Es eso lo que me vas a conceder? No, eso es lo que te pido. Eso, y que te pongas ya a organizarte para trabajar aquí. Porque te vas a quedar. Me voy a quedar. Te vas a quedar.

Notas

Volver a casa como concepto.

La melancolía, la añoranza, la tierra perdida, el paraíso perdido.

Not another break up book, por favor, que no sea otro libro de ruptura.

Relación con Dios, se refiere a menudo a él como «el Amigo».

Cartas a María, los dibujos de espigas de trigo y flores. Hoy he repartido mucho trigo, dice.

Quién es Amadeo, ¿tiene alguna importancia en la historia?

C/ Velayos, 4, 3.º C, ¿de quién es esta dirección?

Eneida Valencia, si lees esto, ponte en contacto conmigo, me gustaría mucho conocerte.

R, si tienes la carta, haz el favor de dármela, házmela llegar.

Variedades

- Acelgas: verde de invierno
  amarilla de verano

- Coles:

  De Bruselas - rustica o común

  De otoño: Winningstadt, suprema

  De invierno: Reina de hielo, Blanca de invierno
  grande de Holanda e de Lorena. Berza

  De primavera: corazón de Buey, Bacalán, Mer
  do de Copenhague.

  De verano: de San Juan, de Milán, de Mataró

- Coliflor:

  De verano: bola de nieve, reina de nieve

  De otoño: Triunfo, Bondi, Canguro

  De invierno: | tempranas: Lenormand, Pava murciana
  | tardías: Carnaval, gigante de Nápoles
  Non plus ultra

- Calabacines a

  Arbustivas: Zucchini

  Rastreras: verde larga, blanca larga

- Espinacas:

  Común, Viroflay...

  Nueva Zelanda (resistente al espigado, no a la helada)

Gratitud

Hace un tiempo mi amiga y compinche Helena Mariño me habló de un texto que le había impactado mucho: *Permanente obra negra*. Se trata de un proyecto de escritura colectiva impulsado por Vivian Abenshushan, y en uno de sus capítulos se puede leer: «En la portada, al lado de nuestro nombre, escribir: junto a otros, con otros, entre una multitud». Aunque este libro poco tiene que ver con ese vasto proyecto, me sirve para pensar en el hecho de la creación, y cómo hablar de la autoría hoy, especialmente importante para mí que vengo de trabajar en colectivo, y para quien las conversaciones con los demás son fundamentales para pensar. Siento que la mejor manera de cerrar estas páginas es dando cuenta de esa multitud que ha acompañado la escritura del libro.

Este libro no existiría así hoy si no hubiera sido por la llamada inicial de Jonás Trueba, gracias por haber confiado y por las conversaciones que abrieron puertas y ventanas. Gracias también al equipo de Caballo de Troya y de Penguin Random House, ha sido una suerte trabajar así.

Mucha gente me ha ayudado a pensar en este libro, ya sea a través de conversaciones, en talleres o con su propia existencia. Gracias a mi madre, por todo, sin ella nada de esto sería posible. Gracias a mi abuelo por los paseos en la huerta, las charlas y la generosidad incluso cuando esta dolía. Gracias a mi abuela Pepa. Gracias a mis tías, a mi tío, al pueblo de Cheles y a toda mi familia extremeña, especialmente a mi prima Conchi. Gracias a Hoyuelos y sus habitantes del pasado y del presente. Gracias a mi familia de Segovia y gracias también a mi familia

de Connecticut. Gracias a Palmi Mancheño, a Oliva Martínez, a Javier Nieto y a todas las personas que me han hablado de mi padre en estos años.

Gracias a David Cobas.

De alguna manera este libro comenzó a ser en una clase de Charles D'Ambrosio; gracias a él y a mis compañeros de ese taller, Pablo, Carlo, Helena, Alex, Claire, Jamel, Amanda, Christine y Liam. Y continuó su existencia fuera y dentro del aula de Horacio Castellanos Moya, a quien le agradezco además el empuje y una frase crucial; y en la de Luis Muñoz, siempre fuente de inspiración. Pude continuar la escritura gracias a las becas que recibí por parte de Yaddo, Headlands Center for the Arts y Etopia. Centro de Arte y Tecnología. Gracias a Laura Montañés y a Alejandro Simón Partal, su apoyo fue fundamental en una fase muy importante. Gracias a Elena López Riera y Víctor Iriarte, que encarnaron en directo el diálogo entre el PADRE y la HIJA, por su generosidad y sensibilidad para hacer las cosas. Gracias a Mara Valderrama por ser *bff*, por leer versiones y versiones de este libro, por estar siempre atenta a las ideas y a la ortografía. Gracias a Pablo Ottonello por las lecturas y la locura. Gracias a Mack Basham por la atención al detalle. Gracias a Helena Mariño, lectora y amiga salvaje. Gracias a Andrea Chapela por su tipo de atención y por hablarme de temporalidades. Gracias a Jorge Juárez por preguntar y comprender. Gracias a Claudia Paris y a Adam Hinshaw, algunos pasajes del libro nacieron tras las conversaciones que mantuve en mis sesiones con ellos. Gracias al equipo del CRA y al grupo de estudio de Una fiesta salvaje, Elena Castro, Berna Wang y Elena López. Gracias a Aloma Rodríguez por las referencias y los debates literarios, y a Andrea Aguilar por señalarme lecturas fundamentales. Gracias a Celso Giménez por abrir el camino hacia el título y por la insistencia.

Un fragmento de la segunda parte apareció en inglés en la publicación *Paris Lit Up*. Gracias a Matt Jones y Amanda Dennis por los comentarios y el trabajo de edición tan delicado.

Gracias a Miguel Hernández por los versos de *Llegó con tres heridas*. Gracias a Joan Manuel Serrat y Joan Baez por las versiones musicadas de esos versos. Gracias a Nona Fernández, Ingeborg Bachmann, Olvido García Valdés, Marguerite Duras, Hanif Abdurraqib, Ocean Vuong, José Watanabe, Kate Zambreno, Roland Barthes, Yannis Ritsos, W. G. Sebald, Gilles Deleuze, Carmen Martín Gaite, Mary Oliver, Valeria Luiselli, Christine Nöstlinger, Cynthia Cruz, Flannery O'Connor, Deborah Levy, María Luisa Puga, Peter Handke, James Baldwin, Elena Ferrante, Pedro Almodóvar, Fritz Lang, Chantal Akerman, Víctor Erice, The Propeller Group, On Kawara, Joseph Cornell, Beyoncé, Pablo Guerrero, Portishead, Elle Belga, Chance the Rapper, Frank Ocean, Etta James, Califato 3/4, Los Sobraos, Nina Simone, Le Parody, Pablo Und Destruktion, Albany, Angel Olsen, Sofía Comas, Violeta Parra.

Gracias a Maite Casado Bernal.

Gracias a José Gil Sierra.

Entra en la ciudad sitiada y descubre las nuevas voces de la literatura hispánica

En febrero de 2004 Caballo de Troya anunció la salida de sus primeras novedades y mostró sus señas de identidad: un sello con perfil de editorial independiente integrado paradójicamente en un gran grupo. Hoy se puede afirmar que dicha paradoja ha funcionado con eficiencia y sin contradicciones. Caballo de Troya, que tiene como principal objetivo servir como plataforma editorial para nuevas voces literarias hispánicas, ha puesto un centenar de títulos en el mercado español con una muy favorable acogida por parte de la crítica más atenta y de los puntos de venta con mayor tradición y relevancia literaria.

Fundado por Constantino Bértolo, el sello ofreció a autores españoles o latinoamericanos reconocidos hoy en día hospitalidad, apoyo o un primer impulso. En 2014 el proyecto tomó un nuevo rumbo: cada año un editor invitado es el encargado de sumar sus apuestas al catálogo. Caballo de Troya es hoy una referencia entre los autores más jóvenes y más ambiciosos literariamente. Una editorial para nuevas voces, nuevas narrativas, nuevas literaturas.

AÑO 2015: ELVIRA NAVARRO

«He privilegiado las ficciones que establecían un diálogo crítico con el presente. La mayoría de los libros que he seleccionado tratan sobre la identidad y las herencias en todas sus variantes, temas estos que también protagonizan mis escritos.»

La cosecha de Elvira Navarro dio con uno de los éxitos más destacados de la editorial: *El comensal* (Premio Euskadi de Literatura), una novela autobiográfica en la que Gabriela Ybarra trata de comprender su relación con la muerte y la familia a través de dos sucesos: el asesinato de su abuelo a manos de ETA y el fallecimiento de su madre.Algunas de las obras que conforman el año de Elvira Navarro versan también sobre las herencias políticas y familiares, teniendo el conjunto de su catálogo los legados como hilo conductor.

TÍTULOS PUBLICADOS

La edad ganada,
Mar Gómez Glez

Sin música,
Chus Fernández

Yosotros,
Raúl Quinto

La vida periférica,
Roxana Villarreal

Fuera de tiempo,
Antonio de Paco

El comensal,
Gabriela Ybarra

Meteoro,
Mireya Hernández

Filtraciones,
Marta Caparrós

AÑO 2016: ALBERTO OLMOS

«Pretendo que el conjunto de los títulos que se publican bajo mi interinidad conforme un despliegue coherente, un discurso; una conversación.»

Alberto Olmos cuenta entre sus apuestas como editor de Caballo de Troya con el IV premio Hispanoamericano de Cuento Gabriel García Márquez. Los relatos de *El estado natural de las cosas* se adscriben en el género fantástico, pero lo modulan y deforman para volverlo a su vez denuncia y retrato de los tiempos que nos ha tocado vivir. Un éxito similar ha tenido *La acústica de los iglús*, conjunto de cuentos en los que la matemática de la música y de la vida arrojan el resultado sonoro que registra la mirada única de su autora. Las cuatro novelas que cierran las apuestas de Olmos se suman al diálogo que quiso abrir como editor, una conversación sobre el pasado, sobre la corrupción moral y política; un diálogo lírico sobre la supervivencia y la comprensión.

TÍTULOS PUBLICADOS

La pertenencia,
Gema Nieto

Los primeros días de Pompeya,
María Folguera

La fórmula Miralbes,
Braulio Ortiz Poole

El estado natural de las cosas,
Alejandro Morellón

La acústica de los iglús,
Almudena Sánchez

Felipón,
David Muñoz Mateos

AÑO 2017: LARA MORENO

«Hay algo que atraviesa cada libro que he escogido y los une: la voz de cada uno, la búsqueda de comunicar a través de lo literario, el grito que la narrativa supone en la vida del escritor. Por eso están ahí.»

Lara Moreno inauguró su año en Caballo de Troya con *La hija del comunista*, reconocida con el premio El Ojo Crítico. Esta novela íntima atravesada por la Historia cuenta la vida de unos exiliados republicanos españoles en Berlín, antes de la construcción del muro, durante y después de su caída.

Cruzadas en su práctica totalidad por las experiencias personales de sus autores, las obras seleccionadas por Lara Moreno comparten una voluntad de entender. Sus autores interrogan a su pasado o a su presente rebuscando en las raíces de su familia, en situaciones laborales llevadas al límite o en los rincones del mundo y la literatura que acaban conformando nuestros destinos individuales.

TÍTULOS PUBLICADOS

La hija del comunista,
Aroa Moreno Durán

Hamaca,
Constanza Ternicier

Televisión,
María Cabrera

Animal doméstico,
Mario Hinojos

Madre mía,
Florencia del Campo

En la ciudad líquida,
Marta Rebón

AÑO 2018: MERCEDES CEBRIÁN

«El catálogo de 2018 es verdaderamente polifónico; lo he seleccionado confiando en mis corazonadas y en mis años de

experiencia en el mundo literario.»

Mercedes Cebrián ha escogido cuidadosamente seis historias que conforman un abanico narrativo ciertamente heterogéneo: desde los diarios de una adolescente española en los años noventa en *Y ahora, lo importante*, hasta las descripciones de una región gobernada por la oscuridad, en la que un mineral recoge las voces de sus habitantes, en *Umbra*. Destacan también las experiencias de *Florentina*, una mujer que tuvo que emigrar de Galicia a Argentina a principios del siglo xx en busca de una vida mejor. Junto con el resto del catálogo ideado por Cebrián, estas tres apuestas nos acompañan en un viaje por distintas épocas y espacios que, como toda buena travesía, nos cuestiona y nos enfrenta con nuestra propia realidad.

TÍTULOS PUBLICADOS

Y ahora, lo importante,
Beatriz Navas Valdés

Las ventajas de la vida en el campo,
Pilar Fraile

Florentina,
Eduardo Muslip

Para español, pulse 2,
Sara Cordón

Umbra,
Silvia Terrón

Maratón balcánico,
Miguel Roán

AÑOS 2019-2020:
LUNA MIGUEL
Y ANTONIO J. RODRÍGUEZ

«Nuestro deber aquí también era anunciar, asentar y reivindicar lo que tímidamente se había mostrado como la literatura de una nueva generación, esa cuyas fechas de nacimiento oscilan entre mediados de los ochenta y principios de los noventa, y que, por mucho que lo hubiera intentado, tardó en encontrar su espacio.»

Luna Miguel y Antonio J. Rodríguez hilvanan el grito generacional de una nueva ola de autores y pensadores. Las distintas voces intentan remendar, o al menos explicarse, las fisuras y los desgarrones que las expoliaciones de la sociedad moderna han causado en los jóvenes. Hay reflexiones incómodas que indagan en las masculinidades tóxicas y en los feminismos, hay vértigo ante el paso a la edad adulta, historias de migración e identidades partidas, un relato del aborto clandestino en Chile o una perspectiva íntima de trabajadores de una corporación dedicada a la evasión fiscal. Hay poesía, emoción e ironía para cuestionar, observar y desmontar los roles de género, la precariedad y la política.

TÍTULOS PUBLICADOS

Game Boy,
Víctor Parkas

Cambiar de idea,
Aixa de la Cruz

Ama,
José Ignacio Carnero

Había una fiesta,
Marina L. Riudoms

Listas, guapas, limpias,
Anna Pacheco

Cómica,
Abella Cienfuegos

Litio,
Malén Denis

Rein,
Elizabeth Duval

Animal de nieve,
Dara Scully

Nada ilegal, nada inmoral,
Adrián Grant

Desencajada,
Margaryta Yakovenko

Y tú, ¿tan feliz?,
Bárbara Carvacho

AÑO 2021: JONÁS TRUEBA

Todo sigue tranquilo,
Chusé Izuel

Jonás Trueba toma el relevo como editor conformando un catálogo de autores genuinos que traspasan la representación de un pulso generacional. Así pues, las voces de este año ofrecen distintas miradas y épocas, desde la recuperación de una obra que trasciende la actualidad y cuyo autor falleció de forma prematura, pasando por una historia que reflexiona sobre las herencias sociales y familiares, hasta llegar a un autorretrato emocional narrado con un extraordinario lirismo poético.También cuenta con un libro generoso e inspirador que pone de manifiesto los senderos creativos de varios autores, y dos

obras con las que resistir al desconsuelo de la realidad de formas muy distintas: una, a través de la compasión humana, y otra, a través dela belleza de la música y los paisajes de otras vidas.

TÍTULOS PUBLICADOS

Todo sigue tranquilo,
Chusé Izuel

Niños aparte,
Julieta Valero

Casa se busca,
Socorro Giménez

Cuadernos,

Andrés Di Tella

La parcela,
Alejandro Simón Partal

Vilnis,
Bárbara Mingo

Estas obras seleccionadas ponen de manifiesto la importancia que tiene la lectura para el editor en el contexto actual, donde los libros representan, en sus palabras, «un espacio de reconexión, allí donde se hace posible el encuentro entre diferentes miradas, sensaciones o lugares».

Si te ha gustado ***Llego con tres heridas,*** te recomendamos:

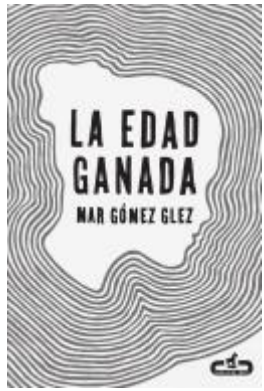
LISTAS, GUAPAS, LIMPIAS (2019)
Anna Pacheco

La protagonista de *Listas, guapas, limpias* está en la piscina con su amiga de infancia Yaiza. Es el principio de sus vacaciones en el barrio obrero de Barcelona en el que se ha criado.Aunque lo que le gustaría sería quedarse con su amiga hablando de música, cuerpos y chicos, la situación familiar a la que se enfrenta hará que sus vacaciones sean menos llevaderas. Con una primera persona íntima pero también ácida, en este primer asalto a la ficción de la joven periodista Anna Pacheco encontramos a una mujer en permanente conflicto con sus ideas políticas, la construcción social de su género y de su clase. En *Listas, guapas, limpias* no faltarán las referencias a la cultura pop de los noventa, la exploración de la sexualidad femenina y una constante cascada de reflexiones-puñetazo cargadas de humor negro.

LAS VENTAJAS DE LA VIDA EN EL CAMPO (2018)
Pilar Fraile

Alicia y Andrés se van a vivir a un pueblo con su pequeña hija Miranda, que aún va a la guardería. Piensan que es una decisión adecuada que les traerá felicidad, pero su extraño vecino del chalet contiguo y su perro comienzan a hacerles la vida imposible: la falta de privacidad se vuelve agobiante. Además, Alicia sólo encuentra trabajos temporales como fotógrafa de urbanizaciones que han quedado a medio construir debido a la crisis económica.Todas estas situaciones, más los temores de ambos y la violencia que se respira a su alrededor, iniciada por la actitud inquietante de su vecino hacia su hija Miranda, van ocasionando el desmoronamiento de la relación de pareja y un replanteamiento total de sus vidas, aunque quizá el miedo les impida emprender los cambios que desean.

LA EDAD GANADA (2015)
Mar Gómez Glez



En nuestra familia no ocupamos el lugar que queremos, sino el que nos dejan o el que somos capaces de conquistar. Luego, cuando salimos al mundo, nos topamos con situaciones sospechosamente similares a las vividas con nuestros padres y hermanos. Y es que los roles nos persiguen. En *La edad ganada*, narración híbrida en la que asistimos a la evolución de un personaje femenino desde los dos hasta los treinta años, nos encontramos con todas las modalidades de relación tóxica: madre, colegio de monjas, amistades ambiguas, anoréxicas, parejas que se torturan, abusos sexuales y acosos laborales que también son sexuales (¿puede ser de otro modo cuando el acosador es un hombre; la víctima, una mujer, y siendo la violación la base del patriarcado, como bien sostiene Virginie Despentes?). La protagonista quiere entender cuáles son los hilos que mueven su mundo,pero para ello necesita primero escapar.

Una primera novela que, a través de su escritura, nos ayuda a comprender y sobrellevar con una fe renovada nuestro pasado familiar y el de nuestro país.

Violeta Gil trata de sanar sus propias heridas en este libro aplicándose a la escritura: a veces ardua, a veces reconfortante, a veces mágica; como una forma de búsqueda y autoconocimiento, y también como deporte de riesgo. Es un ejercicio de creación en el que la autora pone la voz, el cuerpo y el alma al servicio de su destino, de las huellas de su padre, de la vida que él mismo se arrebató siendo ella un bebé, y de toda una historia velada por el tiempo y las circunstancias, retomando caminos olvidados, conversaciones con familiares, documentos reales o, a falta de ellos, inventados. Una historia de amor y oscuridad que entronca con la de nuestro propio país, en el cruce de tres generaciones que no siempre han sabido comprenderse

© Pablo Ottonello

Violeta Gil (Hoyuelos, Segovia, 1983) es filóloga y creadora escénica. En 2005 co-funda La tristura. Con su compañía escribe, dirige y produce piezas que se muestran a nivel nacional e internacional. Fue becada en el Máster de Escritura Creativa de la Universidad de Iowa. En 2019 Arrebato publicó su primer libro de poemas *antes de que tiréis mis cosas*. Forma parte del proyecto de poesía performativa «Una fiesta salvaje» y desde hace poco traduce del inglés.

Edición en formato digital: octubre de 2022

© 2022, Violeta Gil
© 2022, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Manuel Esclapez
Ilustración de portada: iStock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-1741-751-2

Composición digital: www.acatia.es

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: CaballoTroyaEd
Twitter: @ CaballoTroyaEd
Instagram: PenguinLibros
Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»
EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Llego con tres heridas

Capitulo I

Capitulo II

Capitulo III

Capitulo IV

Capitulo V

Capitulo VI

Capitulo VII

Capitulo I

Capitulo II

Capitulo III

Capitulo IV

Capitulo V

Capitulo VI

Capitulo VII

Capitulo VIII

Capitulo IX

Capitulo I

Capitulo II

Capitulo III

Capitulo IV

Capitulo V

Capitulo VI

Capitulo VII

Capitulo VIII

Capitulo IX

Capitulo X

Capitulo XI

Capitulo XII

Notas

Gratitud

Caballo de Troya

Títulos publicados en Caballo de Troya

Si te ha gustado Llego con tres heridas

Sobre este libro

Sobre Violeta Gil

Créditos